

Piratas en Venus

Por

Edgar Rice Burroughs

***Free*editorial** 

CAPÍTULO PRIMERO

CARSON NAPIER

«Si una figura de mujer, cubierta con una túnica blanca, entra en su cuarto a medianoche, el día 13 del mes corriente, conteste a esta carta. De no ocurrir así, no lo haga».

Cuando hube leído este párrafo de la carta, me dispuse a tirarla al cesto, adonde van a parar todos los papeles inútiles que recibo, pero, sin saber por qué, seguí leyendo.

«Si le habla a usted, tenga la bondad de recordar sus palabras para repetírmelas cuando me escriba».

Hubiera seguido leyendo hasta el final, pero en aquel preciso momento sonó el timbre del teléfono. Doblé la carta y la deposité en uno de los cestitos para la correspondencia que había encima de mi mesa. Por casualidad, era el de la correspondencia destinada a ser archivada, y de haber seguido los acontecimientos su curso ordinario, aquella hubiera ido la última noticia que hubiese tenido de la misiva y del incidente, ya que las cartas de aquel cestito pasaban a los archivadores.

El que me hablaba por teléfono era Jason Gridley. Parecía excitado y me rogaba que acudiera en seguida a su laboratorio. Como Jason no solía excitarse por nada, me apresuré a acceder a su deseo, al mismo tiempo que satisfacía mi curiosidad. Salté a mi auto y pronto salvé las escasas manzanas de edificios que nos separaban. Comprendí en el acto que Jason tenía motivos para estar excitado. Acababa de recibir un radiograma de Pellucidar, el mundo existente en las profundidades de la tierra.

La víspera de la partida, desde el centro de la Tierra, del gran dirigible «O-220», siguiendo la afortunada e histórica expedición, Jason había decidido quedarse a fin de buscar a Von Horts, el único miembro de la expedición que faltaba, pero Tarzán, David Innes y el capitán Zuppner le persuadieron de lo insensato de tal empresa, especialmente teniendo en cuenta que David había prometido destacar una expedición de guerreros indígenas, o sea, naturales de Pellucidar, para localizar al joven teniente alemán, caso de que aún viviera y fuera posible hallar algún rastro de su paradero.

No obstante, aunque había retornado al mundo exterior en su aparato, Jason sentíase conturbado constantemente por el pensamiento de la responsabilidad que le cabía personalmente por la triste suerte de Von Horst, el joven que tanta popularidad había alcanzado entre los demás miembros de la expedición. En muchas ocasiones expresó reiteradamente su consternación por

haber salido de Pellucidar sin agotar todos los medios para rescatar a Von Horst o saber con certeza que había perecido.

Jason me ofreció una silla y un cigarrillo.

—Acabo de recibir un mensaje de Abner Perry —me dijo—. Es el primero que he recibido hace meses.

—Debe de ser muy interesante para que haya conseguido excitarle de este modo.

—Lo es —admitió—. Corre el rumor en Sari de que Von Horst ha sido encontrado.

Ahora bien, como este es un tema totalmente ajeno al presente volumen, debo advertir que lo he aludido con el fin de explicar dos hechos que, aunque no de vital importancia, tienen cierta relación con los acontecimientos subsiguientes. En primer lugar, me hicieron olvidar la carta ya mencionada y, además, fijaron en mi mente aquella fecha.

La principal razón que me induce a mencionar el primer hecho es robustecer la idea de que la carta, tan absoluta y rápidamente olvidada, no podía reflejarse en mi memoria y, por consiguiente, al menos objetivamente, no cabía que ejerciese ninguna influencia en los acontecimientos que habían de sobrevenir. Al cabo de cinco minutos, el recuerdo de aquella carta se había borrado de mi memoria tan completamente como si no la hubiese recibido.

Los tres días siguientes fueron de mucho trabajo para mí y cuando me retiré la noche del día 13 me hallaba seriamente preocupado por cierta operación de derechos reales que no se desenvolvía muy bien y tardé mucho en dormirme.

Puedo afirmar que mis últimos pensamientos se referían a documentos legales, recibos de hipotecas y diferencias de cantidades tributarias.

No sé lo que me obligó a despertarme. Me incorporé en el lecho en el preciso instante en que una figura de mujer, envuelta en algo que parecía una vaporosa gasa blanca, penetraba en mi estancia, a través de la puerta. Conviene fijarse bien en que digo a través de la puerta, y es que esta se hallaba cerrada. Era una noche de luna clara y los diversos objetos de mi habitación aparecían perfectamente visibles, y especialmente se destacaba la espectral silueta que avanzó hacia los pies de mi lecho.

No soy propicio a sufrir alucinaciones. Nunca había visto un fantasma ni nunca me interesó. No sabía cuál había de ser mi conducta en un trance parecido. Incluso si la joven no hubiera tenido un aspecto tan sobrenatural, no habría sabido qué hacer para recibirla a aquella hora, en la intimidad de mi alcoba, ya que ninguna mujer había invadido, hasta entonces, aquel recinto.

Me creo bastante puritano.

—Es la medianoche del día 13 —dijo con voz suave y musical.

—Efectivamente —repuse recordando, de pronto, la carta que había recibido el día 10.

—Salió de Guadalupe hoy —continuó—. Y espera tu carta en Guaymas.

Aquello fue todo lo que ocurrió. La mujer cruzó la estancia y desapareció, no por la ventana, lo que parecía bastante verosímil, sino a través de la sólida pared. Permanecí sentado unos minutos con los ojos fijos en el lugar en que la había visto por última vez, tratando de convencerme de que estaba soñando, pero estaba despierto y bien despierto. Tan despierto, que tardé cerca de una hora en caer en los brazos de Morfeo, como decían los escritores de la época de la reina Victoria, bien ajenos a lo embarazoso que debía de resultar el sexo masculino para tan poética descripción en la pluma de literatos varones.

La mañana siguiente llegué a mi despacho un poco antes de lo habitual, e inútil es decir que lo primero que hice fue buscar la carta que había recibido el día 10. No recordaba el nombre de la firma ni el punto de origen de la misiva, pero mi secretario se acordó de ella, ya que, dada su índole poco habitual, era lógico que le llamara la atención.

—Le escribió a usted alguien desde Méjico —me dijo.

Como esta clase de correspondencia se archivaba por naciones y provincias, no hubo dificultad alguna en localizarla.

Ni que dudar tiene que esta vez leí su contenido atentamente. Estaba fechada el día 3 y llevaba el matasellos de Guaymas. Guaymas es un pequeño puerto situado en Sonora, en el Golfo de California.

La carta decía así:

«Muy señor mío:

Hallándome comprometido en una empresa de gran importancia científica, me veo en la necesidad de solicitar la asistencia (no financiera precisamente) de alguna persona que coincida conmigo psicológicamente, que, al mismo tiempo, sea lo suficientemente inteligente y culta para darse cuenta de las vastas posibilidades que ofrece mi proyecto.

La razón que me indujo a dirigirme a usted se la explicaré en una entrevista que se haría imprescindible, caso de que obtenga resultados favorables el experimento que le detallo a continuación.

Si una figura de mujer, cubierta con una túnica blanca, entra en su alcoba a medianoche, el día 13 del mes corriente, conteste a esta carta. Si le habla a usted, tenga la bondad de recordar sus palabras para repetírmelas cuando me

escriba.

Le anticipo mi agradecimiento por prestar a estas líneas su amable atención, ya que comprendo que las juzgará algo desusadas. Le ruego las considere como estrictamente confidenciales, hasta que futuros acontecimientos justifiquen su publicación.

De usted agradecido,

CARSON NAPIER».

—Esto me parece una superchería —comentó Rothmund.

—Eso mismo creí yo el día 10 —asentí—, pero hoy estamos a 14 y la cosa ha cambiado totalmente de aspecto.

—¿Qué tiene que ver el día 14 con todo esto? —preguntó.

—Ayer estábamos a 13 —le recordé.

—Supongo que no me va a hacer creer... —murmuró escépticamente.

—Precisamente a eso me refiero —le interrumpí—. Aquella mujer se presentó. La vi perfectamente.

Ralph no demostró ningún interés por mis palabras.

—No olvide lo que le dijo la enfermera después de su última operación —me recordó.

—¿Qué enfermera? Tuve nueve y ninguna de ellas coincidió con las otras en sus prescripciones.

—Me refiero a Jerry... Decía que los narcóticos afectan muchas veces a la imaginación de los enfermos durante varios meses —repuso en tono persuasivo.

—Bueno, al menos Jerry admitía que tengo imaginación, de lo que no pueden vanagloriarse muchos otros. Pero no cabe duda que no influyeron los narcóticos en mi vista. Vi lo que vi. Hágame el favor de cursar una carta para míster Napier.

Pocos días después recibí el siguiente telegrama de Napier, desde Guaymas:

«Recibida carta. Stop. Gracias. Stop. Mañana iré a verle».

—Supongo que viene por avión —comenté.

—O envuelto en una túnica blanca —sugirió Ralph—. Me parece que mejor sería telefonar al capitán Hodson para que enviase un coche del manicomio. A veces esos tipos son peligrosos.

Continuaba mostrándose escéptico. Desde luego, los dos aguardábamos la llegada de Carson Napier con el mismo interés. Ralph seguramente esperaba ver a un maniático de mirada exaltada.

A eso de las once de la mañana siguiente, se presentó Ralph en mi estudio.

—Míster Napier está aquí —dijo.

—¿Trae el pelo erizado y se le saltan los ojos de las órbitas? —pregunté sonriendo.

—No —repuso Ralph devolviéndome la sonrisa—. Tiene muy buen aspecto, pero yo insisto en que es un lunático.

—Hágale pasar.

Un momento después volvió Ralph acompañando a un hombre excepcionalmente bello. Debía de tener entre veinticinco y treinta años, aunque muy bien pudiera ser más joven.

Avanzó tendiéndome la mano al levantarme yo para recibirle y su rostro se iluminó con una sonrisa franca. Después de las habituales palabras de cortesía, se refirió concretamente al motivo de su visita.

—A fin de que pueda usted tener una idea de conjunto, debo empezar por decirle algo de mí mismo —comenzó—. Mi padre fue un oficial del ejército inglés y mi madre una joven americana, de Virginia. Yo nací en la India con ocasión de estar mi padre destinado allí, y me crié bajo la vigilancia de un viejo hindú, muy fiel, tanto con mi padre como con mi madre. Se llamaba Chand Kabi. Era casi un místico y me enseñó muchas cosas que no se aprenden en las escuelas de párvulos. Entre estos conocimientos estaba la telepatía, que él había cultivado de tal modo que podía conversar conmigo por el procedimiento que él denominaba armonía psicológica y hacerlo a grandes distancias, como si nos encontráramos el uno frente al otro. No solo esto, sino que conseguía transmitir imágenes mentales, también a gran distancia, de tal manera que la persona receptora de las imágenes veía lo que Chand Kabi estaba viendo o lo que él quería que viese. Me enseñó esta ciencia.

—¿Y fue así como me hizo usted ver el día 13 a aquella visitante de medianoche? —le pregunté.

—Era necesario —asintió— para cerciorarme de que estábamos en armonía psicológica. Su carta, al repetirme exactamente, las palabras que aparentemente había pronunciado la aparecida, me convencieron de que había encontrado la persona que venía buscando hacía tiempo. Pero antes de entrar en el fondo del asunto, creo razonable que conozca usted algunos antecedentes míos a fin de que pueda decidir si merezco o no su confianza, aunque no sé si le aburro.

Le aseguré que estaba muy lejos de aburrirme, y él continuó sus explicaciones.

—Apenas tenía yo once años cuando murió mi padre, y mi madre me trajo a América. Fuimos a Virginia primero y vivimos allí tres años, en compañía del abuelo de mi madre, el juez John Carson, cuyo nombre y reputación no le serán a usted desconocidos, ¿verdad?

»Después de la muerte del abuelo, mi madre y yo nos fuimos a California. Allí continué mis estudios en una escuela pública y más tarde entré en un pequeño Instituto de Claremont, muy reconocido por su buena organización docente y por su excelente profesorado.

»Poco después de graduarme, ocurrió la tercera y mayor tragedia de mi vida: murió mi madre. Aquel golpe me anonadó. Pareció como si la existencia hubiese perdido todo interés para mí; pero, aunque la vida me interesaba poco, no pasó, naturalmente, por mi imaginación la idea del suicidio. En cambio, me lancé a una existencia temeraria, y, abrigando ciertos proyectos, aprendí aviación. Adopté otro nombre y me convertí en un astro del cine.

»No me veía obligado a trabajar para ganarme el sustento, pues había heredado de mi madre una fortuna cuantiosa que procedía de mi bisabuelo John Carson. Tan importante era la herencia que solo derrochando podía pensar en gastar las rentas. Menciono este detalle porque la empresa que intento emprender requiere un capital considerable y deseo que comprenda usted que estoy en condiciones de atender ampliamente las necesidades financieras del asunto sin necesidad de ayuda alguna.

»La vida en Hollywood no solo me aburrió. Había algo más: el sur de California estaba saturado de recuerdos del ser amado. Por esto determiné viajar. Hallándome en Alemania me interesé en la construcción de aviones-cohetes y financié algunos. Fue entonces cuando mi idea nació plenamente. No se trataba de nada fundamentalmente nuevo. Mi plan era dirigirme a otro planeta por medio de un torpedo-cohete.

»Mis estudios me habían convencido de que, entre todos los planetas, solo Marte ofrecía probabilidades de estar habitado por seres parecidos a nosotros. Estaba persuadido, al mismo tiempo, de que si conseguía llegar a Marte, las probabilidades de volver a la Tierra serían muy problemáticas.

»Comprendiendo que debía tener yo algún otro móvil, distinto de mi propio egoísmo, al lanzarme a aquella aventura, decidí buscar una persona con la que pudiera comunicarme en el caso de que saliera triunfante en mi propósito. De este modo, tal vez podría prepararse una nueva expedición para ir en mi busca, confiando en que no faltarían espíritus aventureros dispuestos a repetir el viaje una vez convencidos de su viabilidad.

»Durante cerca de un año he estado ocupado en la construcción de un vehículo-cohete gigantesco, en la isla de Guadalupe, situada en la costa Oeste de la baja California. El Gobierno mejicano me dio todas las facilidades imaginables y en este momento todo está preparado hasta el último detalle. Estoy dispuesto para partir en cualquier momento.

Cuando acabó de hablar, desapareció, y la silla en que estaba sentado quedó vacía. En la estancia solo me encontraba yo. Me sentía asombrado, casi aterrado, y recordé lo que me había dicho Rothmund sobre los efectos que producen los narcóticos en la imaginación. Asimismo recordé que los locos nunca se dan cuenta de que lo están. ¿Sería yo un loco? Un sudor frío empapó mi frente.

Corrí en busca de Ralph. No cabía duda de que Ralph estaba en su sano juicio. Si realmente había venido Carson Napier y Ralph lo había visto entrar en mi despacho... ¡qué alivio representaría para mí!

Pero antes de que llegara yo a la puerta, Ralph entró en la estancia con rostro asombrado.

—Míster Napier ha vuelto —me dijo—. No sabía que se hubiese marchado. Hace un momento estaba hablando con usted.

Exhalé un suspiro de alivio y me enjuagué el sudor de la frente. Si yo estaba loco, también debía de estarlo Ralph.

—Hágale entrar —dije—. Y esta vez quédese usted con nosotros.

Cuando volvió a aparecer Napier, en sus ojos había una expresión interrogante.

—¿Se ha dado usted cuenta de todo por mis explicaciones? —me preguntó como si no hubiera salido de la estancia.

—Sí, pero...

—Espere un momento, tenga la bondad —me rogó—. Sé lo que me va a decir y quiero suplicarle que me dispense a la vez que se lo explico. No había llegado aún aquí. Era la prueba final. Si está usted seguro de haberme visto y de haber estado hablando conmigo y puede recordar lo que le dije mientras me encontraba sentado en mi auto, resulta evidente que podremos comunicarnos perfectamente cuando yo llegue a Marte.

—Pero usted estuvo aquí —terció Rothmund—. ¿Acaso no le estreché la mano al entrar y le estuve hablando?

—Usted lo creyó así —repuso Napier.

—¿Quién es ahora el loco? —pregunté a Ralph.

Desde aquel día Rothmund insistió en que le gastamos una broma.

—¿Y cómo sabe ahora que verdaderamente está presente? —preguntó entonces.

—No puedo estar seguro —confesé.

—Ahora sí que estoy aquí —afirmó Napier riendo—. Veamos, ¿hasta dónde había llegado en mis explicaciones?

—Me estaba diciendo usted que se hallaba preparado para partir y que tenía preparado el vehículo-cohete en la isla de Guadalupe —le recordé.

—Exacto. Veo que lo captó usted bien. Ahora, lo más rápidamente posible, voy a explicarle cómo puede ayudarme. He acudido a usted por diversas razones. La más importante es que a usted le interesa Marte. Además, tengo en cuenta su profesión, ya que el resultado de mi empresa ha de ser recogido por un hábil escritor y no cabe la menor duda respecto a su experiencia literaria. Me he tomado la libertad de realizar una investigación minuciosa sobre usted, y lo que deseo es que usted se encargue de recoger y publicar los mensajes que yo le remita, y, al mismo tiempo, que administre mis bienes durante mi ausencia.

—Acepto gustoso lo primero, pero tengo mis dudas respecto a aceptar la responsabilidad que implica su última proposición —observé.

—Ya he organizado una junta que le ayudará en todo —repuso en términos que no admitían réplica, pues era un hombre que saltaba por encima de todos los obstáculos, como si no existieran—. En cuanto a la remuneración, usted mismo puede fijar la que le parezca pertinente.

Hice un gesto de protesta con la mano.

—Será para mí un motivo de halago y me interesa mucho. No necesito remuneración alguna.

—Esta tarea puede acapararle gran parte del tiempo de que dispone —terció Ralph—. Y su tiempo es muy valioso.

—Precisamente por esto —asintió Napier—. Míster Rothmund y yo arreglaremos los detalles financieros de este asunto con su permiso.

—De acuerdo. Detesto todo lo que se refiere a discutir cuestiones de interés.

—Ahora volvamos al extremo más importante de nuestro asunto. ¿Qué le parece en conjunto mi proyecto?

—Marte se halla muy lejos de la Tierra —sugerí—. En cambio, Venus se encuentra a unos diez millones de millas más cerca, y un millón de millas es

una distancia respetable.

—Así es, y me hubiera gustado ir a Venus —repuso—. Envuelto, como se halla, en una espesa capa de nubes, su superficie resulta eternamente invisible a los ojos humanos y se me ofrece como un misterio que intriga mi imaginación. Pero recientes investigaciones científicas en el mundo de la astronomía han determinado que las condiciones climatológicas de ese planeta rechazan toda posibilidad de que pueda alentar ninguna manifestación de la vida peculiar de la Tierra. Se ha llegado a la conclusión, según algunos astrónomos, de que, con relación al Sol, desde la era de su prístina fluidez, siempre ofrece la misma cara, como ocurre con la Luna respecto a la Tierra. De ocurrir eso, el calor extremo de un hemisferio y el frío exagerado del otro harían imposible la existencia de vida humana. Y aunque la opinión de sir James Jeans se viera confirmada por los hechos, cada uno de sus días y de sus noches serían mucho más largos que los de la Tierra. Las noches transcurrirían a una temperatura de trece grados bajo cero, Fahrenheit, y los largos días a una temperatura alta en proporción.

—Incluso en tales condiciones podría haber surgido la vida —observé—. Los hombres subsisten lo mismo con los calores ecuatoriales que con los fríos árticos.

—Pero no sin oxígeno —replicó Napier—. St. John ha calculado que la cantidad de oxígeno que hay sobre la capa de nubes es menor en un diez por ciento que la de la Tierra. Después de todo, es natural que nos inclinemos ante la opinión autorizada de personalidades como sir James Jeans, que dice: «De acuerdo con lo que pueden valer los experimentos, estos nos inclinan a afirmar que Venus, el único planeta del sistema solar, aparte de Marte y de la Tierra, en los que la vida puede existir, no posee vegetación alguna ni oxígeno que pueda servir de soporte a formas vitales elevadas». Esta afirmación hace que solo pueda pensar en explorar Marte.

Discutí con Napier sus planes hasta que llegó la noche, y por la mañana temprano salió para Guadalupe utilizando su anfibio «Sikorsky». Desde entonces no he vuelto a verlo, al menos en persona, aunque, por medio de la telepatía, he podido comunicarme continuamente con él y lo he visto sumido en medio de los más extraños parajes que nunca un fotógrafo pudo captar.

De este modo, soy el médium a través del cual las extraordinarias aventuras de Carson Napier han podido ser conocidas en la Tierra. Pero no solo soy eso, sino una especie de mecanógrafo o de dictáfono que recoge la historia que se relata a continuación.

CAPÍTULO II

HACIA MARTE

Cuando llegué con mi aparato a aquel lugar abrigado de la desolada costa de Guadalupe, unas cuantas horas después de haber partido de Tarzana, el pequeño vapor mejicano que había adquirido para transportar mis hombres, y los materiales y suministros, se balanceaba suavemente, anclado en el puertecito, mientras en tierra firme, esperando mi llegada, había unos grupos de operarios, mecánicos y ayudantes que habían trabajado lealmente durante unos meses para el acontecimiento que iba a tener efecto aquel día. Entre todos, destacaba por su estatura Jimmy Welsh, el único norteamericano que trabajaba para nosotros.

Conduje el hidroavión a la costa y lo amarré a una boya, mientras mis hombres echaban un bote al agua para venir a buscarme. Había estado ausente menos de una semana y la mayor parte del tiempo lo había pasado en Guaymas en espera de la carta que tenía que recibir, pero me acogieron todos con tan exuberantes pruebas de afecto que cualquiera me hubiera tomado por un hermano de cada uno de ellos, tenido por muerto y luego resucitado, tan desoladas y tristes parecen aquellas costas solitarias a los que han de quedarse en ellas, aunque sea únicamente durante un breve intervalo, sin contacto con el Continente.

Acaso lo caluroso de su recepción era motivado por un deseo de ocultar sus propios sentimientos. Durante algunos meses habíamos convivido constantemente, forjándose entre nosotros una férvida amistad, y aquella noche debíamos separarnos con escasas probabilidades de volver a vernos. Aquel iba a ser mi último día en la Tierra. Después, yo estaría para ellos tan muerto como si mi cuerpo quedase enterrado a tres pies de profundidad.

Es posible que mis propios sentimientos influyeran en los suyos, pues debo confesar que presentía que aquellos instantes iban a ser los más embarazosos de mi aventura. He estado en contacto con gente de muchos países, pero no recuerdo ninguna con cualidades más laudables que los mejicanos no contaminados por el contacto con la intolerancia y el mercantilismo de los norteamericanos. Y luego, allí estaba Jimmy Welsh. Sería como si hubiera de separarme de un hermano, al despedirnos. Hacía bastantes meses que venía suplicándome que le dejara acompañarme y sabía que continuaría pidiéndomelo hasta el último instante, pero yo no podía arriesgar otra vida humana innecesariamente.

Subimos todos a los camiones que habíamos venido utilizando para transportar suministros y materiales desde la costa al campo de trabajo, situado a algunas millas en el interior del país, y comenzamos a avanzar por el camino que nosotros mismos habíamos trazado hasta llegar a la pequeña meseta donde

descansaba el gigantesco torpedo aéreo sobre su pista, de una milla de largo.

—Todo está listo —dijo Jimmy—. Esta mañana hemos ultimado los últimos detalles. Las franjas de la pista han sido inspeccionadas al menos por una docena de operarios. Los rodillos están bien engrasados. Hemos recorrido una y otra vez la pista con el pesado armatoste y tres veces con el camión, para ultimar la carga. Tres de nosotros hemos compulsado aisladamente la lista de artículos y objetos del equipo y se ha hecho todo lo preciso, excepto encender los cohetes del aparato. Ahora, ya podemos partir. Me va a llevar con usted, ¿no es cierto, Car?

Hice un gesto negativo.

—No insista, Jimmy, por favor —le rogué—. Tengo perfecto derecho a poner en peligro mi vida, pero no la de usted, así es que reprima sus deseos. No obstante, voy a hacer algo por usted. En prueba de mi reconocimiento por la ayuda que me ha prestado y sus demostraciones de adhesión, le voy a regalar mi hidroavión para que me recuerde siempre.

Mostróse agradecido, desde luego, pero no pudo ocultar su desencanto al ver que yo no le permitía acompañarme y comparé con tristeza el radio de acción del «Sikorsky» y el del «armatoste», nombre con el que había bautizado cariñosamente el gran torpedo-cohete que al cabo de pocas horas debía transportarme hacia el infinito.

—Un espacio de treinta, y cinco millones de millas —murmuró con tristeza—. Y Marte como objetivo.

—Sí, y con el riesgo de estrellarme contra la meta —objeté.

El trazado de la pista sobre la que debía deslizarse el torpedo había sido objeto de un año de minuciosos cálculos y consultas. Se había determinado asimismo el día preciso de la partida y el punto exacto en que se elevaría Marte en el horizonte la noche prefijada. Igualmente se determinó la hora de partir. Fue preciso tener en cuenta la rotación de la Tierra y la atracción de los cuerpos celestes más cercanos. La pista quedó trazada de acuerdo con el resultado de todos estos cálculos y se construyó con una ligera inclinación en los primeros tres cuartos de milla, para formar luego un ángulo de dos grados y medio de su horizontal, aproximadamente.

Se calculó que una velocidad de cuatro millas y media por segundo sería suficiente para neutralizar los efectos de la gravedad. A fin de vencerla debía alcanzar yo una velocidad de 6,93 millas por segundo, y para cubrir cualquier eventualidad, había dotado al torpedo de la posibilidad de cubrir una marcha de siete millas por segundo en la primera etapa y me proponía aumentarla a diez millas por segundo al traspasar la atmósfera terrestre. La velocidad que pudiera alcanzar en el espacio era problemática, pero yo había calculado que

no variaría mucho de la alcanzada al abandonar la atmósfera de la Tierra hasta caer bajo la influencia de la gravitación del planeta Marte.

También me había preocupado de fijar la hora exacta de mi partida. La calculé una y otra vez, pero existían tantos factores que juzgué conveniente someter mis cálculos al criterio de un célebre físico y de un astrónomo no menos conocido. Su opinión coincidió completamente con la mía: el torpedo debía partir en su viaje a Marte poco antes de que el rojo planeta apareciera en el Este. La trayectoria debía formar constantemente un arco aplanado que al principio se vería influido considerablemente por la atracción de la Tierra que iría decreciendo en proporción inversa al cuadrado de la distancia obtenida. Como el torpedo abandonaría la superficie terrestre en curva tangente, la partida debía ser sincronizada con exactitud, a fin de que al dejar de sufrir la atracción terrestre su parte frontal se dirigiese a Marte.

En el papel, estas cifras resultaban muy alentadoras, pero a medida que se iba acercando la hora de mi marcha he de confesar que tuve el repentino presentimiento de que eran meras elucubraciones teóricas y me sentí sobrecogido por la temeraria noción de mi aventura.

Hubo un instante en que casi me aterró. El enorme torpedo con sus sesenta toneladas, descansaba allí, en el extremo de la pista, y se me apareció como un horrible sarcófago, como mi propia tumba, en la que me vería pronto estrellado contra la tierra, o sumido en las profundidades del Pacífico, o lanzado al espacio infinito para vagar errabundo. Tuve miedo, lo admito, pero no era tanto el miedo a la muerte como la impresión que me causaba la idea de verme enfrentado con las formidables fuerzas cósmicas. Esto último era lo que más me enervaba.

Entonces Jimmy me habló:

—Hagamos la última inspección, antes de la partida.

Al conjuro de aquellas palabras tranquilas y naturales, se desvanecieron mis inquietudes. Volví a ser yo mismo.

Examinamos juntos la cabina en la que se hallaban los aparatos de control, el cómodo camarote con su mesa y su silla, con el material de escritorio y una selección de libros. Debajo de la cabina había una pequeña cocina y más abajo una despensa provista de alimentos en conserva y deshidratados en cantidad suficiente para un año. Detrás se veía una estancia para las baterías eléctricas destinadas a la iluminación, calefacción y cocina, una dinamo y un motor de gas. El departamento de la parte de popa estaba lleno de cohetes, y allí se encontraba también el intrincado mecanismo que los ponía en contacto con las piezas de control colocadas en la cabina. Más allá de la cabina principal, existía otro departamento en el que se conservaba el agua y los tanques de

oxígeno a la vez que un sin fin de cosas necesarias para mi comodidad.

No es necesario decir que todo estaba firmemente sujeto para prevenir la terrible y repentina sacudida que debía acompañar al arranque. Una vez en el espacio, no esperaba percibir ninguna noción de movimiento, pero la partida había de ser manifiestamente violenta. A fin de aminorar en lo posible el golpe del arranque, el vehículo aéreo consistía en un doble torpedo, uno pequeño dentro del otro mayor. El primero, mucho más corto que el último, estaba formado por diversas secciones, cada una de las cuales incluía uno de los compartimientos ya descritos. Entre el casco interior y el exterior y entre cada compartimiento se había instalado un sistema de amortiguador hidráulico, muy ingenioso, que tenía como misión aminorar, en más o menos grado, la inercia del torpedo interior, en el instante del arranque. Yo confiaba en que su funcionamiento sería perfecto.

Además de estas medidas de precaución contra los peligros del arranque, el asiento en que me había de acomodar delante de los mecanismos de control, no solo estaba bien mullido, sino fuertemente sujeto a una recia armadura también provista de amortiguadores. Se habían previsto también las ligaduras necesarias para mantenerse seguro en la silla al recibir el golpe inicial de la marcha. Nada se había olvidado que fuera esencial para mi seguridad. De mi seguridad dependía el éxito de mi empresa.

Después de haber realizado la inspección final del interior. Jimmy y yo nos encaramamos a la parte alta del torpedo a fin de inspeccionar por última vez el sistema de paracaídas, con los que esperaba conseguir aminorar la velocidad del aparato al entrar en la atmósfera de Marte y que me permitirían utilizar mi propio paracaídas para saltar a tiempo. El equipo de paracaídas estaba instalado en una serie de compartimientos, a todo lo largo del torpedo. A fin de explicarlo más claramente, diré que era una serie continua de baterías de paracaídas, constituida cada una por un número determinado de ellos, de diámetro progresivamente mayor, hasta llegar al que estaba más alto, que era el más pequeño. Cada batería estaba en un compartimiento separado y cada compartimiento se hallaba cubierto por una escotilla individual que podía abrirse a voluntad del operador desde los controles de la cabina. Cada uno de estos paracaídas estaba sujeto al torpedo por sendos cables. Juzgaba yo que por lo menos la mitad de ellos quedarían destrozados al aminorar la velocidad del vehículo, pero permitirían a los otros retardarla hasta el momento en que yo abriera las portezuelas y saltase con mi propio paracaídas y mi depósito de oxígeno.

El momento de la partida se iba acercando. Jimmy y yo bajamos a tierra y tuvimos que enfrentarnos con el momento más difícil: decir adiós a aquellos fieles amigos y colaboradores. No hablamos mucho. Estábamos demasiado emocionados y ninguno de los presentes tenía los ojos secos. Sin excepción

alguna, ninguno de los trabajadores mejicanos podía comprender por qué la punta del torpedo no señalaba recto hacia arriba, si mi intención era ir a Marte. Nada podía convencerles de que no iba a ascender a corta distancia, lo que implicaría sumirme en el Pacífico. Todo esto si conseguía partir, cosa que más de uno dudaba.

Nos estrechamos las manos y luego subí por la escalerilla adosada a un costado del torpedo y entré en el aparato. Al cerrar la puerta del casco exterior, vi como mis amigos se agolpaban en los camiones y se alejaban, ya que yo había dispuesto que nadie permaneciera a una distancia inferior a una milla del torpedo-cohete cuando yo arrancase, por temor a la terrible explosión que se produciría al arrancar. Después de asegurar la portezuela exterior con los grandes cerrojos, cerré la puerta por dentro y la ajusté debidamente. A continuación me senté ante los aparatos de control y sujeté las correas que me retenían al asiento.

Consulté el reloj. Faltaban nueve minutos para la hora cero. Al cabo de nueve minutos me vería lanzado al vacío o en nueve minutos habría muerto. Si las cosas no se desarrollaban bien, el desastre se produciría en una fracción de segundo, apenas tocase yo el control de disparo.

¡Siete minutos! Tenía la garganta seca, apergaminada, y sentí deseos de beber agua, pero no había tiempo.

¡Cuatro minutos! Treinta y cinco millones de millas son muchas millas y, no obstante, confiaba poderlas cubrir en cuarenta o cuarenta y cinco días.

¡Dos minutos! Inspeccioné el contador de oxígeno y abrí la válvula un poquito más.

¡Un minuto! Pensé en mi madre y me pasó por la mente la idea de si estaría vagando por el espacio y esperándome.

¡Treinta segundos! Mi mano se apoyó en el mecanismo de control. ¡Quince segundos! ¡Diez, cinco, cuatro, tres, dos... uno!

¡Di vuelta a la manivela! Siguió un estruendo terrible. El torpedo saltó hacia adelante. ¡Había partido!

Comprendí que la primera parte de mi aventura había salido bien. Miré a través del cristal de la ventanilla que estaba a mi lado en el instante en que partía el torpedo. Pero fue tan terrible la velocidad inicial que solo divisé la mancha confusa del paisaje. Me estremecí de alegría por la soltura y perfección con que se había producido la salida, aunque he de confesar que no dejaba de sorprenderme la extraña sensación que percibí en la cabina. Era como si una mano gigante me apretara contra mi mullido asiento, pero esta sensación pasó en seguida y luego no noté nada, salvo lo natural de una

persona sentada en un confortable gabinete, en tierra firme. Transcurridos los primeros segundos, después de pasar la atmósfera terrestre, ya no percibí nada más. Había hecho todo lo que estaba en mi mano hacer y ahora el resto dependía de las incidencias, del capricho del destino. Desaté las correas que me sujetaban al asiento y me moví en la cabina para mirar a través de las diversas ventanillas que había a cada lado, igual que en la quilla y en la parte alta del torpedo. El espacio era una inmensa mancha negra, vacía y respunteada de lucecitas. Yo no podía ver la Tierra, ya que se hallaba exactamente a la proa. A lo lejos se divisaba Marte. Parecía que todo iba bien. Di la luz eléctrica, me senté ante la mesa y escribí mi primer informe en el libro de viaje. Luego hice algunos cálculos de tiempo y distancias.

Según mis previsiones, al cabo de unas tres horas de haber partido, el torpedo avanzaría casi directamente hacia Marte. De vez en cuando, hacía observaciones a través del periscopio telescópico montado sobre la parte superior del casco del torpedo, pero los resultados no fueron completamente tranquilizadores. Al cabo de dos horas, Marte seguía desviado. La trayectoria en forma de arco no se cerraba como debía. Comencé a inquietarme. ¿Qué pasaba? ¿Dónde estaría el error de nuestros cálculos?

Abandoné el periscopio y miré a través de la ventanilla principal que se hallaba en la quilla. Abajo estaba la Luna. Era un espectáculo maravilloso verla en aquel espacio claro y vacío, a una distancia de setenta y dos mil millas menos de lo que la había visto hasta entonces y sin ninguna atmósfera terrestre que disminuyera su visibilidad. Tycho, Platón y Copérnico se destacaban con acusado relieve sobre el descarado disco del gran satélite, acentuando por el contraste las sombras del Mare Serenitatis y Mare Tranquillitatis. Los ásperos picos del Apenino y de Altai se rebelaban con una claridad como nunca los había visto con el más potente telescopio. Sentíame excitado, pero también disgustado. Tres horas más tarde me hallaba a menos de cincuenta y nueve mil millas de la Luna. Lo que era poco antes una visión espléndida se había convertido en un espectáculo indescriptible por lo maravilloso, pero mis inquietudes me dominaban sobremanera. A través del periscopio vi como la trayectoria de mi marcha cruzaba sobre el plano de Marte y se hundía debajo de él. Por eso comprendí que nunca podría alcanzar mi objetivo. Traté de eludir el pensamiento del terrible destino que tenía ante mí, y, en cambio, procuré averiguar el error que había causado aquel desastre.

Me pasé una hora compulsando cálculos diversos, pero nada descubrí que pudiera esclarecer la causa de mis inquietudes. Luego apagué las luces y me puse a mirar a través de las ventanas de la quilla a fin de poder divisar mejor la Luna. ¡Había desaparecido! Me dirigí entonces al ventano lateral de la cabina con el propósito de observar el vacío espacio por uno de los cristales circulares. Me sentí repentinamente aterrado. Parecía como si junto al cristal

hubiera surgido un mundo enorme. Era la Luna, que se hallaba a menos de veintitrés mil millas de distancia y yo avanzaba hacia ella a una marcha de treinta y seis mil millas por hora...

Salté hacia el periscopio y en breves segundos realicé un cálculo mental que hubiera constituido una verdadera marca. Observé la desviación sufrida en dirección a la Luna siguiéndola por medio del periscopio y computé la distancia hasta la Luna y la velocidad del torpedo llegando a la conclusión de que había pocas probabilidades de sufrir una colisión contra el astro. La único que me cabía temer era un encuentro directo y casual, pues la velocidad que llevaba el aparato era tan grande que la atracción de la Luna no conseguiría atraparlo, solo con que pasáramos a pocos pies de ella. Desde luego resultaba indudable que evitaríamos la colisión si pasábamos a algunos pies de distancia, pero también resultaba evidente que había ejercido manifiesta influencia en mi vuelo y con tal criterio surgió la réplica al problema que tanto me había desconcertado.

Acudió a mi mente la anécdota del libro mejor impreso. Se venía afirmando que no se había publicado nunca libro alguno que no contuviera algún error. Un conocido editor decidió publicar un libro así. Las pruebas de galeras fueron leídas una y otra vez por una docena de expertos y las de impresión sufrieron el mismo examen cuidadoso. Al fin, la obra maestra quedó lista para entrar en máquina... sin ningún error. Fue impresa, encuadernada y lanzada al público, y entonces se descubrió que en el título de la portada se había equivocado una letra. Nosotros, con todos nuestros cuidadosos cálculos, con todos nuestros repasos y más repasos, habíamos omitido un factor obvio: no tuvimos en cuenta la Luna.

Que se explique tal negligencia quien pueda. A mí me es imposible. Era lo mismo que si el mejor equipo deportivo hubiese perdido contra otro muy inferior. Fue un grave desliz que tuvimos. Aún no podía calcular cuáles serían sus consecuencias. Me limité a sentarme ante el periscopio para observar la Luna cada vez más cerca. Según me iba aproximando ofrecía ante mis ojos la perspectiva más espléndida que había presenciado. Cada montaña, cada pico y cada cráter se presentaba con los más claros detalles. Hasta las cumbres más elevadas, de veinticinco mil pies, eran visibles, aunque bien pudiera ser que en todo ello jugara un gran papel la ilusión, ya que yo contemplaba la escena desde arriba, y el satélite estaba abajo.

De pronto me di cuenta de que la gran esfera comenzaba a huir del campo visual del periscopio y exhalé un suspiro de alivio. No iba a estrellarme, sino que pasaría de largo.

Volví entonces al ventano. Ahora la Luna aparecía un poco a la izquierda. Ya no era simplemente una gran esfera. Era un verdadero mundo al alcance de

mis ojos. Destacando sobre el negro horizonte, divisé unos titánicos picos y debajo de mí se abrían unos vastos cráteres. Me encontraba a solas con Dios contemplando aquel mundo horripilante.

Mi paso por la Luna requería poco más de cuatro minutos. Lo calculé cuidadosamente por si tenía que aminorar la velocidad. No podría decir exactamente lo cerca que llegué de ella. Tal vez cinco mil pies sobre los picos más altos, pero ya era una proximidad respetable. La influencia ejercida por la gravitación de la Luna había alterado definitivamente mi ruta, pero debido a la velocidad del torpedo se consiguió eludir sus garras. Ahora nos alejábamos. ¿A dónde íbamos?

La estrella más cercana, Alfa, del Centauro, se hallaba a veinticinco billones y medio de millas de la Tierra. Hay que escribir la cifra para darse cuenta. 25 500 000 000 000 millas. Pero en el fondo se trataba de una distancia nimia, aunque, desde luego, no cabía esperar que hiciese una visita a Alfa Centauro, con un escenario tan inmenso ante mis ojos y tantos lugares a donde acudir. Ancho era el ámbito en que podía moverme, ya que la ciencia ha calculado el diámetro del espacio en ochenta y cuatro mil millones de años luz; y si uno piensa que la luz recorre ciento ochenta y seis mil millas por segundo, resulta evidente que el cálculo es capaz de satisfacer las apetencias del más consumado trotamundos.

No obstante, poco me importaban a mí aquellos problemas de distancia en tales momentos, ya que solo tenía alimentos y agua para un año. Durante este lapso de tiempo el aero-vehículo podría recorrer poco más de trescientos quince millones de millas. Y si conseguía llegar a Alfa Centauro no despertaría grandemente mi interés, puesto que haría unos ochenta mil años que yo me habría muerto. Así es la inmensidad del universo. Durante las veinticuatro horas que siguieron, la ruta de la nave aérea siguió casi paralelamente la de la Luna alrededor de la Tierra. No solo había desviado la atracción de la Luna nuestro curso, sino que ahora parecía evidente que la Tierra nos había atrapado y tal vez nos viéramos condenados a vagar eternamente a su alrededor, como un segundo y diminuto satélite. Desde luego, a mí no me hacía ninguna gracia convertirme en una minúscula Luna, tan minúscula que ni el más potente telescopio sería capaz de descubrirla.

El siguiente mes fue de dura prueba en mi vida. Resulta pedante mencionar la vida de uno en medio de unas fuerzas cósmicas tan gigantescas como las que me envolvían, pero solo tenemos una vida y yo estimo la mía. Por esto cuanto más cercano se me presentaba el instante de perderla, más la amaba.

Al acabar el segundo día pareció evidente que habíamos conseguido eludir la influencia de la Tierra. No puedo decir que este descubrimiento me llenase de alegría. Mi plan de visitar Marte se había desvanecido y me hubiera

agradado volver a la Tierra. Si hubiese conseguido arribar a salvo a Marte, habría podido ciertamente volver a la Tierra. Pero existía otra razón para sentir este deseo, una razón que se erguía ante mí como un fantasma amenazante: el Sol. Ahora avanzábamos en línea recta hacia el Sol y una vez cayéramos bajo el garfio de aquel horrible poder, nada podría cambiar mi destino. Estaría condenado a perecer.

Durante tres meses tendría que estar esperando el fin inevitable hasta sumirme, por último, en aquel horno ingente. La palabra horno resulta inadecuada si se quiere sugerir el calor solar, el cual se ha estimado entre treinta y sesenta millones de grados en el centro, factor este último que en poco podía afectarme, pues no pretendía llegar al centro del astro.

Sucedíanse los días, mejor podría decirse las largas noches, puesto que no existían más días que los cálculos de tiempo que yo anotaba al correr de las horas. Leía mucho, pero no escribía nada en el cuaderno de viaje. ¿Para qué iba a hacerlo, si lo que escribiese estaba condenado a hundirse pronto en el Sol y a consumirse?

En la cocina ensayé toda clase de combinaciones culinarias poniendo a prueba mi fantasía. Comía mucho, lo que me ayudaba a matar el tiempo y disfrutaba con mis condimentos.

Habían transcurrido treinta días y atisbaba yo el espacio cuando divisé un radiante resplandor a la derecha de nuestra ruta, pero he de confesar que no estaba de humor para deleitarme con tal espectáculo. Al cabo de sesenta días me encontraría en el Sol. Y mucho antes, el creciente calor me habría destruido. El final de mi aventura se acercaba por momentos.

CAPÍTULO III

HACIA VENUS

Los efectos psicológicos de una experiencia como la que yo estaba atravesando tenían que ser considerables y aunque no pudieran medirse ni pesarse, yo me daba cuenta de que se estaban operando en mí cambios producidos por su influencia. Durante treinta días había estado vagando por el espacio hacia una muerte segura, hacia un final que, probablemente, no dejaría como rastro ni una partícula de los átomos que me convierten en electrón. Había sufrido el trance en plena soledad y esto dio por resultado un enorme amortiguamiento de mi sensibilidad; se trataba, indudablemente, de una sabia previsión de la Naturaleza. Incluso la convicción de que era Venus la espléndida lúnula, emergiendo en su enormidad a estribor del torpedo, no me

produjo mucha excitación. ¿Qué importaba que pudiera acercarme a Venus más de lo que ningún nombre había conseguido? Nada significaba aquello. Ni la presencia de la propia Divinidad desvanecía mi enervamiento. Es sabido que el valor de lo que vemos se mide solamente por las dimensiones de la audiencia, que está presente. Viera yo lo que viera, no habría audiencia presente y, por tanto, carecía de valor.

No obstante, más bien para pasar el tiempo que por verdadero interés, me puse a hacer cálculos. Estos me revelaron que me hallaba a una distancia aproximada de ochocientas sesenta y cinco mil millas de la órbita de Venus y que la cruzaría al cabo de unas veinticuatro horas. De todos modos, no pude precisar con absoluta justeza la distancia que me separaba del planeta. Lo único que resultaba aparente era que aquella distancia era cortísima. Al decir cortísima hay que pensar en el valor relativo de la palabra. La Tierra se hallaba a unos veinticinco millones de millas y el Sol a unos sesenta y ocho millones de millas, así es que un objeto tan grande como Venus, a una distancia de uno o dos millones de millas, parecía cercano.

Como Venus viaja en su órbita a la velocidad de cerca de veintidós millas por segundo o sea un millón seiscientas mil millas en un día terrestre se evidenciaba el hecho de que había de interceptar mi paso dentro de las veinticuatro horas siguientes.

Se me ocurrió que si pasaba el torpedo muy cerca, como parecía inevitable, acaso Venus lo desviara y me salvara del Sol, pero comprendí que aquello no era más que una vaga esperanza. Indudablemente el torpedo pasaría cerca de Venus, pero el Sol no abandonaría su presa. Con tales pensamientos retornó mi apatía y perdí todo interés por Venus. Escogí un libro y me tendí en el lecho para leer. El interior de la cabina estaba profusamente iluminado. Yo soy muy exagerado con la luz eléctrica. Tenía allí los medios de producirla durante once meses más, pero después de unas cuantas semanas ya no la necesitaría. ¿Para qué ahorrarla?

Estuve leyendo unas horas. Leer en la cama siempre me produjo sueño y también en esta ocasión sucumbí. Cuando me desperté permanecí aún tumbado en actitud perezosa unos minutos. Estaba avanzando hacia la muerte a una velocidad de treinta y seis mil millas por hora, pero yo no tenía ninguna prisa. Recordé el hermoso espectáculo que me había proporcionado Venus cuando lo vi últimamente y decidí echar otra ojeada sobre él. Distendí el cuerpo lánguidamente, me levanté y me dirigí hacia uno de los ventanos de estribor.

La escena que apareció encuadrada en el marco del cristal circular, era maravillosa, indescriptible. Venus estaba aparentemente a la mitad de la distancia de antes y se ofrecía ante mis ojos doble de tamaño, circundado por

una aureola de luz en la parte en que el Sol, situado debajo de él, iluminaba su capa de nubes produciendo aquella lúnula brillante.

Consulté el reloj. Habían transcurrido doce horas desde que descubrí el planeta y ahora, al menos, empecé a sentirme excitado. Venus se hallaba a la mitad de distancia en que estaba doce horas antes y yo sabía que el torpedo había recorrido la mitad del trayecto que la separaba de ella en aquel momento inicial. Resultaba posible una colisión y era probable que me viera precipitado a la superficie de aquel inhóspito mundo carente de vida.

Bien, ¿y qué? ¿Acaso mi suerte no estaba ya determinada? ¿Qué diferencia podía haber en que el final de todo se produjera unas semanas antes? La verdad es que me sentía excitado. No puedo decir que tuviera miedo. Nunca me causó miedo la muerte y este sentimiento lo dejé atrás cuando vi morir a mi madre. Pero ahora que la gran aventura estaba a punto de acabar, sentíame sobrecogido por todos los factores interrogantes que la muerte significa. ¿Qué vendría después?

Las largas horas siguieron su curso. Me parecía increíble, a pesar de estar habituado a pensar en las más escalofriantes unidades de velocidad, que el torpedo y Venus fueran avanzando hacia el mismo punto de la órbita, a una marcha tan inconcebible, el uno a la velocidad de treinta y seis mil millas por hora, y el otro, a la de sesenta y siete mil. Resultaba difícil observar el planeta desde el ventano lateral, ya que se acercaba más y más. Me acerqué al periscopio. Venus se deslizaba majestuosamente por su ruta. Yo sabía que el torpedo se hallaba a menos de treinta y seis mil millas, a menos de una hora, del curso de la órbita del planeta, y no cabía duda de que nos había atraído a su esfera de acción. Estábamos destinados a sufrir un choque. Incluso en aquellas circunstancias, no pude evitar una sonrisa. Pensé en el fracaso de mis cálculos.

Era incuestionablemente una plusmarca de mal tirador, un error mayúsculo.

Aunque no me aterraba la idea de la muerte, aunque los astrónomos más famosos habían asegurado que Venus era incapaz de soportar la vida humana, porque donde su superficie no es demasiado cálida es demasiado fría, y aunque estuviera desprovisto de oxígeno, como afirmaban, el instinto de conservación, que es innato en todo ser humano, me impelió a adoptar los mismos preparativos que había determinado para descender sobre Marte, si hubiera conseguido llegar felizmente a la meta de mis propósitos.

Me puse mi vestido de lana, confeccionado de una sola pieza como una especie de «mono», las gafas de seguridad y el casquete de fieltro y luego me ajusté el depósito de oxígeno, colgando delante, a fin de que no se enredara con el paracaídas y pudiera soltarse automáticamente si yo alcanzaba una atmósfera capaz de soportar la vida humana. Desde luego sería un accesorio

embarazoso para el momento de «aterrizar», utilizando el término corriente en el globo terrestre. Por último, me aseguré de que el paracaídas estaba bien sujeto.

Consulté el reloj. Si mis cálculos eran correctos, la colisión se produciría al cabo de un cuarto de hora. Volví de nuevo al periscopio.

La visión que se ofrecía ante mis ojos era realmente aterradora. Nos estábamos adentrando en una espesa masa de nubes negras. Era como el caos en el alborar de la Creación. La gravitación del planeta nos había atrapado. Yo ya no pisaba el suelo de la cabina. Me sentía alzado y me sujeté como pude. Aquello ya estaba previsto cuando ideé el torpedo. Nos íbamos hundiendo más y más hacia el planeta. En el espacio no existe abajo ni arriba, pero en aquel momento la sensación era la de bajar.

Desde el lugar en que me hallaba, tenía los aparatos de control al alcance de la mano, y a mi lado había una de las puertas laterales. Solté tres baterías de paracaídas y abrí la puerta que comunicaba con el torpedo interior. En seguida se notó una vibración aérea, como si los paracaídas se hubieran abierto y reprimieran, al menos temporalmente, la velocidad del torpedo. Aquello debía significar que había penetrado en alguna atmósfera, fuese del tipo que fuese, y que no se podía perder ya ni un segundo. Con el simple movimiento de una palanca, solté el resto de los paracaídas y luego me dirigí a la portezuela exterior. Las cerraduras funcionaban por medio de un gran volante, colocado en el centro, y el mecanismo estaba ideado para que se abrieran rápida y fácilmente. Me ajusté el embudo de oxígeno a la boca e hice funcionar el volante con rapidez.

Casi en el acto se abrió la puerta y la presión del aire desde el interior del torpedo me lanzó al espacio. Con la mano derecha sujeté la cuerda de mi paracaídas y esperé. Miré a mi alrededor para ver donde estaba el torpedo. Corría casi paralelamente conmigo y los paracaídas aparecían distendidos.

Solo atisbé un instante la silueta del torpedo. Luego se hundió en la masa de nubes y se perdió de vista. ¡Qué magnífico espectáculo ofrecía en aquel breve período!

A salvo ya del peligro de verme arrastrado por el torpedo, di un estirón a la cuerda de mi paracaídas, mientras las nubes me engullían. Un intenso frío se filtraba a través de mi vestido de espesa lana y las húmedas nubes me sacudían el rostro como ráfagas de agua helada. Para alivio mío, se abrió mi paracaídas perfectamente y el descenso fue más lento.

Fui cayendo poco a poco. No tenía noción del tiempo ni de la distancia. Todo estaba muy oscuro y húmedo. Parecía como si me estuviera sumiendo en las profundidades de un océano, sin sentir la presión de las aguas. Eran

tales mis pensamientos en aquellos instantes que no cabe la descripción. Acaso el oxígeno me hubiera emborrachado un poco. Me sentía agitado y ansioso de resolver el gran misterio que se abría a mis pies. La idea de que estaba cerca de morir no me preocupaba tanto como cuales serían mis experiencias después de la muerte. Estaba a punto de llegar a Venus y sería el primer ser humano que hubiese podido contemplar la faz del velado planeta. De pronto, entré en una zona de menos nubes; pero allá abajo, muy lejos, se divisaba algo semejante a otras nubes y recordé la tan comentada teoría de las dos capas que envuelven a Venus. A medida que iba descendiendo, la temperatura iba subiendo progresivamente, pero aún hacía frío.

Al penetrar en la segunda capa de nubes, noté un aumento considerable en la temperatura, tanto mayor cuanto más bajaba. Me aparté el aparato del oxígeno y traté de respirar con las narices. Aspiré fuertemente y comprobé que entraba suficiente oxígeno para vivir, y de este modo quedó destruida una teoría astronómica. La esperanza renació en mí como un faro en un país sumido en nieblas.

Mientras seguía descendiendo suavemente me di cuenta de una débil luminosidad que se veía abajo, a lo lejos. ¿Qué podría ser? Existían obvias razones para suponer que no era luz solar. La luz del sol no podía proceder de abajo arriba y, además, era de noche en aquel hemisferio del planeta. Naturalmente, fueron muchas las fantásticas conjeturas que se ofrecieron a mi mente. Pensé si aquello sería la luz de un mundo incandescente, pero en seguida descarté esta hipótesis porque el calor ocasionado por aquella incandescencia me habría destruido ya haría rato. Luego pensé si no sería luz reflejada por aquella porción de nubes iluminada por el Sol, pero, de ser así, resultaba evidente que las nubes que me rodeaban hubieran debido ser también luminosas y no lo eran.

Únicamente restaba una solución práctica. Era la solución a la que lógicamente había de llegar un ser humano. Siendo como era un ser civilizado procedente de un mundo ya muy avanzado en las especulaciones de la ciencia y los inventos, atribuí el origen de aquella luminosidad a las fuerzas de la humana inteligencia. Solo podría explicarme el fenómeno como un reflejo producido sobre las nubes por luz artificial, obra de seres que existían en la superficie de aquel mundo hacia el que me dirigía lentamente.

Me preguntaba cómo serían aquellos seres y me exalté ante la perspectiva de las cosas maravillosas que se ofrecerían a mis ojos, cosa bien justificada en tales circunstancias. En el umbral de aquella aventura, ¿quién no se hubiera sentido conmovido ante la perspectiva de las experiencias que me esperaban?

Decidí quitarme el tubo de oxígeno que llevaba en la boca y observé que podía respirar perfectamente. La luz de abajo iba creciendo por momentos y

me pareció adivinar entre nubes extraños matices. ¿Serían acaso simples sombras? Desprendí el depósito de oxígeno y lo arrojé al aire. Oí claramente el golpe que producía al caer. En aquel instante se destacó una sombra mucho más densa bajo mis pies y, poco después, tropecé con algo.

Caí entre una masa de follaje y me agarré fuertemente para sostenerme. Instantes más tarde comencé a deslizarme con más rapidez y adiviné lo que había ocurrido. El paracaídas se había ladeado al contacto del follaje. Me así a las hojas y a las ramas inútilmente. Después mi descenso cesó de pronto. Evidentemente, el paracaídas se había enganchado en algo. Confié que pudiera resistir hasta que yo hallara un sitio donde afianzarme.

Mientras braceaba en las tinieblas, mi mano tropezó por fin con una gruesa rama y unos instantes después me hallaba encaramado en ella, con la espalda apoyada contra el tronco de un árbol corpulento. Otra teoría que se desvanecía. En Venus existía vegetación. Por lo menos, había un árbol. Yo era testigo de ello, y que me hallaba sentado en uno. Indudablemente, las sombras que habían atraído mi atención no eran otra cosa que otros árboles mucho más altos.

Así que hallé seguro acomodo, me despojé del paracaídas, pero guardé las cuerdas y correas que juzgué útiles para bajar del árbol. Encaramado en un árbol, a oscuras y rodeado de nubes, no podía determinar a qué distancia me hallaba del suelo. Me quité las gafas y comencé a descender. La periferia del árbol era enorme, pero las ramas crecían lo suficiente próximas las unas de las otras para permitirme apoyar los pies con cierta seguridad.

No podía determinar la distancia que había recorrido en mi descenso en el segundo estrato de nubes, antes de apoyarme en el árbol, pero debían de ser unos dos mil pies. No obstante, aún estaba en la zona de nubes. ¿Era que acaso toda la atmósfera de Venus aparecía envuelta en niebla? Confiaba en que no sería así, pues la perspectiva no hubiera sido muy halagüeña.

La luz de abajo había aumentado un poco en intensidad, pero no demasiado. Aún me veía rodeado de tinieblas. Seguí el descenso. Era una operación penosa y no exenta de peligro aquella de bajar por un árbol, envuelto en niebla, de noche y hacia lo desconocido. Pero no iba a quedarme donde me hallaba y como nada me invitaba a permanecer allí, resolví continuar el descenso.

¡Qué jugarreta tan extraña me había jugado el destino! Había deseado en primer lugar visitar Venus, pero renuncié a esta idea, cuando me aseguraron mis amigos astrónomos que aquel planeta no podía alentar vida animal o vegetal. Partí hacia Marte y diez días antes de los que yo había calculado que tardaría en llegar al rojo planeta, me encontraba en Venus respirando a mis anchas a través de las ramas de aquel árbol que, evidentemente, convertía en

un enano al gigantesco sequoia.

Las luces crecían por momentos y las nubes se iban haciendo menos densas. A través de algunas aberturas veíase abajo algo como unas frondas infinitas, suavemente acariciadas como por una luz lunar... Pero Venus no tiene satélites. En esto, a pesar del resplandor del fondo, yo estaba de acuerdo con los astrónomos. Aquella iluminación no procedía de luna alguna, a no ser que el satélite de Venus se hallase debajo de la capa inferior de nubes, lo que no era probable.

Instantes después salí de la masa de niebla, pero aunque miré en todas direcciones, solo pude ver frondas y más frondas, arriba, abajo y a mi alrededor. Pero al menos podía contemplar el fondo de aquel abismo de follaje. La pálida luz no me permitía distinguir el color exacto de las hojas, pero yo estaba seguro de que no eran verdes, sino de un matiz delicado, distinto.

Había descendido otros mil pies desde que salí de las nubes y me sentía exhausto. El mes de inactividad y sobrealimentación me había enervado. De pronto, divisé algo que parecía un sendero que partía del árbol por el que yo descendía y daba a otro adyacente, los dos trazados entre la masa de fronda. Descubrí asimismo que, a poca distancia de donde me hallaba, las ramas gruesas aparecían cortadas. Aquello era una prueba manifiesta e inequívoca de la presencia de seres inteligentes. ¡Venus estaba habitado! Pero ¿por quién? ¿Qué extraños y arbóreos seres habían abierto calzadas entre la fronda de aquellos árboles gigantes? ¿Serían acaso una especie de hombres monos? ¿Gozarían de inteligencia más o menos refinada? ¿Cómo me recibirían?

Sumido en estas conjeturas me sorprendió un ruido que procedía de encima de mí. Algo se movía en las ramas altas. El sonido iba acercándose y me pareció que lo producía un objeto de unas dimensiones y de un peso considerables, pero tal vez fuese un juego de la imaginación. De todos modos, empecé a inquietarme. Iba desarmado. Nunca he llevado armas. Mis amigos trataron de convencerme de que transportase un verdadero arsenal encima, antes de embarcarme en mi aventura, pero yo argüí que si llegaba a Marte desarmado, sería una prueba palpable de mis intenciones amistosas e incluso si la recepción que se me hacía era hostil, no por eso mi situación mejoraría yendo armado, ya que no me cabía la esperanza de conquistar, solo, un mundo, por muchas que fuesen las armas de que fuese provisto.

Repentinamente, al chasquido peculiar del ramaje ante la presión de un cuerpo pesado, uniósese un estallido de gritos estridentes, y en su aterradora disonancia identifiqué la presencia de más de una criatura.

¿Es que me perseguían todos los feroces habitantes de aquel bosque?

Tal vez mis nervios se habían desatado un poco, pero no cabía acusarme por ello, después de lo que había pasado últimamente y de las zozobras del mes anterior. De todos modos, no se habían desconcertado por completo y aún me hallaba en condiciones de considerar que por la noche los ruidos se multiplican a veces de una manera desconcertante. Había tenido ya ocasión de escuchar el aullido de los coyotes en mis tierras de Arizona, durante la noche, y alguna vez, de no haber tenido la certeza de que solo había uno de aquellos animales, hubiera jurado que se trataba de un centenar, guiándome solo por el oído.

Pero en esta ocasión me hallaba bien seguro de que los ruidos procedían de más de un animal, ya que de otro modo aquella algarabía resultaría imposible. Iba acercándose cada vez más el horrísono clamor, tampoco cabía dudarlo. Desde luego, no podía asegurar que los seres que proferían aquellos alaridos vinieran persiguiéndome, aunque una voz interior parecía advertirme que así era.

Hubiera deseado alcanzar el sendero abierto en la fronda y que se hallaba debajo, pues, indudablemente, mi posición habría resultado mucho más cómoda, pero la distancia era demasiado considerable para saltar y no había cerca ramas que pudieran ayudarme a realizar este deseo. Entonces me acordé de las cuerdas que había salvado al abandonar el paracaídas. Rápidamente las desenrollé de mi cintura, colgué una de la rama en que me hallaba sentado, sujeté fuertemente los dos extremos con las manos y me dispuse a balancearme en el vacío, para saltar. De repente, cesó el clamor de alaridos y entonces arriba, muy cerca, escuché el rumor de algo que descendía hacia mí y vi como su peso sacudía las ramas.

Me incliné sobre la rama, eché el cuerpo hacia atrás, me balanceé en el aire y salvé los quince pies que me separaban del sendero. Cuando me erguí, el silencio de la selva se interrumpió de nuevo por un rugido horripilante que sonó encima de mi cabeza. Levanté prestamente la mirada y descubrí una bestia que se disponía a arrojarse sobre mí, y, un poco más allá, una cara hosca y repugnante. Solo le vi de soslayo un segundo, lo suficiente, no obstante, para darme cuenta de que se trataba de la cabeza de una bestia con ojos y boca... Pero desapareció en el acto entre el follaje.

Bien pudiera haber sido una imagen subconsciente, ya que la escena se desarrolló como un relámpago ante mis ojos y la otra bestia estaba, amenazadora, sobre mí, en lo alto. Pero se quedó grabada con caracteres indelebles en mi memoria y había de recordarla otro día en unas circunstancias tan terribles que ningún hombre de la Tierra hubiera podido concebir.

Mientras me echaba hacia atrás para eludir la agresión, retuve en la mano uno de los extremos de la cuerda que me había ayudado a descender. Fue un

acto inconsciente y puramente mecánico. Retuve la cuerda en la mano y la sujeté fuertemente, y al saltar hacia atrás, arrastré la cuerda conmigo, circunstancia casual, indudablemente, pero afortunadísima.

La bestia falló el salto contra mí, yendo a parar a pocos pies de donde me encontraba y allí se agachó, aparentemente desconcertada. Afortunadamente, no volvió a la carga en el acto y ello me proporcionó la oportunidad de recobrar el aplomo. Me alejé suavemente y al mismo tiempo, mecánicamente, arrastré la cuerda con la mano derecha. Ciertos actos fútiles que se realizan en instantes de gran tensión, parecen hechos sin una razón reflexiva explicable, pero he pensado muchas veces que se practican a impulsos de móviles subconscientes, producidos por el instinto de conservación. Posiblemente no siempre van bien dirigidos y con frecuencia fracasan, pero cabe observar que los actos subconscientes no son menos falibles que los que la mente objetiva realiza, los cuales yerran más veces que aciertan. Alguna razón debió inspirarme para retener la cuerda de la mano, ya que, como después vino a demostrarse, era el único débil vínculo del que iba a depender mi vida.

El silencio había caído sobre la fantasmagórica escena. Desde el grito final de la horrible criatura que se hundió en la fronda, cuando saltó la otra bestia sobre mí, no se oyó sonido alguno. El animal que se agazapaba atisbándome parecía algo desconcertado. Llegué a la conclusión de que no me venía persiguiendo, sino que era a él a quien perseguía el ser que se escondió entre el follaje.

En la penumbra de la noche de Venus, me hallé ante una bestia feroz que solo podía concebirse en el delirio de una horrible pesadilla. Era del tamaño aproximado de un puma y se sostenía con cuatro patas, provistas de una especie de manos, lo que revelaba que debía de ser casi completamente arbóreo. Las patas delanteras eran mucho más largas que las de detrás y en este aspecto recordaba a la hiena, pero se diferenciaba de esta fiera en su peluda piel cubierta de franjas longitudinales, de color alternativamente rojo y amarillo, y su odiosa cabeza no se parecía a la de ningún animal terrestre. Al parecer, no tenía orejas y en su estrecha frente aparecía un solo ojo, muy grande, redondo y situado en el extremo de una gruesa antena de unas cuatro pulgadas de largo. Tenía unas poderosas mandíbulas, armadas de largos y afilados colmillos, y a cada uno de los lados del cuello se proyectaban sendas y poderosas tenazas, parecidas a las de un enorme crustáceo. Nunca había visto yo un animal tan ferozmente armado como aquella anónima bestia de aquel mundo desconocido. Con aquellas poderosas pinzas podía fácilmente agarrar a su enemigo, aunque fuera mucho más fuerte que un hombre, y atraerle a sus terribles mandíbulas.

Me contempló un momento con aquel ojo aterrador que se movía de un lado para otro en el extremo de la antena, y las tenazas se agitaron lentamente,

abriéndose y cerrándose. Miré a mi alrededor en aquel breve intervalo y lo primero que descubrí fue que me hallaba frente a un gran orificio hecho en el tronco del árbol. La abertura tendría unos tres pies de ancho por seis de alto. Pero lo más extraordinario era que se hallaba cerrada por una puerta, no una puerta maciza, sino algo que parecía más bien una reja de madera.

Mientras yo pensaba en lo que podía hacer, me pareció observar que se movía algo detrás de la puerta. Luego oí una voz que se dirigía a mí en la oscuridad, detrás de la puerta. Parecía una voz humana, aunque hablaba un lenguaje que yo no comprendía. Su tono era perentorio y me imaginé que me estaba preguntando:

—¿Quién eres y qué haces aquí, en medio de la noche?

—Soy extranjero —repuse—, y vengo en son de paz y amistad. Desde luego sabía que fuera quien fuese el que se hallara detrás de aquella puerta no podría entenderme, pero esperaba que mi tono le diera la impresión de mis pacíficos deseos. Siguió un momento de silencio y se oyeron voces dentro. Evidentemente estaban discutiendo la situación. Después vi que la fiera que me acechaba agazapada, comenzaba a deslizarse hacia mí y entonces aparté la mirada de la puerta para enfrentarme con el animal.

Mi única arma era una cuerda inútil, pero comprendí que tenía que hacer algo. No era cosa de permanecer estúpidamente inmóvil para dejar que la fiera saltara sobre mí y me devorase sin que yo hiciera algo por defenderme. Extendí el trozo de cuerda y, más movido por un gesto de desesperación que por la esperanza de realizar un acto defensivo eficaz, sacudí el extremo sobre el rostro de la bestia que avanzaba. Todo el mundo ha presenciado alguna vez esa sacudida peculiar con que un muchacho fustiga a otro con la punta de una toalla. El que ha pasado por semejante experiencia sabe perfectamente que es un experimento doloroso.

Desde luego, yo no confiaba en dominar a mi adversario con este procedimiento y, a decir verdad, no sé exactamente la razón que me indujo a hacerlo. Acaso fuese el instinto de hacer algo. Pronto se demostró la eficacia de aquel único ojo y de la presteza de los movimientos de las antenas. Di el golpe con la cuerda como el artista de circo cuando sacude un látigo, pero aunque el movimiento de la cuerda fue veloz e inesperado, el animal la cogió con una de sus tenazas antes de que le llegara a la cabeza. Después se dispuso a saltar sobre mí para atraparme entre sus terribles mandíbulas.

Conocía yo muchos trucos en el manejo de la cuerda que me enseñó un vaquero amigo en la época en que me dediqué al cinematógrafo. Fue una de aquellas habilidades la que empleé para tratar de enganchar aquellas tenazas semejantes a las de un crustáceo. Después de blandiría en el aire, la arrojé alrededor de la antena y quedó arrollada. Inmediatamente el animal comenzó a

estirar desesperadamente. Supuse que lo haría movido por el instinto de llevarse a la boca cualquier objeto que pudiera estar en sus terribles tenazas, pero me era difícil determinar cuánto tiempo seguiría estirando antes de decidirse a cambiar de táctica para arrojarse sobre mí. Impulsado por una repentina y veloz inspiración, até el extremo de la cuerda a uno de los postes que sostenían la baranda del camino artificialmente elevado, y fue entonces cuando el animal se precipitó de repente hacia mí.

Volví la espalda y eché a correr confiando alejarme de aquellas terribles tenazas, antes de que el animal se viera detenido por la cuerda y, aunque no sin dificultad, lo conseguí. Exhalé un suspiro de alivio cuanto vi el corpachón de la bestia revolcándose en el suelo, mientras la cuerda se estiraba. Los rugidos de rabia que emitía la fiera casi helaron la sangre en mis venas. Mi respiro no fue de mucha duración, pues tan pronto como el animal se levantó, cogió la cuerda con la otra tenaza y la cortó con la misma pulcritud que si hubiera operado con un par de monstruosas tijeras. Luego se lanzó sobre mí de nuevo, pero esta vez sin arrastrarse.

Parecía evidente que mi estancia en Venus iba a ser breve cuando, de pronto, la puerta del árbol se abrió y salieron tres hombres situándose detrás de la feroz alimaña. El que parecía conducir a los otros dos, blandía un sable grueso y pesado y lo hundió con toda su fuerza en el lomo de mi furioso perseguidor. La fiera se detuvo en seco y se revolvió para enfrentarse con aquellas nuevas pero más temibles víctimas, y mientras lo hacía, otros dos sables blandidos por los compañeros de mi defensor se hundieron en el pecho de la bestia, que profirió un rugido horrible y se desplomó inerte. Estaba muerta.

Entonces, el que parecía jefe de los otros avanzó hacia mí. En la penumbra del bosque su aspecto no se diferenciaba mucho de un hombre de la Tierra. En el acto dirigió la aguda punta del sable a mi pecho. A su lado se hallaban los otros dos, armados también con sus sables.

El primero de aquellos individuos me habló con una voz fría y autoritaria, pero yo hice un gesto negativo con la cabeza para indicar que no lo comprendía. Después apretó la punta de su arma contra mi vestido, al lado del estómago, y pinchó. Yo me eché hacia atrás y él avanzó y me pinchó de nuevo. Seguí retrocediendo. Los otros dos se destacaron y los tres comenzaron a examinarme, mientras hablaban entre sí. En aquel momento podía observarles mejor. Tenían aproximadamente mi misma estatura y en lo que a su aspecto externo se refería eran idénticos a los seres humanos de la Tierra. Iban casi desnudos. Se tapaban ligeramente con pieles y llevaban un cinturón del que pendía el sable. Su piel parecía mucho más oscura que la mía, aunque no tanto como la de los negros, y tenían el rostro hermoso y las facciones suaves.

Los tres me hablaban de vez en cuando y yo siempre replicaba, aunque no nos entendíamos. Por último, después de mucho discutir, uno volvió a entrar por la puerta del árbol y entonces pude divisar el interior de la estancia, pues me hallaba junto a la puerta. Estaba iluminada y uno de los que quedó conmigo me empujó hacia adelante señalándome la entrada.

Comprendiendo que deseaban que entrara, avancé, y mientras lo hacía aplicaron sobre mi cuerpo la punta de sus sables. Por lo visto, no querían correr riesgo alguno conmigo. El otro individuo me aguardaba en el centro de una amplia estancia horadada en el interior del enorme árbol. Más allá se veían otras puertas que comunicaban con la habitación y que debían de ser, sin duda alguna, otros departamentos. En el cuarto había unas sillas y una mesa. Las paredes estaban talladas y pintadas y en el suelo había una espesa alfombra. De una pequeña vasija que pendía del centro del techo se desprendía una suave luz que iluminaba el interior produciendo una iluminación parecida a la solar al filtrarse por una ventana abierta, pero sin resplandor.

Los otros individuos habían entrado también cerrando la puerta y asegurándola con un mecanismo que no pude identificar en aquel momento. A continuación uno de ellos me señaló una silla y me empujó hacia ella para que me sentase. Me examinaron bajo la luz y yo hice lo mismo. Mi vestido parecía asombrarles mucho. Inspeccionaron el material con que estaba confeccionado y discutieron fijándose en el tejido y en la trama. Yo adivinaba, por sus gestos y la inflexión de sus voces, cuál era el tema de su conversación.

Como mi traje de lana me producía mucho calor, me lo quité e hice lo mismo con la chaqueta de piel y la camisa de polo. Cada una de estas prendas despertó su curiosidad y provocó sus comentarios. No mereció menos atención la blancura de mi piel y el color rubio de mi cabello.

De pronto, uno de ellos salió de la estancia y mientras estaba ausente, otro retiró diversos objetos que se hallaban sobre la mesa. A mí me pareció que eran libros encuadernados en madera y con las cubiertas de piel, varios adornos y una daga metida en una vaina muy elaborada.

Cuando reapareció el otro individuo, traía alimentos y agua que puso sobre la mesa y por señas me indicaron que podía comer. Dentro de unos recipientes de madera muy bien labrada había frutas y nueces, y algo que parecía pan colocado sobre un plato dorado, mientras en una vasija de plata me trajeron miel. Un vaso alto y delgado contenía un líquido blancuzco que parecía leche. Este último recipiente era una obra delicada, de cerámica transparente y un exquisito matiz azulado. Estas cosas y el conjunto de la estancia revelaban cultura, refinamiento y buen gusto, resultando un poco incongruente el aspecto externo de sus dueños.

La fruta y las nueces no se parecían en nada a las que yo conocía ni por la

apariencia ni el sabor; el pan era basto, pero delicioso, y la miel, si de miel se trataba realmente, ofrecía al paladar cierto gusto a violetas confitadas. La leche (no puedo hallar otro nombre para designarla) era fuerte, casi picante, pero no desagradable y me pareció que debía ser apetitosa a esa edad en que las criaturas comienzan su desarrollo.

Los utensilios de mesa eran similares a los que me eran familiares en la Tierra. Algunos eran huecos, otros afilados para cortar y otros con puntas para clavar. Estos objetos eran de metal.

Mientras yo comía, los tres individuos seguían hablando muy serios y, de vez en cuando, alguno de ellos me ofrecía más alimento. Parecían hospitalarios y corteses y pensé que si estas cualidades eran típicas en Venus, la vida en el planeta me iba a resultar agradable. Que todo no era un campo de rosas lo delataban las armas de que iban provistos aquellos hombres. Nadie lleva encima un sable y una daga si no teme que pueda verse en la necesidad de emplearlas, salvo en una parada militar.

Cuando hube acabado de comer, dos de los individuos me escoltaron para salir de la estancia por una puerta del fondo y ascendimos por una escalera circular, penetrando en un cuartito. La escalera y el pasillo estaban iluminados por una lámpara pequeña similar a la de la primera habitación donde había comido, y la luz se filtraba por la puerta, semejante a una reja de madera. En aquella última estancia me dejaron encerrado los que me habían capturado para que me sumiera en mis propias cavilaciones.

En el suelo se veía un colchón blanco con suaves cubiertas de un tejido sedoso. Como sentía mucho calor, me despojé de toda mi ropa, excepto los calzoncillos, y me eché a dormir. Me sentía cansado después de mi azaroso descenso por el gigantesco árbol y me adormecí en seguida. Me hubiera dormido de veras de no haberme sobresaltado el mismo alarido odioso con el que anunció su presencia la fiera que me había perseguido y que expresaba así su ira al ver que me había escapado de sus garras.

No obstante no tardé mucho en caer dormido y en mi mente danzaron caóticos fragmentos de mi extraordinaria aventura.

CAPÍTULO IV

A LA MANSIÓN DEL REY

Cuando desperté, había mucha luz en la estancia y a través de una ventana divisé el follaje de los árboles de un color de alhucema, violeta y heliotropo que resplandecía a la luz de un nuevo día. Me levanté y me acerqué a la

ventana. No vi rastro alguno de luz solar y, sin embargo, por todas partes se observaba un brillo semejante al de la luz del sol. El aire era cálido, casi bochornoso.

Hacia abajo pude vislumbrar varios caminos colgantes que se tendían entre los árboles. En algunos de aquellos caminos vi transitar personas. Los hombres iban casi desnudos. No me extrañó su ligero atuendo, dada la temperatura que reinaba en Venus. Había hombres y mujeres, y los primeros iban armados todos con sables y dagas, mientras las mujeres llevaban solo dagas. Todos parecían de la misma edad. No se veían niños ni viejos entre ellos. Aquella escena parecía artificial.

Traté de buscar el suelo desde la ventana, mas solo podía verse la gran masa de frondas de color de alhucema, violeta y heliotropo. ¡Pero qué árboles! Descubrí algunos cuyos troncos tenían por lo menos doscientos pies de diámetro. Había juzgado gigantesco el árbol por el que descendí, pero comprendí que al lado de los otros parecía un retoño.

Mientras estaba contemplando aquella escena, oí un ruido detrás de la puerta y en seguida se presentó uno de los individuos que me había apresado. Penetró en la estancia, me saludó con unas palabras que no conseguí comprender y me dedicó una sonrisa lo más amable que pudo. Yo le devolví la sonrisa y le dije:

—Buenos días...

Me invitó a salir de la habitación, pero yo le hice señas para darle a entender que deseaba ponerme las prendas de vestir. Sabía que iba a pasar mucho calor con mis vestidos e iba a sentirme muy incómodo, y asimismo comprendía que ninguna de aquellas personas había visto vestidos como los míos, pero es tan poderosa la fuerza de la costumbre entre los hombres que me repugnaba la idea de hacer lo que acaso resultaba más aconsejable: quedarme únicamente con los cortos calzoncillos.

Al principio mi visitante se dio cuenta de cuáles eran mis deseos y se me acercó para invitarme a abandonar las prendas de vestir donde se hallaban y acompañarle tal como estaba, pero acabó por resignarse con una amable sonrisa. Era un hombre de aspecto agradable y algo más bajo que yo. A la luz del día pude observar que su piel era aproximadamente de la misma pigmentación morena que los fuertes rayos solares producen en la tez de los hombres de mi raza. Tenía los ojos castaño oscuro y el cabello negro. Su aspecto ofrecía un acentuado contraste con mi piel clara, ojos azules y cabello rubio.

Así que me hube vestido, lo seguí escaleras abajo y entramos en una estancia contigua a aquella en que había estado la noche pasada. Hallábanse

allí los otros dos individuos y dos mujeres sentados ante una mesa en la que aparecían diversas vasijas con alimentos. Al entrar yo en la habitación, los ojos de las mujeres se volvieron hacia mí con curiosa expresión. Los hombres sonrieron y me saludaron igual que lo había hecho su compañero y uno de ellos me acercó una silla. Las mujeres me recibieron con naturalidad, pero sin descaro y parecía evidente que estaban hablando de mí entre ellas y con los hombres. Las dos eran muy bien parecidas y tenían la tez un poco más clara que la de los hombres, si bien el color de los ojos y del cabello eran el mismo que el de sus compañeros. Usaban idénticas vestiduras confeccionadas con el mismo material de que estaba hecha la colcha de mi cama y tenían la forma de una larga faja que llevaban arrollada fuertemente debajo de los sobacos y cubriéndoles el pecho les caía suelta hasta la cintura. Luego envolvía el cuerpo cruzando por debajo de los muslos para ir a prenderse hacia arriba, por la parte de delante. La punta de la faja caía también por delante hasta las rodillas.

Además de este vestido, bellamente bordado en colores, las mujeres llevaban un cinturón del que pendía un bolso y la vaina de una daga, las dos cosas adornadas con diversas piezas decorativas, tales como anillos, brazaletes y trabajos artísticos, hechos con cabellos. Entre los distintos materiales utilizados en la fabricación de aquellos objetos, pude identificar el oro y la plata, y otros parecían hechos con algo semejante al marfil y coral. Lo que más llamó mi atención fue la maestría con que estaban hechos aquellos objetos y me pareció que su valor, más que en la riqueza de los materiales empleados, estribaba en su refinamiento artístico. Me lo hizo suponer así el hecho de que muchas de aquellas obras maestras estaban elaboradas con huesos vulgares.

Sobre la mesa había variedad de alimentos, semejantes a los que me ofrecieron la noche anterior. Uno de los platos era una especie de huevo con carne asado todo junto. Otros manjares me eran totalmente desconocidos, tanto por su aspecto como por su sabor. No faltaron la leche y la miel que había probado ya. Los condimentos eran de variada índole y sabor, de modo que pocos serían los paladares que no hallaran agradable alguno de ellos.

Durante el almuerzo se pusieron a hablar entre ellos, y comprendí, por sus miradas y sus gestos, que yo era el tema de sus discusiones. Las dos jóvenes animaban la mesa tratando de entablar conversación conmigo, lo que, al parecer, les divertía mucho, y yo no pude por menos de ponerme a reír con ellas. Por último, a una de las muchachas se le ocurrió la feliz idea de enseñarme su idioma. Se señaló a sí misma y dijo: «Zuro», y señaló luego a su compañera y dijo: «Alzo». En seguida se interesaron también los hombres y pronto pude informarme de que el hombre que parecía el jefe, el que me había amenazado con el sable la noche anterior, se llamaban Duran y los otros dos Olthar y Kamlot.

Pero antes de que pudiera haberme habituado a aquellas pocas palabras y a

los nombres de algunos de los manjares de la mesa, se acabó el almuerzo y los tres hombres me hicieron salir. Mientras avanzábamos por el camino colgante que pasaba por delante de la casa de Duran, todas las miradas de los que encontrábamos a nuestro paso se fijaban en mí con extraordinaria curiosidad. Comprendí que yo era un tipo humano completamente desconocido en Venus o, al menos, raro, y que mis ojos azules y mi cabello rubio despertaban casi tantos comentarios como mis prendas de vestir. Lo revelaban sus gestos y la dirección de sus miradas.

Con frecuencia nos detenían amigos de mis opresores o anfitriones. No estaba muy seguro de su condición. Pero nadie me hizo el menor daño ni me insultó, y si yo era objeto de la curiosidad general también ellos lo eran para la mía. Aunque no idénticos, aquellos hombres eran todos atractivos y aparentaban la misma edad. No descubrí entre ellos ningún viejo.

De pronto, llegamos ante un árbol de tan enorme diámetro que me costó mucho dar fe a lo que estaban viendo mis ojos. Tendría unos quinientos pies de diámetro y estaba cubierto de ramas arriba y abajo del camino colgante. Había en él numerosas puertas, ventanas y balcones. Ante una puerta concienzudamente labrada había un grupo de hombres armados y allí nos detuvimos. Duran se dirigió a uno de ellos. Me pareció que le llamaba Tofar, y más tarde supe que, efectivamente, era este su nombre. Ostentaba un collar del que pendía un disco de metal con unos jeroglíficos en relieve. En lo demás su atuendo no se diferenciaba en nada del de sus compañeros. Mientras hablaba con Duran, me examinaba detenidamente. Después, entré con Duran en el interior del árbol, mientras los otros continuaban examinándome y haciendo preguntas a Kamlot y a Olthar.

Aproveché el rato de mi espera para estudiar las tallas que adornaban el portal formando un marco de cinco pies de ancho. Parecía ser un motivo histórico y en las figuras talladas creí descubrir hechos trascendentales de la vida de un país. El trabajo era magnífico y no se precisaba demasiada imaginación para adivinar que cada uno de aquellos rostros delicadamente ejecutados era el retrato de alguna personalidad fallecida o viviente. En las líneas de aquellas figuras no aparecía ninguna nota grotesca, como suele ocurrir en trabajos similares que se encuentran a veces en la Tierra, y solo resultaban convencionales los bordes que encuadraban el conjunto, formados con placas.

Aún me hallaba abstraído en el examen de tan excelente trabajo de talla en madera, cuando Duran y Tofar volvieron, haciendo que Olthar, Kamlot y yo les siguiéramos al interior del gran árbol. Atravesamos diversas amplias salas y largos corredores. Por todas partes se observaban los mismos trabajos de talla en la madera de aquel árbol convertido en mansión. Llegamos al pie de una espléndida escalera y por ella bajamos a otro piso. Las estancias que se

hallaban en la periferia del árbol recibían luz a través de las ventanas, mientras las del interior y los corredores estaban iluminadas por medio de lámparas similares a las que ya había visto en casa de Duran.

Cerca del final de la escalera por la que habíamos bajado penetramos en una espaciosa sala, ante cuya puerta había dos hombres armados con lanzas y sables y ante nosotros, en el fondo de la estancia, se hallaba un hombre sentado ante una mesa cercana a un ventanal. Nos detuvimos a pocos pasos de la puerta. Mis acompañantes se mantuvieron en un respetuoso silencio, hasta que el hombre de la mesa levantó la mirada y les habló. Entonces cruzaron la estancia llevándome con ellos y se detuvieron de nuevo ante la mesa al otro lado de la cual se encontraba sentado el individuo de cara a nosotros.

Habló afectuosamente a los que me acompañaban llamándoles por su nombre y cuando le contestaron lo hicieron empleando el calificativo de Jong. Era un individuo de aspecto excelente, de facciones enérgicas y continente autoritario. Vestía de un modo similar a todos los hombres que había visto en Venus, distinguiéndose únicamente de ellos en que llevaba en la cabeza un filete que sostenía un disco de metal, que le caía en medio de la frente. Pareció interesarse mucho por mí y me examinó detenidamente mientras escuchaba lo que le decía Duran, el cual, sin duda alguna, debía de estar contándole la historia de mi extraña y repentina aparición la noche anterior.

Cuando Duran hubo concluido el llamado Jong me habló muy serio y con tono cariñoso. Por pura cortesía le contesté, aunque sabía que no me iba a entender mejor que yo a él. Se puso a sonreír y a mover la cabeza y después comenzó a hablar con los otros y por último hizo sonar un gongo de metal que tenía a su lado, sobre la mesa. Se levantó y dando la vuelta, vino hasta donde yo me encontraba. Examinó mis prendas de vestir cuidadosamente, palpando el tejido y discutiendo con los otros, probablemente, sobre la materia con que estaban confeccionadas. Examinó la piel de mis manos y de mi cara, tocó mis cabellos y me hizo abrir la boca para examinar mis dientes.

Todo aquello me recordó un mercado de caballos o de esclavos. «Acaso — pensé— esto último será lo que se acerca más a la realidad».

En aquel momento entró un individuo que supuse sirviente y una vez hubo recibido instrucciones del llamado Jong, se marchó de nuevo, mientras yo seguía siendo objeto de minuciosas investigaciones. Mi barba, que estaba sin afeitar desde hacía cuarenta y ocho horas, provocó muchos comentarios. Una barba rala y rojiza no es cosa atractiva a ninguna edad, y por esto suelo afeitarme diariamente cuando tengo los utensilios necesarios. No puedo decir que toda aquella requisitoria me agradase mucho, pero la manera como se desarrolló carecía de toda intención de molestarme conscientemente y mi situación allí era tan delicada que mi prudencia me aconsejó no demostrar

ningún resentimiento por las familiaridades que conmigo se tomaba el individuo al que llamaban Jong. Obré con cordura.

De pronto, penetró en la estancia un sujeto y presumí que le había ido a llamar el sirviente que había salido poco antes. Al acercarse comprobé que se parecía mucho a los demás. Era un bello tipo, que aparentaba unos treinta años. Hay quien se lamenta de la monotonía, pero para mí nunca existió la monotonía en la belleza, incluso cuando las cosas bellas son idénticas, lo que no ocurría exactamente entre los habitantes de Venus. Todos eran bellos, pero cada uno de una manera distinta.

El llamado Jong estuvo hablando con el recién llegado durante unos cinco minutos, seguramente explicándole todo lo que le habían contado de mí y dándole determinadas instrucciones. Cuando hubo acabado, el otro se me acercó y me invitó a seguirle y, minutos más tarde, me hallaba en otra estancia situada a la misma altura. Tenía tres grandes ventanas y estaba amueblada con varios pupitres, otras diversas mesas y sillas. La mayor parte de las paredes estaban cubiertas de estanterías en las que descansaban lo que yo supuse libros. Había millares de ellos.

Las tres semanas siguientes fueron deliciosas e interesantísimas. Durante este tiempo, Danus, a cuya dirección se me había confiado, me enseñó el idioma de Venus y me dijo muchas cosas concernientes a este planeta, sobre sus habitantes y su historia. Hallé fácil de dominar el idioma, pero no intento describirlo detalladamente. El alfabeto tiene veinticuatro letras, cinco de las cuales representan sonidos vocales, los únicos que las cuerdas vocales de los moradores de Venus pueden articular. Las letras tienen todas el mismo valor, no existiendo las mayúsculas. Su sistema de puntuación difiere del nuestro y resulta mucho más práctico. Por ejemplo, antes de comenzar a leer una oración, ya se sabe si es exclamatoria, interrogativa o simplemente expansiva. Se usan mucho los caracteres gráficos similares a la coma y al punto y coma. El punto no existe. Estos signos de puntuación se manejan de un modo semejante a nuestro sistema y se colocan al final de cada frase. Los signos interrogativos o exclamativos preceden a la oración, determinando su naturaleza.

Una peculiaridad de su lenguaje, que lo hace más fácil de manejar, es la ausencia de verbos irregulares. La raíz de los verbos no sufre ninguna alteración para formar la voz, el modo, el tiempo, el número o la persona. Esto se obtiene utilizando varias palabras auxiliares.

A la vez que me dedicaba a aprender a hablar el idioma, aprendía también a leerlo y escribirlo, y pasé muchas horas gratísimas en la gran biblioteca de la que Danus era director, mientras este se ausentaba para atender sus otras obligaciones, que eran numerosas. Era director del Cuerpo de Médicos y

Cirujanos de su país, médico y cirujano del Rey y presidente de la Academia de Medicina y Cirugía.

Una de las primeras cosas que me preguntó Danus, tan pronto como hube adquirido la práctica inicial del idioma, fue de dónde venía. Pero cuando le dije que procedía de otro mundo que se hallaba a más de veintiséis millones de millas de Amtor, que es el nombre que dan a Venus, movió la cabeza con un gesto de escepticismo.

—No hay vida más allá de Amtor —me dijo—. ¿Cómo va a haber vida donde todo es fuego abrasador?

—¿Cuál es tu teoría sobre...? —pregunté. Pero me detuve en seco. En el lenguaje de Amtor no hay una palabra que traduzca la nuestra «universo», ni tampoco «sol», «luna», «estrella» o «planeta». El maravilloso cielo que se ofrece a nuestras miradas, en la Tierra, les es desconocido a los habitantes de Venus, sumidos eternamente en la penumbra que ocasionan las dos capas de nubes que rodean a este planeta. Volví a preguntarle:

—¿Qué es lo que crees que rodea a Amtor?

Dirigióse a un estante y volvió con un grueso libro que abrió para mostrarme el bello mapa de Amtor. Observé que aparecían tres círculos concéntricos. Entre los dos círculos interiores había una franja circular llamada Trabol, que significa tierra caliente. En aquella porción del mapa y al borde de los dos círculos, se veían las fronteras de los mares, continentes e islas, y en algunos puntos la franja se adentraba en las líneas fronterizas como para determinar los lugares en los que audaces exploradores habían osado desafiar los peligros de desconocidas e inhóspitas tierras.

—Esto es Trabol —explicó Danus poniendo el dedo sobre la porción del mapa que acabo de describir someramente—. Rodea por completo a Strabol, que se halla en el centro de Amtor. Strabol es extremadamente caluroso. Su territorio está cubierto por enormes bosques y una vegetación frondosa y poblado por grandes fieras, reptiles y pájaros. Los cálidos mares encierran monstruos en sus profundidades. Ningún hombre de los que se han aventurado a adentrarse en Strabol ha vuelto.

»Más allá de Trabol —continuó, poniendo el dedo en la banda exterior que llevaba el nombre de Karbol (Tierra fría)— se halla Karbol. Aquí hace tanto frío como calor en Strabol. Existen extraños animales y algunos viajeros audaces que llegaron hasta tales tierras volvieron contando cosas terribles de hombres feroces cubiertos con pieles. Se trata de un país inhospitalario al que difícilmente se llega y que pocos se han atrevido a franquear por temor a verse atraídos hacia los bordes y sumidos en el hirviente mar.

—¿Qué bordes? —pregunté.

Me miró asombrado.

—No puedo creer que hayas venido de otro mundo y me hagas esas preguntas —repuso—. ¿Pretendes hacerme creer que no sabes nada de la estructura física de Amtor?

—Nada sé de la teoría que me has apuntado —contesté.

—No se trata de una teoría —rectificó suavemente—. No pueden explicarse de otra manera los diversos fenómenos de la naturaleza. Amtor es un vasto disco, como una gran cazuela, provista de bordes. Flota en un mar de rocas y metales fundidos, hecho que queda irrefutablemente demostrado por la erupción ocasional de tales materias ígneas por las cumbres de algunas montañas cuando se abre un agujero en la superficie. Karbol, el país frío, es una sabia previsión de la naturaleza que atempera así el terrible calor que proviene constantemente de los bordes externos de Amtor. Sobre Amtor y rodeándola completamente, hay un caos de fuego y llamas del que nos protegen nuestras nubes. A veces, se han producido resquebrajamientos en la masa de nubes y entonces el calor de arriba, si el resquebrajamiento se produce de día, resulta tan intenso que aniquila la vegetación y destruye la vida. La luz que brilla a través de las hendiduras es cegadora. Cuando el resquebrajamiento se produce de noche, no ocasiona calor, pero entonces se ven arriba las chispas de fuego.

Traté de explicarle la forma esférica de los planetas y que Karbol era simplemente la parte más fría que rodeaba uno de los polos de Amtor, mientras Strabol, la zona calurosa, se hallaba situada en la región ecuatorial; que Trabol no pasaba de ser una de las dos zonas templadas, hallándose la otra hacia la región ecuatorial, que es una franja trazada en medio de un globo, y no, como él suponía, un área circular del centro del disco. Me escuchó cortésmente, pero se limitó a sonreír negando con la cabeza cuando hube terminado.

Al principio, no podía ya comprender cómo un hombre con tan manifiesta inteligencia, tan educado y tan culto pudiera sostener tales creencias, pero cuando me puse a considerar que ni él ni ninguno de sus antecesores habían visto nunca el cielo, comencé a comprender que no existía un gran fundamento para establecer otra teoría, y las teorías deben ser fundadas en algo. Asimismo, me di cuenta como nunca de lo que significaba la astronomía para la raza humana de la Tierra, en lo que se refiere al avance de la ciencia y de la civilización. ¿Acaso habrían existido tales progresos de haber permanecido el firmamento eternamente oculto a nuestras miradas?

Pero no me declaré vencido y le llamé la atención sobre el hecho de que aquella teoría, de ser correcta, tendría como consecuencia que las fronteras entre Trabol y Strabol, la zona templada y las zonas ecuatoriales, debían de ser

mucho más cortas de las que separaban realmente a Trabol de Karbol, tal como se observaba en el mapa. En cambio mi teoría demostraba todo lo contrario, lo que se comprobaría y debía haberse comprobado ya si se hubieran hecho las necesarias mediciones, como al parecer revelaban las marcas del mapa.

Él admitió que se habían realizado tales mediciones y que hicieron resaltar la aparente discrepancia que yo anotaba, pero la explicó ingeniosamente utilizando una teoría amtoriana sobre la relatividad de la distancia, que procedió a explicarme.

—Un grado es la milésima parte de la circunferencia de un círculo —prosiguió. (Tal es el grado amtoriano, ya que sus sabios no habían gozado de la ventaja de un sol visible que les sugiriese otra división de la circunferencia de un círculo como hicieron los de Babilonia)—. Y poco importa el largo de la circunferencia. Su medida es de mil grados. El círculo que separa Strabol de Trabol es necesariamente de mil grados de extensión. ¿Admites esto?

—Desde luego —contesté.

—Muy bien. Entonces, ¿admitirás que el círculo que separa a Trabol de Karbol mide exactamente mil grados?

Hice un gesto de asentimiento.

—Las cosas que son iguales a otra son iguales entre sí, ¿no es cierto? Por consiguiente, los confines interiores y exteriores de Trabol son de igual extensión y ello es verdad por la evidencia de la teoría de la relatividad de la distancia. El grado es nuestra unidad de medida lineal. Sería ridículo decir que cuanto más se alejara del centro de Amtor mayor sería el número de unidades de distancia. Lo que ocurre es que parece mayor, pero en relación con la circunferencia del círculo y en relación con la distancia, desde el centro de Amtor, es precisamente exacto.

Hizo una breve pausa y prosiguió:

—Ya sé que en el mapa no parece lo mismo ni las mediciones coinciden, pero ha de serlo, ya que si no lo fuera resultaría obvio que Amtor sería mayor en la parte en que se acerca al centro y más pequeña en el perímetro, lo que resulta manifiestamente ridículo y no exige refutación. Estas discrepancias aparentes ocasionaron a los antiguos una considerable perturbación, hasta que, hace unos tres mil años, Klufar, el gran nombre de ciencia, estableció su teoría de la relatividad de la distancia y demostró que las reales y aparentes mediciones de distancia pueden reconciliarse multiplicando cada una por la raíz cuadrada de menos uno.

Juzgué el argumento totalmente falso, pero no repliqué nada. Es inútil

discutir con un hombre que puede multiplicar cualquier cosa por la raíz cuadrada de menos uno.

CAPÍTULO V

LA MUCHACHA DEL JARDÍN

Hacia algún tiempo que me había dado cuenta de que me hallaba en casa de Mintep, el rey, y que el país se llamaba Vepaja. Jong, que al principio creí que era su nombre, resultó ser el título que se le daba y que equivalía a rey en el lenguaje amtoriano. Supe que Duran era de la casa de Zar y que Olthar y Kamlot eran sus hijos. Zuro, una de las mujeres que había conocido, estaba concedida a Duran, y la otra, Alzo, a Olthar. Kamlot no tenía mujer. Empleo la palabra concedida porque traduce directamente la voz amtoriana y, además, porque parece no existir otra palabra que explique exactamente la relación entre hombres y mujeres.

No se casaban, porque la institución matrimonial les era desconocida. Tampoco podía decirse que la mujer perteneciera al hombre, porque ni eran esclavas ni se adquirían mediante compra o acción bélica. Entraban en tal estado voluntariamente, después de un período de noviazgo, y podían separarse cuando quisieran, igual que los hombres gozaban de libertad para hacer lo mismo y buscar nuevos vínculos con otra mujer. No obstante, como pude saber después, raras veces se rompe entre ellos este vínculo y la infidelidad es en Venus tan rara como es corriente en la Tierra.

Cada día hacía ejercicio en la ancha rotonda que rodeaba el árbol, a la misma altura de mi habitación. Al decir que rodeaba el árbol, no hago más que establecer una hipótesis, ya que la porción que se me había designado solo tenía cien pies de largo, lo que representaba la quinceava parte del perímetro del enorme árbol. A cada extremo de mi pequeño sector había una valla. El sector contiguo al mío, a la derecha, parecía un jardín. Estaba constituido por una masa de flores y arbustos que crecían en cierra traída, sin duda alguna, de la parte del planeta que yo no había visto. El sector que se hallaba a la izquierda se extendía delante de las habitaciones destinadas a unos cuantos jóvenes oficiales agregados a la casa del rey. Les llamo jóvenes, porque Danus me dijo que lo eran, aunque aparentaban la misma edad que los demás amtorianos que había visto. Eran personas agradables y así que hube aprendido a hablar en su idioma, sosteníamos de vez en cuando entretenidas charlas.

En cambio, en el sector de la derecha nunca había visto un ser humano,

pero un día en que Danus estaba ausente y yo paseaba solo, descubrí a una joven entre las flores. No me miraba y solo pude verla un instante, pero hallé en ella algo que me hizo desear volverla a ver y en consecuencia no pensé ya en entretenerme con los jóvenes oficiales de la izquierda.

Aunque me acerqué al extremo de mi terraza contigua al jardín varios días, no volví a ver a la joven. El lugar parecía totalmente deshabitado, hasta que un día descubrí la figura de un hombre entre el follaje. Se movía con gran cautela, deslizándose sigilosamente, y de pronto, detrás de él, descubrí a otros, hasta cinco.

Eran similares a los habitantes de Vepaja, pero se notaban algunas diferencias. Parecían más rudos, más brutales que los hombres que había conocido yo allí, y en otros muchos aspectos se diferenciaban de Danus, Duran, Kamlot y otros conocidos míos. En sus movimientos sigilosos se observaba algo amenazador y siniestro. Me pregunté qué estarían haciendo y entonces recordé a la joven y algo me indujo a creer que la presencia de aquellos desconocidos se relacionaba con ella y que la amenazaba algún peligro.

No podía colegir la índole de este, ya que sabía muy poco de las costumbres de aquellas gentes entre las que el destino me había arrojado, pero la impresión anotada era firme y acabó por excitarme haciéndome perder la cordura al aventurarme a realizar lo que hice.

Sin pensar en las consecuencias de mi conducta ni en la verdadera identidad de aquellos individuos, ni la razón por la que estaban en el jardín, salté por encima de la valla y les seguí sin hacer ruido. No me habían descubierto, por haber permanecido oculto detrás de un grueso arbusto que crecía junto a la valla que separaba al jardín de mi sector. Les observé a través de aquel arbusto sin que ellos pudieran verme. Me deslicé cautelosamente y pronto comprobé que los cinco hombres avanzaban hacia una puerta abierta que daba a una estancia ricamente amueblada en la que se encontraba la joven que despertó mi curiosidad y cuya belleza me había empujado a tan loca aventura. Casi al mismo tiempo la joven levantó la cabeza y descubrió al hombre que iba delante de los otros. Profirió un grito y comprendí que mi intervención no iba a ser inútil.

Me arrojé inmediatamente sobre el individuo que estaba más cerca y al mismo tiempo grité con el fin de desviar la atención de los otros cuatro. Efectivamente, lo conseguí. Los cuatro se volvieron en el acto. Había atacado al primero tan rápidamente que conseguí arrebatarse el sable de la vaina antes de que pudiera recobrar el aplomo, y como empuñara la daga y se precipitase hacia mí, le clavé el arma en el corazón. Entonces los otros me acosaron. Tenían el rostro contraído por el furor y comprendí que iban a atacarme como

fieras.

El escaso espacio libre entre los arbustos reducía la ventaja que ordinariamente pueden tener cuatro hombres contra uno, ya que solo podían atacarme individualmente, pero yo sabía de antemano qué final me aguardaba de no recibir auxilio, y como mi única misión era alejar a aquellos individuos de la joven, empecé a retroceder lentamente hacia la valla mientras los cuatro me seguían.

Mi grito y el de la joven habían sembrado la alarma. Pronto se escucharon pasos en la habitación en que se hallaba la muchacha y la voz de esta que dirigía hacia el jardín a los que llegaban. Confié que pudieran llegar antes de que mis agresores me acosaran contra la valla, destinada, en caso contrario, a ser mi sepultura, pues iban a destrozarme los cuatro sables que aquellos hombres manejaban con más destreza que yo. Di, no obstante, gracias a la Providencia por haberme permitido aprender esgrima en Alemania, pues me fue de gran utilidad en aquel trance. De todos modos, no podía aspirar a mantenerme firme mucho tiempo contra aquellos sujetos, armados de una clase de sables con los que yo no estaba familiarizado.

Al fin llegué a la valla y me puse a pelear de espaldas a ella. El individuo que me agredía de un modo más amenazador, acortaba la distancia por momentos. Mientras tanto, yo oía como corrían los hombres procedentes de la habitación. ¿Podría resistir lo suficiente? En aquel instante, mi oponente me dirigió un terrible tajo a la cabeza y yo, en vez de parar el golpe, me aparté de un brinco y casi simultáneamente le atacué. Lo rudo del golpe que pensaba propinarme le hizo perder el equilibrio y su cuerpo quedó descubierto. Mi sable le cortó de un golpe la yugular. En el acto ocupó su puesto otro de los agresores.

Al menos, me sentía aliviado por la idea de que la joven se había salvado. Solo me restaba seguir defendiéndome allí hasta terminar hecho pedazos, destino que acababa de aplazar por puro milagro. Blandí de nuevo el sable dirigiendo la punta hacia mi nuevo agresor y mientras la hundía en su pecho, di media vuelta y salté por la valla de mi sector.

Volví luego la mirada y vi una docena de guerreros de Vepaja que se abalanzaban contra los dos intrusos restantes acuchillándolos como si fueran bestias. No se oyeron gritos ni otro ruido que no fuese el chasquido seco de los sables, mientras aquellos dos hombres se defendían tan desesperada como inútilmente. Los de Vepaja no abrían los labios. Parecían sorprendidos y, en cierto modo, intimidados, aunque su expresión de terror no podía obedecer al miedo que pudieran producirles aquellos intrusos ya vencidos. Debía existir otra causa que no se me alcanzaba. Existía algo misterioso en su aspecto, en su silencio y en su actitud así que acabó la pelea.

Recogieron rápidamente los cadáveres de los cinco individuos y los sacaron fuera del jardín arrojándolos a aquel abismo sin fondo de la selva, cuya profundidad nunca habían podido calcular mis ojos.

Comprobé que no me habían descubierto, igual que la joven. Me pregunté cómo se explicarían la presencia de los cadáveres de los hombres que yo había matado, pero fue algo que no pude aclarar. Todo aquello me pareció muy misterioso y únicamente obtuve la debida explicación en el transcurso del tiempo y de los acontecimientos.

Creí que Danus mencionaría el incidente ofreciéndome la oportunidad de interrogarle, pero no lo hizo y por una razón indefinida yo no quise hacer alusión alguna a lo ocurrido. Tal vez me callé por un complejo de modestia. Mi curiosidad respecto a los pobladores del planeta era insaciable y temo que llegué a aburrir a Danus con mis incesantes preguntas, aunque procuraba excusarme con el argumento de que solo podría perfeccionarme en su idioma oyendo hablar mucho. Danus, que era un hombre agradabilísimo, me aseguraba que no solo constituía para él un placer informarme de lo que me interesaba, sino que tenía el deber de hacerlo, puesto que el Jong le había ordenado que me instruyera cumplidamente sobre la vida, costumbres e historia de Vepaja.

Una de las cosas que me sorprendían era por qué personas tan inteligentes y cultas vivían entre árboles, al parecer sin servidumbre ni esclavos y sin relación alguna, al menos que yo supiera, con otros pueblos. Por eso se lo pregunté un día.

—Es una historia muy larga —repuso—. Una gran parte podrías leerla en los libros de Historia que se alinean en esos estantes, pero voy a hacerte un pequeño resumen, que pueda satisfacer en líneas generales tu curiosidad.

»Hace centenares de años los reyes de Vepaja regían los destinos de una gran nación. No estaban sus territorios confinados a estos bosques, sino que formaban un gran imperio con millares de islas, que se extendía desde Strabol a Karbol, abarcaba grandes extensiones de territorio y océanos, populosas ciudades, y enorgullecía de poseer un comercio floreciente que jamás había sido superado por ningún otro país en el curso de los siglos.

»Los habitantes de Vepaja sumaban en aquella época millones y millones. Pululaban por sus caminos los mercaderes, los empleados, los esclavos, y existía un número más reducido de trabajadores intelectuales. En esta última clase social se incluían los hombres de ciencia, los abogados, los hombres de letras y los artistas. Los jefes militares se seleccionaban entre los de todas las clases sociales. Por encima de todos ellos estaba el Jong hereditario.

»Las líneas divisorias de las clases sociales no se hallaban trazadas de un

modo estricto. Un esclavo podía convertirse en hombre libre y los hombres libres podían escoger la profesión que les pareciera adecuada a su capacidad. En sus relaciones sociales, los cuatro estamentos más importantes no se interferían, debido a que los componentes de cada uno de ellos tenían poco de común con los de los otros, aunque no ocurría esto por motivos de superioridad o inferioridad. Cuando un miembro de clase inferior se había ganado, por su cultura, por sus estudios o por su ingenio una posición en la clase más elevada, era recibido en esta en un plano de absoluta igualdad, sin que nadie se preocupara de sus antecedentes.

»Vepaja era una nación próspera y feliz, pero había descontentos. Eran los perezosos y los incompetentes, y en su mayor parte pertenecían al sector criminal. Sentían envidia de aquellos que habían conseguido una posición que ellos se consideraban incapaces de alcanzar. Durante mucho tiempo fueron el origen de pequeñas discordias y disensiones, pero la gente no les prestaba ninguna atención o se burlaba de ellos. Sin embargo, encontraron un jefe. Era un obrero llamado Thor, hombre de antecedentes penales.

»Este individuo fundó una sociedad secreta que se llamó thorista y predicó un evangelio denominado thorismo. Por medio de la propaganda consiguió muchos prosélitos, y como todas sus energías iban dirigidas contra una de las clases sociales, obtuvo la simpatía de las otras tres, aunque, naturalmente, consiguió pocos partidarios entre los comerciantes, empleados y agricultores.

»La única finalidad de los jefes thoristas era el poder y encumbramiento personal. Sus móviles eran totalmente egoístas, pero como se movían entre masas ignorantes, no les fue difícil disimular sus propósitos. La consecuencia fue que estalló una sangrienta revolución, sumiendo en el caos la civilización y el progreso.

»El objetivo de los revolucionarios era la destrucción de la clase culta. Los que perteneciendo a las otras clases se opusieran a sus designios, serían juzgados y aniquilados. El Jong y su familia habrían de ser asesinados y una vez conseguido todo esto, el pueblo sería libre. No habría amos, ni contribuciones, ni leyes.

»Efectivamente, consiguieron aniquilar a muchos de nosotros y a una gran parte de los comerciantes, y entonces las masas comprendieron lo que los agitadores sabían perfectamente: que alguien debía gobernar. Los jefes del thorismo se aprestaron a apoderarse de las riendas del poder. El pueblo había cambiado el benévolo gobierno basado en la experiencia de la clase culta por el de los incompetentes thoristas.

»Los vepajanos quedaron virtualmente sometidos a una terrible esclavitud. Un ejército de espías los vigilaba y otro de guerreros les impedía revolverse contra sus nuevos señores. Las masas se sintieron miserables y horriblemente

desdichadas.

»Los que conseguimos huir con nuestro Jong buscamos cobijo en estos bosques lejanos y deshabitados. Aquí construimos tres ciudades como esta, muy lejos de la tierra firme, para que no pudieran ser descubiertas. Nos trajimos nuestra cultura y muy pocas cosas más, pero nuestras necesidades son escasas y nos sentimos felices. No volveremos al viejo régimen si podemos evitarlo. Hemos aprendido la lección: un pueblo dividido por rencillas internas no puede ser nunca feliz. Donde existen las diferencias de clase, surgen las envidias y los celos. Entre nosotros no existe nada de esto, pues todos pertenecemos a la misma clase social. No tenemos criados y todo lo que hemos de hacer lo hacemos mejor que nuestros antiguos sirvientes. Hasta los que sirven al Jong no son criados en la verdadera acepción de la palabra, ya que sus cargos son considerados como una distinción honorífica, y los de más distinguida alcurnia, entre nosotros, se turnan en tal servicio.

—Lo que no comprendo es por qué vivís entre árboles, a tanta altura del suelo —observé.

—Durante mucho tiempo los thoristas nos persiguieron para matarnos —explicó Danus— y nos vimos obligados a vivir en lugares ocultos e inaccesibles, y este tipo de ciudad constituyó la solución del problema. Aún nos persiguen los thoristas y de vez en cuando hacen terribles incursiones, pero ahora con una finalidad muy distinta. En vez de pretender matarnos, quieren capturar todos los que puedan de nosotros.

»Como aniquilaron al cerebro de la nación, su civilización está en decadencia. Las enfermedades los acosan y ellos se ven impotentes para contrarrestarlos y la vejez ha hecho su reaparición entre ellos y se lleva sus presas. Por esto procuran apoderarse de la inteligencia y de la cultura que han sido incapaces de crear y que solo nosotros poseemos.

—¿Que reaparece la vejez? ¿Qué quieres decir?

—¿No has observado que entre nosotros no hay signos de vejez? —me preguntó.

—Sí, desde luego, y tampoco he visto niños. Muchas veces quería preguntarte la razón de esto.

—No se trata de fenómenos naturales —repuso—. Es el resultado de profundas investigaciones científicas. Hace mil años se descubrió el suero de la longevidad. Se inyecta cada dos años y no solo nos hace inmunes contra cualquier enfermedad, sino que restaura por completo todos los tejidos gastados.

—No he visto ningún niño desde que llegué a Amtor —le dije.

—Hay niños, pero desde luego en pequeño número.

—¡Y no hay viejos! —murmuré—. ¿Me podrías administrar ese suero?

Danus sonrió.

—Podré hacerlo con el permiso de Mintep, que supongo no será difícil de obtener. Ven, voy a extraerte un poco de sangre para determinar el tipo de suero que se adapta mejor a tus condiciones fisiológicas.

Me invitó a entrar en su laboratorio y cuando hubo realizado el experimento cosa que hizo con una gran facilidad, pareció sorprendido de la variedad y cantidad de bacterias perniciosas que revelaba el ensayo.

—Constituyes una amenaza para la vida perpetua en Amtor —exclamó echándose a reír.

—Pues en mi mundo siempre se me consideró hombre de perfecta salud —aseguré.

—¿Qué edad tienes? —inquirió.

—Veintisiete años.

—No gozarías de esa salud dentro de doscientos años si todas esas bacterias quedan en libertad para desarrollarse.

—¿Y cuánto podría vivir si se las elimina? —pregunté.

—No lo sé exactamente —repuso encogiéndose de hombros—. El suero se inventó hace mil años y aún hay entre nosotros personas que fueron de las primeras a quienes se inyectó. Yo tengo cerca de quinientos años y Mintep setecientos. Nosotros creemos que, salvo accidentes imprevistos, podemos vivir eternamente, pero, claro está, no podemos precisarlo. Teóricamente es así.

En aquel momento vinieron a llamarnos y yo salí a mi terraza para hacer un poco de ejercicio. Se me había hecho necesario realizarlo con asiduidad, ya que siempre fui de complexión atlética. La natación, el boxeo y la lucha libre fortalecieron y desarrollaron mis músculos desde que volví a América en compañía de mi madre, a la edad de once años, y me interesó mucho la esgrima cuando viajé por Europa, después de su muerte. Durante el período universitario me apliqué a practicar el boxeo de peso medio, en California, y alcancé diversas medallas en torneos de natación a distancia. Por esto la forzosa inactividad de los dos últimos meses me había relajado físicamente bastante. Hacia el final de mis estudios universitarios, me fui convirtiendo en un hombre relativamente grueso, pero era debido a la fortaleza y perfecto estado de mis huesos y músculos. Últimamente mi peso había aumentado unas veinte libras y esto ya significaba exceso de grasas.

Me las arreglaba lo mejor que podía en mi terraza de cien pies de extensión. Corría varias millas, hacía como si boxeara, saltaba con la cuerda y pasaba muchas horas cumpliendo los viejos preceptos higiénicos referentes a ejercicios físicos. Un día me dedicaba a boxear con mi sombra, a la derecha de mi terraza cuando descubrí de pronto a la joven del jardín. Me estaba observando. Chocaron nuestras miradas y entonces interrumpí mis ejercicios y le sonreí. Su rostro se cubrió de pavor y huyó velozmente. Yo me quedé desconcertado, sin comprender la causa de tan extraña actitud.

Me volví atónito a mi habitación, olvidando el ejercicio. Aquella vez había visto plenamente el rostro de la joven, mirándola a los ojos, y quedé prendado de su belleza. Desde que llegué a Venus, comprobé que todos los hombres y mujeres eran tipos agraciados, pero nunca pude imaginarme ver en este ni en ningún otro mundo una tal perfección de color y de facciones, combinadas con los rasgos de carácter y de inteligencia, como la que admiré en el jardín contiguo a mi terraza. ¿Pero por qué echó a correr cuando yo le sonreí?

Tal vez lo hiciera simplemente porque descubrí que me estaba observando. Después de todo, la naturaleza humana coincide, en muchos aspectos, en todas partes. Hasta a veintiséis millones de millas de la Tierra existen seres humanos como nosotros y una joven dotada de curiosidad que echa a correr cuando se la descubre. Me pregunté si se parecería a las mujeres de la Tierra en otros aspectos, pero era tan hermosa que no lo dudé. ¿Sería joven o vieja? ¡Si tuviera setecientos años!

Entré en mi cuarto y me dispuse a bañarme, mudándome de ropa. Hacía tiempo que había adoptado la prenda de vestir típica de Amtor.

Cuando mis ojos se fijaron en el espejo que colgaba en mi cuarto de baño comprendí, de pronto, la causa del pavor de la joven y de su repentina huida. Era mi barba. Estaba sin cortar hacía casi un mes y resultaba lógico que aterrara a cualquier persona que no hubiese visto nunca una barba así.

Cuando volvió Danus, le pregunté qué podría hacer con mi barba. Entró en otra estancia y volvió con un frasco de unguento.

—Frótate con esto el pelo del rostro —me instruyó—, pero ten cuidado de no tocar las cejas, ni las pestañas, ni el pelo de la cabeza. Déjalo húmedo un minuto y luego lávate la cara.

Me dirigí a mi cuarto de baño y abrí el frasco. Su contenido parecía vaselina y olía a demonios. No obstante, me friccioné siguiendo las instrucciones de Danus. Cuando, instantes después, me lavé, se desprendió el vello de mi barba dejándome el rostro suave y limpio. Corrí a la habitación donde había dejado a Danus.

—Eres realmente guapo —observó—. ¿A todos los hombres de ese

fabuloso mundo del que me has hablado les crece el pelo en la cara?

—A casi todos —repuse—. Pero en mi país la mayoría se afeitan quitándoselo.

—Supongo que las mujeres no dejarán de afeitarse —observó—. Una mujer con pelo en la cara sería una cosa verdaderamente repulsiva en Amtor.

—Es que nuestras mujeres son imberbes —le aseguré.

—¿Y los hombres no? ¡Qué mundo tan fantástico!

—Pero si a los de Amtor no les crece la barba, ¿para qué necesitáis esa pomada que me diste? —le pregunté.

—Es un auxiliar eficacísimo para la cirugía —me explicó—. En el tratamiento de heridas y lesiones en la cabeza es necesario eliminar el cabello de la zona objeto del tratamiento. Este ungüento cumple esta misión mucho mejor que el afeitado y además retarda el crecimiento del cabello nuevo, durante algún tiempo.

—¿Pero entonces el cabello vuelve a crecer?

—Sí, si no se aplica el ungüento con cierta asiduidad.

—¿Con qué frecuencia? —le pregunté.

—Úsalo durante seis días consecutivos, y entonces el pelo ya no te crecerá más en la cara. Nosotros solemos aplicarlo así en la cabeza de los criminales convictos y confesos. Cuando vemos a un hombre calvo o que lleva una peluca, procuramos vigilar las cosas que nos pertenecen.

—En mi país, cuando vemos un hombre completamente calvo —observé—, lo vemos generalmente vigilando a sus hijas. Por cierto, esto me recuerda que he visto a una joven bellísima, en el jardín contiguo a mi terraza. ¿Quién es?

—Es alguien a quien no debes mirar —repuso—. Yo, en tu caso, no me atrevería a mencionar otra vez que la has visto. ¿Y te vio ella?

—Sí.

—¿Y qué hizo? —inquirió, muy serio.

—Pareció asustarse mucho y escapó.

—Acaso hubiera sido preferible que no te acercaras a esa parte de la terraza —sugirió.

Formuló su respuesta en unos términos y en un tono que no parecía admitir réplica y, por consiguiente, no insistí más en el asunto. No cabía duda de que en todo ello se ocultaba un misterio. Era el primer enigma que se presentaba

en Vepaja y por eso era natural que despertase mi curiosidad. ¿Por qué no debía mirar a aquella joven? No era la primera vez que miraba a las mujeres sin caer en una falta condenable. ¿Era solo aquella joven a la que me estaba vedado mirar, o se refería el consejo a otras mujeres igualmente sagradas? Se me ocurrió la idea de que pudiera ser una sacerdotisa o cosa parecida, pero descarté la hipótesis, ya que estaba convencido de que aquella gente no tenía religión de ninguna clase, o al menos yo no había descubierto el menor vestigio durante mis conversaciones con Danus. Más de una vez traté de explicarle la conveniencia de tener una creencia religiosa y me refería a los credos prevalecientes en la Tierra, pero no halló en mis palabras más interés que mi idea de hacerle ver la existencia de un sistema solar.

Como ya había visto una vez a aquella joven, sentí vehementes deseos de volverla a ver, y ahora que tal deseo aparecía contrarrestado por una prohibición, se acentuó mi apetencia de volver a admirar la divina belleza de aquella mujer y poder hablar con ella. No había prometido a Danus cumplir su prescripción, pues desde el primer momento adopté el criterio de no hacer caso de su consejo y aprovechar la primera oportunidad que se me presentase.

Comenzaba a cansarme aquel confinamiento virtual a que me veía condenado desde que llegué a Amtor. Ni un amable carcelero ni una prisión benigna pueden ser nunca substitutos satisfactorios de la libertad. Le había preguntado ya a Danus cuál era mi verdadera situación y qué planes tenían conmigo para el porvenir, pero siempre eludió la respuesta con evasivas limitándose a decir que era huésped de Mintep, el Jong, y que mi porvenir dependía de la entrevista que en su día me habría de conceder Mintep.

Un día, de pronto, pareció acentuarse la noción de las restricciones a que me veía sujeto. No había cometido ningún crimen, era un visitante pacífico de Vepaja y no tenía el deseo ni la facultad de hacer daño a nadie. Estas consideraciones me hicieron adoptar una decisión, precipitando los acontecimientos.

Minutos antes me sentía contento con mi suerte, limitándome a esperar la decisión de aquella gente, pero ahora estaba desazonado.

¿Qué me había inducido a tan repentino cambio? ¿Sería esa misteriosa alquimia espiritual que transmuta uno de nuestros estados letárgicos en ambiciosos deseos? ¿Sería que la gloriosa visión de una mujer bellísima había trastornado repentinamente mis aspiraciones vitales?

Volví a buscar a Danus.

—Te has mostrado muy amable conmigo —le dije— y he pasado unos días muy felices aquí, pero pertenezco a una raza que necesita la libertad más que nada en el mundo. Como ya te he explicado, me encuentro aquí contra mi

voluntad, pero aquí estoy y creo tener derecho a que se me conceda el mismo trato que se os hubiera concedido a uno de vosotros al visitar mi patria en circunstancias parecidas.

—¿Y qué trato hubiera sido este? —preguntó.

—El derecho a la vida, al libre albedrío y a la consecución de la felicidad. Lo que necesito, en una palabra, es libertad...

No creí necesario aludir a otros motivos de diversión, tales como banquetes de Cámaras de Comercio, almuerzos de las sociedades rotarías y de Kiwanis, triunfales procesiones, ajetreos de la Bolsa de Valores, barullo periodístico y fotográfico, cinematógrafo... Lo único que mencioné fue la libertad y el derecho a ser feliz.

—Pero, amigo mío, cualquiera creería por tus palabras que estás encarcelado —exclamó.

—Y lo estoy, Danus —repuse—. Nadie lo sabe mejor que tú.

—Siento que opines de ese modo, Carson —se limitó a contestar encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto va a durar esta situación? —insistí.

Danus vaciló un momento.

—El Jong es el Jong —replicó—. Él te mandará llamar en su día... Hasta entonces continuemos viviendo en la camaradería que nos ha unido hasta ahora.

—Confío que nuestra amistad no cambie nunca, Danus —le dije—, pero deberías comunicar a Mintep, si te parece bien, que no puedo continuar aceptando su hospitalidad más tiempo. Si no me manda llamar pronto, me marcharé por propia iniciativa.

—No lo intentes, amigo mío —me aconsejó.

—¿Por qué?

—Porque no podrías conservar la vida media docena de pasos más allá de la residencia que se te ha designado —afirmó muy serio.

—¿Y quién me impediría marcharme?

—En el pasillo hay soldados de guardia —me explicó—, y tienen órdenes terminantes del Jong.

—¡Y dices que no soy un prisionero! —exclamé con una sonrisa amarga.

—Lamento que hayas planteado el asunto —me explicó—, porque, de otro modo, nunca lo hubieras sabido.

Era una mano de hierro en un guante de terciopelo. ¡Ojalá no tuviera que enfrentarme con un lobo disfrazado de oveja! Mi situación no era precisamente envidiable. No me quedaba ni siquiera el recurso de la huida ni sabía a dónde dirigirme. Pero no quería ausentarme de Vepaja. Había visto una joven en el jardín...

CAPÍTULO VI

RECOGIENDO TAREL

Transcurrió una semana durante la cual me despojé completamente de mi barba rojiza y recibí una inyección del suero de la longevidad. Esto último me hizo suponer que tal vez Mintep pensara devolverme la libertad, ya que sería absurdo hacer inmortal a una persona tenida por presunto enemigo y que se guarda prisionera, pero más tarde supe que el citado suero no confería la inmortalidad absoluta.

Mintep me hubiera podido aniquilar si hubiese querido. Ello hizo nacer en mí pensamiento la idea de que pudieran administrarme el suero a fin de colocarme en situación más segura para ellos. Mis recelos crecían por momentos.

Mientras Danus me inyectaba el suero, le pregunté si había muchos médicos en Vepaja.

—No tantos como había hace mil años, en proporción a nuestros habitantes —repuso—. Ahora todo el mundo recibe ilustración sobre el cuidado corporal y los conocimientos más esenciales para conservar la salud y la longevidad. Incluso sin el suero, procuramos aumentar nuestras resistencias contra las enfermedades corporales, y nuestra población podría vivir mucho. La higiene, la dieta y el ejercicio físico realizan milagros por sí mismos.

»Pero necesitamos doctores. El número de estos se ha limitado ahora a uno por cada cinco mil ciudadanos, y además de administrar el suero, los médicos atienden a los que sufren heridas por accidentes de la vida cotidiana, en la caza o en la guerra.

»Antiguamente había muchos más doctores de los que cabría exigir en el seno de una sociedad que vive decorosamente, pero ahora hay diversas disposiciones que limitan su número. No solo existe una ley que lo restringe, sino que los diez años de estudios que se requieren, el largo entrenamiento posterior y los difíciles exámenes que se han de sufrir, reducen el número de los que se deciden a dedicarse a tal profesión. Y aún existe otro factor, que probablemente influye, acaso más que ninguno, en la manifiesta reducción del

gran número de médicos que, en tiempos pasados, amenazaban más que salvaguardaban la continuidad de la vida en Amtor.

»Se trata de una disposición por la que se obliga a cada médico y a cada cirujano a archivar el historial clínico de cada uno de sus enfermos, el cual se entrega al médico director de su distrito. Desde el diagnóstico al completo restablecimiento, todos los detalles sobre la marcha de cada caso quedan recopilados y expuestos al examen público para que la gente pueda consultarlos. Cuando un ciudadano requiere los servicios de un médico o de un cirujano puede averiguar fácilmente aquellos facultativos que obtienen resultados favorables y aquellos que fracasan. Afortunadamente, en nuestros días, existen pocos de los últimos. La ley ha demostrado su eficacia.

Aquella explicación me interesó de veras, ya que he sufrido diversas experiencias con médicos y cirujanos de la Tierra.

—¿Y cuántos médicos resistieron los efectos de esta política? —le pregunté.

—Alrededor de un dos por ciento.

—Pues debe de existir una proporción de buenos doctores mucho mayor en Amtor que en la Tierra —comenté.

El tiempo transcurría con demasiada lentitud para mí. Leía mucho, pero un hombre joven no puede satisfacer todos sus anhelos vitales leyendo libros. Desde luego, no cabía olvidar el jardín contiguo a mi terraza. Me habían aconsejado eludir aquella parte de mi residencia, pero yo no seguía el consejo, al menos si Danus estaba ausente. Cuando se marchaba, solía yo atisbar hacia aquel lugar, que siempre parecía desierto. No obstante, un día conseguí descubrir vagamente su presencia. Me estaba espiando por entre unos arbustos floridos.

Me hallaba yo junto a la valla que separaba mi terraza del jardín. No era muy alta, cosa de unos cinco pies. Esta vez la joven no echó a correr y siguió mirándome fijamente, pensando que no podía descubrirla porque estaba oculta entre el follaje. Desde luego, no podía verla con toda precisión y solo Dios sabe cuánto ansiaba admirarla plenamente.

¡Qué atracción tan inexplicable y sutil ejercen algunas mujeres sobre los hombres! Para algunos únicamente existe una mujer en el mundo capaz de producir tal atracción, y si realmente hay otras no se ponen de manifiesto; para otros hombres, son varias las mujeres atrayentes, y aún existen algunos para los que no hay mujer alguna capaz de tal sugestión. En mi caso, el objeto de mi ilusión era aquella mujer de una raza distinta, de un planeta diferente. Acaso existieran otras, pero hasta entonces yo no había observado su influencia. Nunca me había sentido movido por tan vehemente atracción. Lo

que hice entonces lo realicé impelido por la fuerza de un impulso incontenible, como obedeciendo a una ley de la Naturaleza. Salté la valla.

Antes de que la joven pudiera huir, me hallaba a su lado. Me miró con una expresión de horror y de consternación, como si me tuviera miedo.

—No temas —la tranquilicé—. No voy a hacerte daño alguno. Tan solo deseo hablar contigo.

Se irguió, altiva.

—No tengo miedo —me contestó—, pero...

Se detuvo, y pareció titubear.

—Pero si te ven aquí, te matarán. Vuelve a tus habitaciones en seguida y no intentes nunca más una temeridad como esta.

Casi me estremeció la idea de que aquel miedo reflejado manifiestamente en su mirada pudiese tener por motivo mi propia seguridad.

—¿Cuándo podré volver a verte? —le pregunté. Ella respondió en tono decidido:

—No volverás a verme jamás.

—Ahora que te he conocido, ya no podré dejar de verte. Te he de ver a menudo o pereceré en mi intento.

—O no sabes lo que dices o estás loco —observó, a la vez que volvía la cabeza para marcharse. Yo la retuve por el brazo.

—¡Espera! —le supliqué.

Revolvióse como una fierecilla y me abofeteó. Después sacó el puñal de la funda que llevaba colgada del cinturón.

—¿Cómo te has atrevido a tocarme? ¡Podría matarte! —gritó.

—¿Y por qué no lo haces? —le pregunté.

—¡Te odio! —afirmó, como si realmente lo sintiese.

—Y yo te amo —repuse, seguro de que estaba confesando la verdad.

Ante tal declaración, sus ojos cubriéronse de horror. Se volvió con tal presteza que no pude impedir su huida. Me quedé un instante dudando si seguirla o no, pero, por último, un mínimo de cordura me salvó de tan temerario propósito. Momentos después me hallaba de nuevo en mi terraza. No sabía si alguien me habría visto, pero nada me importaba.

Cuando, poco después, volvió Danus, me dijo que Mintep me había mandado llamar. Pensé en seguida si aquella convocatoria tendría alguna

relación con mi aventura del jardín pero no pregunté nada. De ser así, ya me informaría a su tiempo. La actitud de Danus fue la misma de siempre, pero no por eso quedé tranquilo. Empezaba a temer que los amtorianos fuesen unos maestros en el arte de disimular.

Me acompañaron dos de los jóvenes oficiales que residían en las estancias contiguas y me condujeron a una habitación en la que el Jong había de interrogarme. No podría determinar si aquellos oficiales me escoltaban para evitar mi huida. Hablaron conmigo cordialmente durante el breve trayecto que recorrimos por el pasillo y mientras subíamos por la escalera, pero también los guardianes charlan a veces con los condenados. Me acompañaron a la estancia donde se hallaba el Jong. Esta vez no se encontraba solo. Estaba rodeado de algunos individuos y entre ellos reconocí a Duran, Olthar y Kamlot. En cierto modo, la reunión me recordaba la convocatoria de un jurado y llegué a temer que realmente se dispusieran a dictar una sentencia.

Saludé al Jong con una inclinación de cabeza y él me correspondió amablemente dedicándome una sonrisa. Me miró un momento. Cuando me vio por primera vez, iba yo ataviado con mis prendas de vestir normales; pero ahora me vestía, o más bien me desvestía, al modo típico de Vepaja.

—Tu piel no es tan clara como creía —comentó.

—Mi estancia en la terraza en contacto con la luz la ha oscurecido —repliqué. No podía decir que era obra de los rayos del Sol, ya que en su lenguaje no existía palabra que tradujera la voz Sol, puesto que les era desconocida su existencia. No obstante, la verdad era que los rayos ultravioleta, al cruzar la capa de nubes que envuelve el planeta, había teñido mi piel con tanta eficacia como si realmente hubiera estado expuesta directamente a los rayos del Sol.

—Supongo que te habrás sentido feliz entre nosotros —me dijo.

—He sido tratado cariñosamente y con toda consideración —repuse—, y me he sentido todo lo feliz que puede sentirse razonablemente un prisionero. Apareció en sus labios la sombra de una sonrisa.

—Eres bastante ingenuo —observó.

—La ingenuidad es una característica del país de donde procedo.

—La verdad es que no me gusta la palabra prisionero.

—Ni a mí tampoco, Jong, pero me agrada decir la verdad. Me he sentido prisionero, y he estado esperando esta oportunidad para preguntarte la razón de mi confinamiento y cuando voy a conseguir la libertad.

Sus cejas se arquearon ligeramente y después sonrió con franqueza.

—Me parece que voy a complacerte —me dijo—. Eres honesto y valeroso, si no me equivoco, y creo conocer a los hombres.

Asentí con la cabeza. Realmente no esperaba que recibiera mi demanda con tan generosa actitud, pero no me sentía completamente tranquilo. La experiencia me había enseñado que, a veces, los hombres se muestran afectuosos para ocultar otros designios.

—Quisiera decirte algunas cosas —continuó—. Aún nos sentimos acosados por nuestros enemigos, los cuales, de vez en cuando, organizan incursiones contra nosotros y en diversas ocasiones han conseguido infiltrar espías entre nosotros. Existen tres cosas que nosotros poseemos y que ellos quieren, pues no se resignan a que su raza se extinga. Necesitan nuestros conocimientos científicos y el cerebro y la experiencia para aplicarlos. Por esto tratan por todos los medios de apoderarse de nuestros hombres, para someterlos a esclavitud y obligarles a revelarles nuestros conocimientos que ellos no poseen. También buscan a nuestras mujeres con la esperanza de conseguir hijos de mayor mentalidad que la de los que ellos tienen ahora.

»La historia que nos contaste de haber cruzado millones de millas en el espacio, procedente de otro mundo, es, desde luego, extraordinaria y resulta lógico que provocara nuestros recelos. Creíamos ver en ti a uno de tantos espías thoristas, hábilmente disfrazado. Por esta razón estuviste bajo una cuidadosa e inteligente observación, misión de la que fue encargado Danus. Sus informes ponen de manifiesto que no existe duda alguna de que ignorabas por completo el lenguaje de Amtor cuando viniste, y como es este el único idioma conocido que se habla entre todas las razas de nuestro mundo, hemos llegado a la conclusión de que tu relato, en parte, debe de ser cierto. El hecho de que tu piel, tu cabello y tus ojos sean de diferente color que los de los hombres de todas las razas que conocemos constituye una evidencia más de nuestro punto de vista. Por consiguiente, estamos dispuestos a admitir que no eres thorista, pero queda un problema pendiente. ¿Quién eres y de dónde vienes?

—Ya te dije la verdad... No tengo que añadir nada y me limitaré a recomendarte que medites sobre el hecho de que masas de nubes, al rodear por completo Amtor, oscurecen vuestra visión, obligándoos a ignorar lo que existe más lejos.

—No sigamos disputando sobre ese extremo —contestó moviendo la cabeza con escepticismo—. Es inútil que pretendas echar por tierra todo el caudal científico atesorado por nosotros durante miles de años. Estamos dispuestos a aceptarte como hombre de distinta raza, tal vez, según supusimos al principio por el traje que llevabas, como procedente del frío y temible país de Karbol. Eres libre de andar por donde quieras. Si te quedas debes sujetarte a

las leyes y costumbres de Vepaja, y tendrás que ganarte la vida. ¿Qué sabes hacer?

—Dudo que pueda competir con los habitantes de Vepaja en el ejercicio de sus actividades profesionales —admití—. Pero podré aprender algo si se me concede tiempo.

—Acaso podamos designarte una persona que te adiestre —dijo el Jong—. Mientras tanto, te quedarás en mi casa ayudando a Danus.

—Podríamos llevarlo a nuestra casa y adiestrarlo —intervino Duran—, caso de que quiera ayudarnos a cazar y a recoger tarel.

El tarel es una fibra fuerte y sedosa con la que se confeccionan las prendas de vestir y las cuerdas. Me imaginé que el trabajo de recoger aquel material había de ser un trabajo aburrido, pero la idea de cazar me sugestionó. No pude por menos de reconocer los buenos deseos de Duran y además no quería ofenderle rechazando su oferta. Por otra parte, cualquier cosa resultaba apetecible con tal de poder ganarme la vida, si esta condición era imprescindible. Acepté, por consiguiente, y una vez acabada la entrevista, salí de la estancia, me despedí de Danus, que me invitó a visitarle a menudo y me marché con Duran, Olthar y Kamlot.

Como no se hizo mención alguna de ello, llegué a la conclusión de que nadie había presenciado mi encuentro con la joven del jardín, la cual seguía predominando en mi pensamiento y siendo la causa principal de que me viera obligado a salir de la casa del Jong.

De nuevo me vi establecido en la casa de Duran, pero en esta ocasión me destinaron una estancia mucho más grande y cómoda. Kamlot se encargó de mí. Era el más joven de los hermanos, de carácter quieto y reposado y con una musculatura de atleta. Cuando me hubo enseñado mi nueva habitación, me llevó a otra, una pequeña armería, provista de lanzas, sables, dagas y arcos. Junto a una ventana aparecía un largo banco con diversas herramientas y unos aparadores en los que se veían los materiales necesarios para la manufactura de arcos, flechas y dardos. Muy cerca había una forja y un yunque, viéndose asimismo planchas y lingotes de metal.

—¿Sabes manejar el sable? —me preguntó al escoger uno para mí.

—Sí, pero solo como deporte —repliqué—. En mi país tenemos armas muy perfeccionadas, por lo que los sables resultan inútiles para el combate.

Me hizo preguntas sobre aquellas armas y mostró mucho interés en la descripción de las armas de fuego de la Tierra.

—En Amtor tenemos armas parecidas —repuso—, aunque los de Vepaja no las poseemos, debido a que la materia prima necesaria se encuentra en el

centro del país de los thoristas. Esas armas se cargan con un material que emite rayos de ondas extremadamente cortas, capaces de destruir los tejidos animales, pero solo emiten esos rayos cuando están expuestas a la radiación de otro raro elemento. Hay varios metales que son impermeables a tales rayos. Esas planchas que ves en las paredes, las de metal, son un elemento protector contra los rayos indicados. Las mencionadas armas están provistas de un obturador de idéntico metal, encargado de separar los dos elementos. Cuando el obturador se abre y uno de los elementos queda expuesto a las emanaciones del otro, el destructor rayo-R queda libre y pasa a lo largo del cañón del arma, dirigiéndose hacia el objetivo deseado. Fuimos nosotros los que inventamos y perfeccionamos esa arma, y ahora la utilizan contra nosotros. No obstante, nos las arreglamos muy bien con lo que poseemos, siempre que nos mantengamos en el seno de nuestros árboles... Además de un sable y una daga, necesitarás un arco, unas flechas y una lanza.

Y mientras iba enumerando esas armas fue seleccionando uno de cada uno de los citados objetos, el último de los cuales era, en realidad, una pesada jabalina. En el extremo de esta arma había un anillo giratorio y atado a este había una cuerda delgada y larga provista de un gancho al final. Kamlot enredó de un modo especial esta cuerda que no era más pesada que un bramante vulgar y la metió en un pequeño orificio abierto en uno de los lados.

—¿Para qué sirve esa cuerda? —pregunté examinando el arma.

—Tenemos que cazar en lo alto de los árboles, y si no fuera por ella perderíamos muchas lanzas.

—Pero la cuerda no es lo bastante resistente.

—Está hecha de tarel, y podría soportar el peso de diez hombres. No pasará mucho tiempo sin que te des cuenta del extraordinario valor del tarel. Mañana saldremos juntos a recoger un poco. Últimamente escasea bastante.

A la hora de cenar volví a ver a Zuro y a Alzo, las cuales se mostraron muy afables conmigo. Por la noche me enseñaron el juego favorito de Vepaja, el tork, que se juega con unas piezas muy parecidas a las del mah-jong y recuerda mucho el póker. Aquella noche dormí perfectamente en mi nuevo cuarto y cuando amaneció me levanté, ya que Kamlot me había advertido que debíamos partir temprano para nuestra expedición. No puedo decir que me sintiera muy entusiasmado ante la perspectiva de pasar el día recogiendo tarel. El clima de Vepaja es cálido, casi bochornoso y me forjé la idea de que aquella excursión iba a ser monótona y desagradable, igual que si estuviera recogiendo algodón en el Valle Imperial.

Después de un frugal almuerzo, en cuya preparación ayudé a Kamlot, me dijo que recogiera mis armas.

—Siempre debes llevar encima el sable y la daga —me advirtió.

—¿Incluso en casa? —pregunté.

—Donde te encuentres. No solo es una costumbre, sino una ley. No sabemos cuándo se nos puede llamar para defender nuestras personas, nuestras casas o nuestro Jong. Ahora no olvides la lanza, pues vamos a recoger tarel.

No podía explicarme de qué podría servirme la lanza para recoger tarel, pero no me olvidé ninguna de las armas que me mencionó, y cuando nos reunimos me entregó un saco provisto de una cuerda que había de colgarme a la espalda.

—¿Es para el tarel? —pregunté.

Me dijo que sí.

—Pues, por lo visto, no confías en recoger mucho —observé.

—Acaso no obtengamos nada —repuso—. Si consiguiéramos llenar el saco entre los dos podríamos sentirnos satisfechos.

No dije nada más, pensando que era preferible aprender con la experiencia a seguir demostrando mi vergonzosa ignorancia. Si realmente el tarel era tan escaso, no tendría que afanarme mucho y ello me satisfacía. No es que sea perezoso, pero me gusta el trabajo cuando me obliga a tener los nervios en tensión.

Cuando estuvimos los dos listos, Kamlot inició la marcha escaleras arriba, cosa que me desconcertó, aunque no me aventuré a preguntarle nada más. Remontamos los dos pisos superiores y penetramos en una oscura escalera de caracol que conducía aún más alto, dentro del árbol. Continuamos ascendiendo cosa de unos cincuenta pies y al fin Kamlot se detuvo y vi que manipulaba algo en la parte de arriba.

De pronto surgió una ráfaga de luz que procedía de un orificio circular cerrado con una pesada puerta. Kamlot se deslizó por allí y yo seguí tras él. Fuimos a parar a una gruesa rama del árbol. Mi acompañante cerró con llave la puerta, empleando una llavecita. Entonces me di cuenta de que la puerta estaba recubierta de corcho, de tal manera que, una vez cerrada, hubiera sido difícil que nadie la descubriera.

Con una agilidad casi de mono, Kamlot trepó, mientras yo, de una manera parecida, le seguí, agradeciendo la menor gravedad de Venus, aunque fuera escasamente inferior a la de la Tierra, ya que mi naturaleza no fue nunca precisamente arbórea.

Después de ascender un centenar de pies, Kamlot pasó a un árbol contiguo cuyas ramas se entrelazaban con las del otro por el que habíamos trepado, y

comenzó de nuevo la ascensión. De vez en cuando, el vepajano se detenía para escuchar, mientras íbamos pasando de una rama a otra, remontando mayor altura. Haría cosa de una hora que estábamos de marcha cuando se detuvo de nuevo, esperó que yo le alcanzase, me invitó al silencio llevándose un dedo a los labios.

—Tarel —susurró señalando hacia el follaje en dirección a otro árbol contiguo.

No comprendía yo porque había de susurrar y mis ojos siguieron la dirección indicada por el dedo. A una distancia de unos veinte pies descubrí algo que parecía una enorme tela de araña parcialmente oculta entre el follaje.

—Estate preparado con la lanza —susurró Kamlot—. Pon la mano en la presilla y sígueme, pero no demasiado cerca. Puedes necesitar espacio para manejar la lanza. ¿Lo ves?

—No —confesé. Únicamente, veía aquella especie de gran tela de araña y no tenía la menor idea de qué pudiera ser.

—Ni yo tampoco, pero puede estar escondido y a veces atisba desde arriba para poderle coger a uno por sorpresa.

Aquello iba resultando más animado que recoger algodón en el Valle Imperial, aunque realmente no podía colegir de que se trataba.

Kamlot no parecía excitado. Conservaba todo su aplomo, pero con una actitud cautelosa. Fue trepando lentamente hacia la tela de araña, con la jabalina dispuesta en la mano, y yo le seguí. Cuando pudimos verla plenamente, comprobamos que estaba vacía. Kamlot sacó la daga.

—Empieza a cortar —murmuró—. Corta cerca de la rama y sigue la tela en circunferencia. Yo empezaré desde el otro lado hasta que nos encontremos. Ten cuidado de no engancharte, especialmente si se nos presenta de pronto.

—¿Y no podríamos dar la vuelta? —pregunté.

Kamlot pareció sorprendido.

—¿Y para qué? —contestó con cierta brusquedad.

—Para sorprenderla.

—¿Pero qué te crees que es?

—Una tela de araña.

—Es tarel.

Quedé desconcertado por la réplica. Había supuesto que el tarel estaba más allá de la tela de araña. Seguía tan desorientado como antes, pero al menos

ahora sabía lo que era el tarel. Haría unos minutos que estábamos cortando cuando oí un ruido procedente de un árbol cercano. Kamlot también lo había oído.

—Ya viene —dijo—. ¡Alerta!

Envainó la daga y agarró la lanza. Yo seguí su ejemplo.

El ruido cesó. Nada se veía entre el follaje. De pronto, se oyó un crujido de ramas y apareció una faz a más de quince yardas. Era horrible. Parecía la de una araña de dimensiones gigantescas. Cuando se dio cuenta de que la habíamos descubierto, profirió un aullido aterrador, que solo había escuchado otra vez en mi vida. En seguida reconocí al animal, su voz y su cabeza. Una bestia semejante fue la que había ahuyentado a mi perseguidor la primera noche que caí frente a la puerta de Duran.

—¡Prepárate! —me avisó Kamlot—. ¡Va a atacarnos!

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando la hedionda alimaña se abalanzó sobre nosotros.

Tenía el cuerpo y las piernas cubiertos de un pelo largo y negro, y sobre cada uno de sus ojos lucía una mancha amarilla del tamaño de un platillo. A medida que avanzaba iba profiriendo gritos terribles como si pretendiera paralizarnos de terror.

La lanza de Kamlot hizo un balanceo de atrás hacia adelante y la poderosa jabalina partió al encuentro de la alocada bestia, clavándose en su repulsivo caparazón, pero el animal no se detuvo y avanzó recto hacia Kamlot. Yo lancé a mi vez la jabalina que fue a clavarse en el costado. Ni siquiera esto lo contuvo y vi horrorizado como agarraba a mi compañero que se había desplomado sobre la rama en que se había apoyado. La horrible araña se le echó encima.

Para Kamlot y la araña no era cesa difícil moverse allí, ya que los dos estaban habituados, pero yo me hallaba en una posición muy precaria. Desde luego, las ramas del árbol eran enormes y las pequeñas se entrelazaban. Estaba muy lejos de sentirme seguro, pero no tenía tiempo para pensar en ello. Si no había muerto, Kamlot estaba a punto de perecer. Saqué la espada, di un brinco hasta ponerme junto a la repugnante bestia, y comencé a acuchillarla como un loco en la cabeza. Entonces abandonó a Kamlot y se revolvió contra mí, aunque estaba ya seriamente herida y se movía con dificultad.

Mientras le acuchillaba la cabeza, vi aterrado que Kamlot yacía inerte, como muerto. No se movía. Pero casi no tuve tiempo para dirigir aquella mirada furtiva hacia mi compañero. De no haberme movido con presteza, también yo hubiera perecido. Aquel animal se revolvió de pronto, movido por

una inesperada y feroz vitalidad. Sangraba copiosamente por sus muchas heridas y por lo menos dos de ellas debían de ser mortales, pero hacía esfuerzos para alcanzarme con los terribles garfios que remataban sus patas delanteras para atraerme a sus odiosas mandíbulas.

El sable vepajano es agudo y de dos filos, y un poco más ancho y grueso cerca del extremo y aunque no estaba, para pensar en estos detalles, su golpe debía de ser mortal. Tuve ocasión de experimentarlo, pues cuando una de las garras del animal se adelantó para atraparme, le di un tajo que la seccionó de golpe. La alimaña bramó más aun y con un resto de energía saltó sobre mí igual que lo hacen las arañas sobre su presa. Volví a acuchillarla y me eché hacia atrás. Por último, le hundí el arma en su nauseabunda faz en el momento en que caía sobre mí.

Al sentir aquel peso, mi cuerpo resbaló en la gran rama en que estaba y empecé a caer. Por fortuna, las pequeñas ramas entrelazadas me proporcionaron algún apoyo, me agarré como pude y contrarresté mi caída, consiguiendo encaramarme en una gruesa rama plana, a unos diez o quince pies hacia abajo. Había conservado el sable y como no estaba herido volví a encaramarme con la mayor presteza para salvar a Kamlot de nuevos ataques, pero no fue precisa mi ayuda. El gran targo, como llaman a esta horrible bestia, estaba muerto.

También lo estaba Kamlot. No tenía pulso ni el corazón le latía lo más mínimo. El mío se agitaba en el pecho. Había perdido un amigo, teniendo tan pocos como tenía, y me veía perdido en aquel laberinto. Comprendí que me sería imposible encontrar el camino para volver a Vepaja, pero mi vida dependía de ello y tenía que hacer cuanto estuviera en mis manos. Podía descender, pero no sabía si me hallaba aún sobre la población o no. Dudé.

Aquello era la recolección del tarel. Aquella era la ocupación que yo temí encontrar aburrida y monótona.

CAPÍTULO VII

JUNTO A LA TUMBA DE KAMLOT

Como habíamos partido con la misión de recoger tarel, acabé el trabajo que Kamlot y yo teníamos casi ultimado cuando nos atacó el targo. Si conseguía volver a la ciudad, podría al menos llevar conmigo algo que justificase nuestros esfuerzos. ¿Pero qué haría de Kamlot? La idea de abandonar el cadáver allí, me repugnaba. A pesar de lo reciente de nuestra amistad, había llegado a sentir simpatía por él considerándolo un amigo. Sus compatriotas me

trataron cordialmente y lo menos que podía hacer era transportar su cadáver hasta la ciudad. Comprendí, desde luego, que la empresa iba a ser dura, pero tenía que hacerlo. Por fortuna, mi musculatura es fuerte y además la gravedad de Venus me favoreció más que si hubiera estado en la Tierra proporcionándome una ventaja de unas veinte libras en el peso del muerto que había de trasportar y aún más en mi propio peso, ya que era superior al de Kamlot.

Con menos dificultad de lo que supuse al principio, conseguí echarme a la espalda el cadáver de Kamlot y lo sujeté con la cuerda de su jabalina. Antes le ajusté las armas, utilizando fibras de tarel de las que llevaba en mi saco, ya que, como desconocía las costumbres del país, no sabía exactamente lo que debía hacer en caso parecido y preferí pecar de más.

La experiencia que sufrí durante las siguientes diez o doce horas constituye una pesadilla que desearía olvidar para siempre.

El contacto del cuerpo desnudo y muerto de mi compañero era bastante repelente, pero aun resultaba más desagradable verme sumido en aquel mundo extraño y absurdo. Pasaron horas y horas en continuo descenso. Solo me detenía brevemente cuando el peso parecía aumentar hasta hacerse insufrible. En vida, Kamlot debía de pesar unas ciento ochenta libras de la Tierra y en Venus unas ciento sesenta, pero mientras la selva se iba obscureciendo habría jurado que pesaba una tonelada.

Tan fatigado me sentía que tenía que moverme muy lentamente, cambiando a cada momento la posición de las manos y pisando con cuidado, asegurándome de que mis músculos respondían a la misión de soportar la carga, pues un paso en falso o un instante de flaqueza podrían sumirme en la eternidad. La muerte se cernía sobre mí.

Me pareció como si hubiese descendido millares de pies y aún no había vislumbrado rastro alguno de la población. Varias veces escuché rumor de animales que se movían entre los árboles y dos veces escuché el grito escalofriante de un targo. Si uno de aquellos monstruos me atacase... Bueno, mejor era no pensar en ello. En cambio, procuré saturar mi mente con el recuerdo de mis amigos de la Tierra; recordé mi infancia en la India, donde estudié bajo la dirección del viejo Chand Kabi; pensé en Jimmy Welsh y me vino a la memoria la silueta de unas muchachas que me gustaron y con algunas de las cuales casi llegué a intimar seriamente. Esto último me hizo recordar a la joven del jardín del Jong y la visión de las otras se borró prestamente. ¿Quién sería aquella mujer? ¿Qué rara prohibición gravitaba sobre ella para que no pudiera verla ni hablarle? Me dijo que me odiaba, pero tuvo que escuchar de mis labios que yo la amaba. Ahora aquella escena me parecía ingenua. ¿Cómo iba a amar yo a una muchacha la primera vez que la

veía y de la que nada sabía, ni su edad ni su nombre? Sería absurdo, pero era cierto. Amaba a la incógnita belleza que se escondía en aquel jardincillo.

Tal vez fueron estas cavilaciones que me hicieron ser negligente. No estoy seguro. Pero pensaba en todas aquellas cosas cuando mi pie resbaló. Ya era de noche. Traté de agarrarme a algún objeto, pero el peso de mi cuerpo y el cadáver que transportaba me hicieron tropezar y nos zambullimos en las tinieblas. Sentí el frío del muerto que me rozaba las mejillas.

No fuimos a parar muy lejos. Nos detuvimos de pronto, contenidos por algo blando que nos balanceó a los dos, vibrando como una red de seguridad de las que utilizan los gimnastas en los circos. A la débil claridad de la noche amtoriana comprobé lo que había ocurrido. Como había supuesto, había caído entre las redes de una de las feroces arañas de Amtor.

Traté de arrastrarme para asirme a alguna rama y soltarme de aquella red, pero con mis movimientos solo conseguí engancharme más. La situación era horrible, pero unos instantes después se hizo aun peor. Al mirar a mi alrededor, descubrí en un borde lejano de la tela un targo enorme y repulsivo.

Saqué el sable y comencé a cortar las fibras de la red, mientras la feroz araña se deslizaba lentamente hacia mí. Recuerdo que en aquellos momentos pensé si la mosca enganchada en la pegajosa tela puede sufrir las mismas angustias que se apoderaron de mí al darme cuenta de la inutilidad de mis esfuerzos para huir de tan mortífera trampa. El terrible monstruo seguía avanzando para devorarme. Al menos tenía yo una ventaja sobre la mosca. Disponía de un sable y de una inteligencia. No me sentía tan desamparado como el pobre insecto.

El targo se iba acercando cada vez más. Yo no proferí grito alguno. Debía sentirse seguro el animal de que yo no podría escapar y por ello no debía preocuparse en paralizarme por el terror. A una distancia de diez pies, cargó sobre mí corriendo velozmente con sus ocho peludas patas. Yo la esperé con la punta de mi sable.

No fue cuestión de destreza, sino de pura suerte. La punta del arma penetró en el cerebro de la alimaña. Cuando la vi derrumbarse inerte a mi lado, apenas si mis ojos podían creerlo. Me había salvado.

En el acto me puse a cortar fibras de tarel, y al cabo de unos minutos me vi liberado y me deslicé a una rama contigua. El corazón me latía aceleradamente y me sentía agotado. Descansé un cuarto de hora para continuar luego el incesante descenso en la penumbra del temible bosque.

Me era imposible prever qué otros peligros podían aguardarme. Sabía que existían otros muchos animales en la selva gigantesca. Aquellas potentes telas de araña, capaces de resistir el peso de un oso, no estaban trazadas solo para la

caza del hombre. Durante el día anterior, tuve oportunidad de atisbar, de vez en cuando, pájaros enormes, los cuales, si eran carnívoros, debían de constituir una amenaza seria para el targo. Pero no eran ellos los que me aterraban en aquellos instantes, sino el ambiente tenebroso que envuelve de noche todos los bosques.

Seguí bajando, presintiendo que de un momento a otro podía producirse el final. El último encuentro con el targo había abatido considerablemente mis energías, ya castigadas por la dura prueba del día, pero no podía detenerme. Mas ¿cuánto tiempo podrían continuar resistiendo mis maltrechas fuerzas?

Había ya llegado al límite del colapso cuando mis pies pisaron terreno firme. Al principio no podía creerlo, pero miré a mi alrededor, arriba y abajo, y comprendí que, efectivamente, había alcanzado el suelo del bosque. Después de vivir un mes en Venus, había conseguido pisar tierra firme. La visibilidad era escasa, casi nula. Apenas vislumbraba los enormes troncos de los árboles gigantescos que crecían por todas partes. A mis pies se extendía una espesa alfombra de hojas blancas y muertas.

Corté las cuerdas que sujetaban el cuerpo de Kamlot a mi espalda, y deposité a mi desdichado compañero en el suelo. Después me tumbé a su lado y me dormí.

Cuando desperté ya era de día. Miré a mi alrededor, pero solo vi la blanca hojarasca acumulada entre los troncos de aquellos árboles tan gigantescos que casi renuncié a fijar las dimensiones de algunos de ellos para no restar verosimilitud al relato de mis aventuras en Venus. Pero en verdad tenían que ser enormes aquellos troncos para soportar tan extraordinario peso, pues muchos alcanzaban alturas de seis mil pies sobre el suelo sumiéndose sus mágicas copas entre la niebla eterna de la capa inferior de nubes que envuelve el planeta.

Para obtener una idea del tamaño de algunos de estos monstruos de los bosques, cabe decir que di la vuelta alrededor de uno y conté mil pasos, lo que le asignaba un diámetro de un millar de pies. Y había muchos como aquel. Cualquier árbol de diez pies de diámetro parecía un frágil tallo. ¡Y pensar que se afirmaba que no había vegetación en Venus!

Mis modestos conocimientos de física y botánica me hacían comprender que árboles de semejante altura no podían existir si no hubiera en Venus cierta fuerza de adaptación que hiciera posible lo que semejaba imposible. Intenté explicarme este fenómeno utilizando fórmulas corrientes en la Tierra, y llegué a la conclusión de que si la ósmosis vertical sufre la influencia de la gravedad, la menor fuerza de gravedad de Venus tendría que favorecer el crecimiento de árboles más altos, y el hecho de que las copas permanezcan eternamente entre las nubes, les debe permitir asimilarse un caudal grande de hidratos de

carbono procedente del vapor de agua, partiendo del principio de que en la atmósfera de Venus existe el necesario bióxido carbónico para favorecer este proceso.

He de admitir, no obstante, que en aquellos momentos no estaba yo para interesarme grandemente en tan intrincadas especulaciones. Tenía que pensar en mí mismo y en el pobre Kamlot. ¿Qué iba a hacer con el cadáver de mi amigo? Había hecho todo lo posible para devolverlo a su ciudad, pero fracasé. No sabía si podría hallar la población. Solo me quedaba una alternativa: enterrarlo allí mismo. Una vez hube adoptado esta decisión, comencé a apartar las hojas para descubrir el suelo y cavar una sepultura. Existía una capa de hojas de casi un pie y debajo de aquella capa apareció un suelo rico que me fue fácil remover con la punta de la lanza. Escarbando luego con las manos no me costó mucho excavar una sepultura aceptable de seis pies de largo por dos de ancho y tres de profundidad. Recogí hojas recién caídas y cubrí el fondo, y después preparé otras a fin de recubrir el cuerpo de Kamlot después de depositarlo para su descanso eterno.

Mientras hacía esto, traté de recordar las oraciones que se dedican a los muertos. Deseaba que el entierro de Kamlot estuviera revestido de toda la solemnidad posible. No sabía cómo juzgaría la Providencia mi conducta, pero pensé que acogería bondadosamente en su seno a aquella alma bajo el amparo de cristiana sepultura. En el momento en que me agachaba para recoger el cadáver con mis brazos a fin de depositarlo en la tumba, me quedé atónito al descubrir que estaba caliente, lo cual hacía cambiar por completo la situación. El hombre, muerto después de dieciocho horas, está frío. ¿Acaso no habría muerto Kamlot? Apoyé el oído contra su pecho y percibí el leve latido de su corazón. En mi vida tuve una sensación tan intensa de alivio y alegría. Me sentí como rejuvenecido y lleno de nuevas esperanzas y aspiraciones. Hasta aquel instante no me había dado cuenta exacta de lo desesperado de mi soledad.

Pero ¿cómo vivía aún Kamlot? ¿Cómo poder reanimarlo? Juzgué pertinente dilucidar la primera incógnita para abordar la segunda. Examiné de nuevo las heridas. Tenía dos profundos desgarramientos debajo del preesternón. No habían sangrado mucho y estaban teñidos de un color verdoso. Este detalle fue el que me ayudó a explicarme la extraña situación de Kamlot. Aquel tinte verdoso sugería la idea de un veneno y entonces recordé que existían diversas clases de arañas que paralizan a sus víctimas inyectándoles un veneno que las coloca en un estado de inercia y así pueden devorarlas tranquilamente. ¡El targo había producido aquella parálisis en el cuerpo de Kamlot!

Mi primera medida fue estimular la circulación y la respiración, y con esta finalidad propiné un masaje al cuerpo y después le dediqué los auxilios que se

prescriben a los presuntos ahogados para ver si reaccionan. No sé cuál de los métodos triunfó. Tal vez los dos contribuyeron un poco, pero prestamente mis esfuerzos se vieron premiados, ya que pude observar que los miembros comenzaban a animarse. Kamlot suspiró levemente y agitó los párpados. Al cabo de un nuevo período de esfuerzos por mi parte, que casi me dejaron exhausto, abrió los ojos y me miró. Al principio, su mirada era inexpresiva y llegué a pensar si no habría perdido el juicio por la influencia del tóxico, pero luego surgió en su mirada una nota interrogante y pareció reconocerme.

—¿Qué ha ocurrido? —acabó por susurrar—. ¡Ah, sí! Ya me acuerdo... El targo cayó sobre mí.

Le ayudé a sentarse y miró a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el suelo —repuse—. Pero ignoro en qué parte del país.

—¡Conseguiste salvarme del targo! —añadió—. ¿Lo mataste? Claro que sí, porque, si no, te hubiera sido imposible sacarme. Cuéntamelo todo.

Lo hice así brevemente.

—Traté de llevarte a la ciudad, pero me perdí. No tengo la menor idea de donde me encuentro.

—¿Qué es esto? —inquirió observando la excavación.

—Tu tumba —repuse—. Creí que estabas muerto.

—¿Y llevaste auestas un cadáver medio día y media noche? ¿Por qué?

—Ignoro las costumbres de tus compatriotas, pero tus familiares se mostraron muy bondadosos conmigo y lo menos que podía hacer era devolverles tu cuerpo muerto. Además, no iba a abandonar el cadáver de un amigo para que lo devoraran los pájaros y las alimañas.

—No lo olvidaré nunca —murmuró quedamente a la vez que trataba de levantarse mientras yo le ayudaba—. En cuanto haga un poco de ejercicio me encontraré bien. Los efectos del veneno del targo desaparecen en veinticuatro horas, incluso sin tratamiento. Lo que has hecho ayudó a disiparlos antes, y un poco de ejercicio eliminará los últimos vestigios.

Comenzó a mirar por todas partes como si hiciera esfuerzos para orientarse y entonces se dio cuenta de las armas que pensaba yo enterrar junto a su cuerpo y que estaban en el suelo, cerca de la tumba.

—¡Y hasta trajiste esto! —exclamó—. ¡Eres el jong de los amigos!

Cuando se hubo ajustado el sable a la cintura, recogió la lanza y echamos a andar juntos por el bosque en busca de algún rastro que pudiera revelarnos

hacia donde se hallaba la población. Kamlot me explicó que los árboles de un sector que comunicaba con la ciudad estaban marcados con signos apenas perceptibles y secretos, igual que ciertos árboles que trazaban el camino exacto para llegar a la ciudad colgante.

—Pocas veces bajamos a la superficie de Amtor —me dijo—, pero en algunas ocasiones lo hacen grupos con fines mercantiles, para acercarse a la costa y salir al encuentro de naves procedentes de los escasos países con los que mantenemos relaciones comerciales secretas. La maldición thorista se ha ido extendiendo y existen pocas naciones que no vivan subyugadas a su egoísta dominación. También descendemos a la superficie alguna que otra vez para cazar bastos, cuya piel y cuya carne es muy codiciada.

—¿Qué animal es el basto? —pregunté.

—Es un animal omnívoro muy grueso, provisto de poderosas mandíbulas con cuatro grandes colmillos, además de la dentadura corriente en otras bestias. Tiene dos pesados cuernos y la parte más elevada del lomo alcanza la talla de un hombre alto. Yo he matado alguno que pesaba más de mil trescientos tobs.

El tob es la unidad de peso adoptada en Amtor, equivalente al tercio de una libra. Todo peso se calcula en tobs o decimales, ya que se usa el sistema decimal exclusivamente en las tablas de calcular. Esto me pareció mucho más práctico que las confusas divisiones de granos, gramos, onzas, libras, toneladas y otras designaciones comunes en los diversos países de nuestro planeta.

De acuerdo con la descripción de Kamlot, me figuré al basto como una especie de oso enorme, provisto de cuernos, o un búfalo con mandíbulas y colmillos de carnívoro y, teniendo en cuenta su peso de mil cien libras, debía constituir una bestia formidable. Le pregunté con qué arma podían matarlo.

—Unos prefieren las flechas, otros las lanzas —me explicó—. Pero es conveniente tener siempre a mano un árbol de ramas bajas —añadió con un gesto de picardía.

—¿Son belicosos?

—Mucho. Cuando aparece en escena un basto, el hombre se convierte muchas veces en cazado en vez de cazador, pero ahora no vamos a capturar animales de esos. Lo que nos interesa es hallar algún rastro que revele donde nos encontramos.

Deambulamos por el bosque en busca de los imperceptibles signos que trazaban los vepajanos, según me había explicado Kamlot, a la vez que me reveló los lugares en que solían aparecer. El indicado signo era un clavo largo

y agudo, que llevaba una cabeza plana con una inscripción en relieve. Aquellos clavos estaban incrustados en árboles, a una altura uniforme. Resultaba difícil encontrarlos pero es natural que fuese así para evitar que los enemigos de Vepaja los arrancaran o los utilizaran en la búsqueda de la población.

El método de interpretación de aquellos signos es muy ingenioso. Su hallazgo es de utilidad nula para los que no sean habitantes de Vepaja, aunque cada uno de ellos constituye una revelación topográfica para los iniciados. Indican al que los encuentra el sitio en que se halla de la isla que comprende el reino de Mintep, regido por su Jong. Cada clavija es colocada por una comisión inspectora y su situación exacta queda anotada en un plano de la isla, con el número que consta en la cabeza de la clavija. Antes de permitir a un vepajano que baje solo al suelo firme y conduzca a otros allí, ha de demostrar que sabe localizar de memoria los clavos camineros de Vepaja. Kamlot había sufrido este examen y me dijo que si conseguíamos hallar un solo clavo, sabría inmediatamente la dirección y distancia de los otros y nuestra posición exacta en la isla y que así podría localizar la población. Pero me confesó que acaso vagáramos mucho tiempo sin descubrir ni una sola de las clavijas.

El bosque seguía ofreciendo el mismo monótono aspecto. Había árboles de distintas especies, unos con ramas que rastreaban el suelo, otros desprovistos de ramaje en muchos centenares de pies a lo alto del tronco. Había troncos lisos como si fueran de cristal y tan rectos como mástiles de una nave, sin ninguna rama que pudiera alcanzar la mirada. Kamlot me contó que el follaje de estos árboles crece en forma de penacho que se interna en la capa de nubes.

Le pregunté si había subido alguna vez a lo alto de alguno y me contestó que creía haber remontado la cúspide de los más elevados árboles, pero que casi había perecido de frío.

—Esos árboles se encargan de suministrarnos el agua que necesitamos —explicó—. Absorben el vapor de las nubes y lo trasladan a sus raíces. No se parecen a ningún otro árbol. Un canal interior aporta el agua de las nubes a las raíces de donde vuelve a subir en forma de savia, sirviendo así de ascendente alimento vegetal. Si se practica un corte en cualquier parte de esos árboles, se obtiene una copiosa cantidad de agua, fresca y clara, una afortunada previsión de...

—Me parece que se acerca algo, Kamlot —le interrumpí—. ¿Lo has oído?

Escuchó atentamente.

—Sí —repuso—. Mejor será que nos subamos a un árbol, al menos hasta que sepamos lo que es.

Comenzó a encaramarse por un árbol contiguo y yo seguí su ejemplo

esperando allí. Oyóse de un modo claro el ruido de algo que se aproximaba. La blanda capa de hojas producía bajo su peso el murmullo leve peculiar de las hojas secas al crujir. Se iba acercando, y al parecer se movía con pereza. De pronto, se hizo visible su enorme testuz junto a un árbol, a poca distancia de nosotros.

—¡Un basto! —susurró Kamlot.

Yo ya lo había adivinado, de acuerdo con la descripción que me había hecho poco antes mi amigo.

El basto, de ojos para arriba, parecía un bisonte americano, provisto de los mismos cuernos cortos y fuertes. Tanto la parte alta de la cabeza como el frontal estaban cubiertos de espeso pelo rizado. Tenía los ojos pequeños y sanguinolentos, la piel azul parecida a la del elefante, cubierta de pelo cerdoso y corto, excepto en la cabeza y en el extremo de la cola, que era muy larga. Su talla era alta por el testuz y descendía en la parte trasera del cuerpo. Sus patas delanteras eran cortas y rechonchas y tenían unas grandes pezuñas tripartitas; y las patas traseras eran más largas, diferencia necesaria por el hecho de que las patas y las pezuñas delanteras sostenían las tres cuartas partes del peso del animal. Tenía el hocico similar al del oso, pero más ancho y provisto de combos colmillos.

—Aquí tenemos nuestro almuerzo —observó Kamlot con tono natural, mientras el basto se detenía y miraba a su alrededor al oír la voz de mi compañero—. Son un verdadero manjar, y hace mucho tiempo que no los probamos. No hay nada como una costilla de basto asada con leña.

La boca se me hizo agua.

—¡Adelante! —exclamé disponiéndome a bajar del árbol, con el sable en la mano.

—¡No te muevas! —gritó Kamlot—. No sabes lo que intentas hacer.

El basto nos había localizado y avanzaba profiriendo un rugido capaz de avergonzar al león más poderoso, aunque no supe si realmente era rugido o bramido. Comenzó a patear despacio y luego con tal fuerza que hizo temblar el suelo.

—Parece encolerizado —observé—. Pero si queremos comer, no tendremos más remedio que matarlo primero. ¿Y cómo vamos a conseguirlo si nos quedamos en el árbol?

—Yo no pienso quedarme aquí —repuso Kamlot—. Pero tú sí te quedarás. No sabes cómo se cazan esos animales y no solo perecerías tú, sino yo también. Quédate donde estás y yo me las entenderé con el basto.

Aunque el plan no me satisfacía, tuve que reconocer que Kamlot sabía más

que yo de las cesas de Amtor y contaba con más experiencia, por lo que accedí a sus deseos. No obstante, me mantuve alerta para ayudarle si las circunstancias lo requerían.

Con gran sorpresa mía, arrojó al suelo la lanza y en su substitución se armó con una larga rama provista de hojas que cortó del árbol antes de bajar para enfrentarse con el enfurecido basto. No bajó directamente para colocarse frente al animal, sino que dio un rodeo entre las ramas del árbol antes de descender, después de advertirme que atrajera la atención de la bestia, lo que conseguí gritando y agitando las ramas.

De pronto, vi horrorizado que Kamlot se situaba a una docena de pasos detrás del animal, armado únicamente con el sable y la vara cortada del árbol, que llevaba en la mano izquierda. No lejos de donde se hallaba el encolerizado animal, estaba la lanza, en el suelo. La situación de Kamlot resultaba bastante temeraria, caso de que el basto le descubriera antes de alcanzar un árbol. Al darme cuenta de ello redoblé mis esfuerzos para atraer la atención del animal hasta que me indicase Kamlot que cesara.

Llegué a sospechar que se había vuelto loco al oírle llamarme a gritos, lo cual atrajo la atención del basto hacia él anulando mis esfuerzos para atraer la mirada de la bestia sobre mí. En el momento en que Kamlot me llamó, el basto volvió la cabeza y sus salvajes ojos le descubrieron. Viró en redondo y se quedó un instante inmóvil contemplando la temeraria silueta que se erguía ante su mirada. Después emprendió el trote hacia él.

Ya no esperé más, y salté al suelo con la intención de atacar a la bestia por detrás. Lo que ocurrió después fue tan rápido que pasó antes de que pueda contarse. Al precipitarme yo hacia el animal, vi como este bajaba la testuz y se arrancaba recto contra mi compañero, que se mantuvo inmóvil con el sable en una mano y la rama en la otra.

De pronto, en el momento preciso en que creí que el animal iba a cogerle con sus poderosos cuernos, sacudió la vara cubierta de hojas ante él y se ladeó ligeramente a la vez que dirigía la aguda punta del sable de arriba abajo, hacia la parte izquierda del lomo de la bestia. El acero se incrustó hasta la empuñadura en el corpachón del animal.

El basto se paró en seco, extendiendo las patas. Después se tambaleó y acabó por abatirse al suelo, a los pies de Kamlot. Estaba yo a punto de proferir un grito de admiración cuando levanté la mirada hacia lo alto. No sé qué impulso atrajo mi atención hacia allí. Tal vez fuera esa voz inaudible que llamamos a veces sexto sentido. Lo que vi me hizo olvidar la proeza de Kamlot.

—¡Dios santo! —exclamé en inglés.

Y añadí luego en lenguaje amtoriano:

—¡Mira, Kamlot! ¿Qué es eso?

CAPÍTULO VIII

A BORDO DEL «SOFAL»

Cerniéndose sobre nosotros vi unos bultos que al principio me parecieron enormes pájaros, pero que pronto identifiqué, a pesar de mi incrédulo impulso, como hombres alados. Iban armados con sables y dagas y cada uno llevaba una larga cuerda de cuyo extremo colgaba un lazo de alambre.

—¡Voo klangan! —gritó Kamlot. (¡Los hombres-pájaros!).

Aún no había acabado de hablar Kamlot, cuando cayeron sobre cada uno de nosotros un par de lazos. Tratamos de desembarazarnos de ellos, golpeándolos con los sables pero las hojas de metal no castigaban lo más mínimo a la dureza del alambre y las cuerdas a que estaban atados se hallaban fuera del alcance de nuestras manos. Mientras nos debatíamos fútilmente para liberarnos, los klangan descendieron al suelo, poniéndose un par de ellos a ambos lados de cada uno de nosotros. Nos tenían tan bien cogidos que no cabía la esperanza de huir. Estábamos cazados igual que reses sujetas por los lazos de los «cow-boys». El quinto angan se nos acercó con el sable desenvainado y nos desarmó. Tal vez debiera haber explicado que la voz «angan» es singular; «klangan» es el plural. Los plurales se forman en el idioma amtoriano añadiendo el prefijo «kloo» a aquellas palabras que comienzan por consonante y añadiendo «kl» a las que comienzan por vocal.

Nuestra captura se había realizado con tanta presteza y tanta habilidad que necesitó muy poco esfuerzo de los hombres-pájaros sin que tuviéramos ni tiempo para reponernos del asombro que nos había producido su aparición. Ahora recuerdo que ya antes había oído hablas a Danus de Voo klangan en más de una ocasión, pero creí que se refería a aves de rapiña o algo por el estilo. Poco podía imaginarme entonces lo que realmente eran tales seres.

—Me parece que ha llegado nuestra última hora —observó Kamlot, sombríamente.

—¿Qué harán con nosotros? —inquirí.

—Pregúntaselo a ellos.

—¿Quiénes sois? —nos dijo uno.

La verdad es que me sorprendió oírle hablar, aunque realmente de nada

podía asombrarme ya.

—Yo soy extranjero y vengo de un mundo distinto —le dije—. Ni mi amigo ni yo tenemos nada contra vosotros. Dejadnos marchar.

—Estás perdiendo el tiempo —me aconsejó Kamlot.

—Sí que lo está perdiendo —asintió el angan—. Vosotros sois vepajanos y tenemos orden de llevar al barco a todos los que encontremos de vuestra nacionalidad. Tú no pareces vepajano —añadió contemplándome de pies a cabeza—, pero tu compañero, sí.

—De todos modos, no eres thorista, y por tanto te hemos de considerar enemigo —terció otro.

Nos quitaron los lazos y nos pasaron cuerdas por el cuello y por debajo de los brazos. Luego, dos klangan cogieron las cuerdas que maniataban a Kamlot y otros dos hicieron igual conmigo. Desplegaron sus alas y levantaron el vuelo, llevándonos.

Mientras volaban entre los árboles, nuestros cuerpos estaban suspendidos a pocos pies del suelo, ya que el bosque tenía una baja bóveda de ramaje. Los klangan hablaban mucho entre ellos, riendo y cantando muy satisfechos, al parecer, de su hazaña. Tenían una voz suave y melodiosa y sus canciones recordaban vagamente los cantos religiosos de los negros, coincidencia que podía haberme sugerido el color de su piel, que era muy oscura.

Nos llevaron volando a una considerable distancia, que yo no hubiera podido concretar. Estuvimos volando en el aire más de ocho horas, y cuando la espesura del bosque lo permitía, volaban a gran velocidad. Parecía que no se cansaban, si bien Kamlot y yo estábamos materialmente exhaustos mucho antes de llegar a nuestro destino. Las cuerdas que nos ataban por debajo de los brazos, cortaban nuestras carnes y esto contribuía a empeorar nuestro estado y no lo mejoraban los incesantes esfuerzos para agarrarnos a las cuerdas de arriba y conseguir, en agónica posición, sostener todo el peso del cuerpo con las manos.

Pero todo acaba y también acabó aquel horrible viaje. De pronto abandonamos la zona forestal y volamos sobre un bonito y bien guarecido puerto. Por primera vez contemplé las aguas de un mar de Venus. Entre los dos puntos de la entrada del puerto, se adentraba este perdiéndose a lo lejos, misterioso, intrigante, provocativo. ¿Qué extraña gente vivía en aquellas lejanas tierras? ¿Lo llegaría a saber algún día?

Mi atención se fijó en algo que estaba a la izquierda y que no había descubierto hasta aquel momento. Vi dos barcos anclados en las tranquilas aguas del puerto. Fue hacia uno de ellos a donde nos llevaron nuestros

opresores. Cuando nos acercamos lo suficiente vi que las naves diferían poco, en la forma del casco, de las de la Tierra. Tenían la popa muy alta y la proa era aguda y se extendía como la curva línea de una cimitarra. Eran largas y estrechas de manga, como si en su construcción se hubiera pensado particularmente en la velocidad. ¿Pero cómo se movían? No tenían mástiles ni velas, ni imbornal, ni chimeneas. En la popa había dos casetas ovaladas, la menor descansando sobre la mayor, y sobre la pequeña se levantaba una torreta, también ovalada, rematada por un minarete. Tanto las casetas como la torrecilla tenían puertas y ventanas. Según nos íbamos acercando, divisé en cubierta cierto número de escotillas abiertas y gente de pie en los pasillos que rodeaban la torrecilla, en la caseta grande y en la cubierta principal. Estaban observando nuestra llegada.

Así que estuvimos sobre la cubierta, nos vimos rodeados por una horda vociferante. Un individuo que juzgué oficial de la nave, ordenó que nos desataran y mientras cumplían sus instrucciones, interrogó a los klangan.

Todos aquellos individuos se parecían tanto en el color como en el tipo a los vepajanos, pero ofrecían un aspecto más duro y menos inteligente. Muy pocos eran agraciados. Entre ellos descubrí diferencias de edad y signos de enfermedades, los primeros que había visto desde mi llegada a Amtor.

Cuando nos hubieron quitado las ligaduras, el oficial nos mandó que le siguiéramos después de encargar a cuatro sujetos de aspecto patibulario que nos escoltasen. Avanzamos así y remontamos la torrecilla situada sobre la caseta más pequeña. Una vez allí, nos dejó fuera y él se adentró en el interior. Los cuatro vigilantes nos observaban con expresión maligna.

—Vepajanos, ¿eh? —se burló uno de ellos—. Os creéis superiores a los demás, ¿verdad? Ya os daréis cuenta pronto de que no lo sois en el País Libre de Thora. Aquí todos somos iguales. No sé para qué os buscan tanto. Si estuviera en mis manos hacerlo, os daría una buena dosis de esto.

Y al hablar así, dio unos golpecitos en el arma que pendía de su cinturón.

Aquella arma sugería la idea de una pistola y en seguida supuse que se trataba de uno de aquellos curiosos artefactos que arrojaban los mortíferos rayos que me había descrito Kamlot.

Estaba a punto de rogar a aquel individuo que me lo dejara examinar cuando volvió a salir el oficial del interior de la torrecilla y ordenó al guardián que nos hiciera entrar.

Nos llevaron a una estancia en la que había un hombre sentado, de aspecto poco tranquilizador. En su rostro había una sonrisa burlona, la sonrisa típica del ser inferior ante el superior, tratando de ocultar su inferioridad, pero sin conseguir otra cosa que poner de manifiesto el complejo de la misma. Presentí

que no iba a congeniar con él.

—Dos klooganfal más —exclamó (Ganfal quiere decir criminal)—. Dos bestias más de las que querían aplastar al proletario... Pero no lo conseguisteis, ¿eh? Ahora somos nosotros los amos y ya os daréis cuenta de ello antes de llegar a Thora. ¿Alguno de vosotros es médico?

—Yo, no —repuso Kamlot.

El individuo que tomé por el capitán del barco fijó los ojos en mí y me miró detenidamente.

—Tú no eres vepajano —me dijo—. ¿De dónde eres? Nunca habíamos visto un hombre con el pelo amarillo y los ojos azules.

—Para ti debo ser vepajano —repliqué—, ya que es la única nación de Amtor donde he estado.

Mi interlocutor se mostraba curioso.

—¿Por qué dices para mí? —insistió.

—Porque lo que tú puedes creer tiene poca importancia en este caso.

Me desagradaba de veras aquel sujeto y cuando una persona me desagradaba, me resulta difícil ocultarlo. No tuve interés alguno en falsear mis sentimientos en aquellos instantes.

—Conque poca importancia, ¿eh? —gritó incorporándose.

—Siéntate —le aconsejé—. Aquí estás para cumplir las órdenes que has recibido, o sea llevar vepajanos a tu país. A nadie le importa tu opinión, pero creo que vas a tener muchos disgustos si no nos llevas sanos y salvos.

Una conducta más diplomática hubiera contenido mi lengua, pero yo nunca he sido diplomático, especialmente cuando me enfado y en aquellos momentos me sentía disgustado y colérico porque había algo en la actitud de toda aquella gente que provocaba mi indignación. Además, sabía por la fragmentaria información que había obtenido de Danus y por las observaciones de los marinos, que aquel individuo nos hubiera matado a gusto, pero que abusaría de su autoridad si nos hacía daño alguno. De todos modos, comprendí que corría un albur y esperé con interés el efecto que pudieran producir mis palabras. Las recibió como un perro furioso al que se golpea, pero se contuvo.

—Ya trataremos de eso más adelante —bramó volviéndose hacia un libro que se hallaba sobre la mesa—. ¿Cómo te llamas? —preguntó encarándose con Kamlot.

—Kamlot de Zar —repuso mi compañero.

—¿Qué profesión tienes?

—Cazador y escultor en madera.

—¿Eres vepajano?

—Sí.

—¿De qué ciudad de Vepaja?

—De Kooaad —repuso Kamlot.

—¿Y tú? —continuó el oficial, dirigiéndose a mí.

—Carson de Napier —repuse, utilizando la fórmula amtoriana—. Soy vepajano de Kooaad.

—¿De profesión?

—Aviador —contesté, utilizando la palabra y pronunciación inglesa.

—¿Qué? —preguntó—. No conozco ese oficio.

Trató de escribir la palabra en el libro después de haber intentado pronunciarla, pero no consiguió ninguna de las dos cosas, ya que en el lenguaje amtoriano no existen muchos de los sonidos que hay en el inglés.

Por último, para ocultar su ignorancia, escribió lo que le pareció y que sin duda no había de descifrar. Luego volvió a mirarnos.

—¿Eres médico?

—Sí —repuse.

Entonces hizo la anotación en el libro, a la vez que yo guiñaba el ojo a Kamlot disimuladamente.

—Lleváoslos —ordenó el capitán—. Y tened cuidado con este. Es médico.

Nos llevaron a la cubierta principal, entre las burlas y abucheos de la tripulación allí congregada. Vi como retozaban los klangan con la cola de plumas erecta. Al divisarnos, señalaron a Kamlot y les oí decir a algunos de los marinos que era el que había dado muerte al basto, de una estocada. La hazaña pareció despertar general admiración, lo que era lógico.

Nos hicieron entrar en una escotilla y fuimos a parar a un estrecho y oscuro recinto, mal ventilado, en el que había otros prisioneros. Algunos eran thoristas castigados por infracciones a la disciplina, y otros cautivos, como nosotros, y entre estos uno que reconoció a Kamlot llamándole en voz alta mientras descendíamos al calabozo.

—¡Jodades, Kamlot! —gritó utilizando el saludo amtoriano—. ¡Que la suerte te ayude!

—¡Ra jodades! —repuso Kamlot—. ¿Qué mala suerte te trajo aquí,

Honan?

—Mala suerte es una expresión pobre —replicó Honan—. Mejor sería decir catástrofe. Los klangan merodeaban en busca de hombres y mujeres. Descubrieron a Duare y la persiguieron. Al intentar yo protegerla, caí cautivo.

—Tu sacrificio no fue vano —observó Kamlot—, aunque hubieras perecido en el cumplimiento de tu deber.

—Lo triste es que resultó inútil. Esa es la catástrofe.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kamlot con horror.

—Que se apoderaron de ella —repuso Honan, acongojado.

—¡Que capturaron a Duare! —exclamó Kamlot con un acento indefinible—. ¡Por la vida del Jong! ¡Eso es imposible!

—¡Ojalá lo fuera!

—¿Y dónde se encuentra ahora? —preguntó Kamlot—. ¿En este barco?

—No, se la llevaron al otro, al mayor.

Kamlot parecía anonadado y atribuí aquella consternación a la desesperada impresión del enamorado que ve perdido irremisiblemente el objeto de su amor. Nuestro trato no había llegado aún a ese grado de intimidad que justifica las confidencias, y por eso no me sorprendió no haberle oído hablar de aquella joven que se llamaba Duare. Naturalmente, en tales circunstancias no podía hacerle pregunta alguna sobre ella, y por lo tanto respeté su dolor y silencio y lo abandoné a sus propios pensamientos.

El día siguiente, poco después de amanecer, el barco se puso en marcha. Me hubiera gustado estar en cubierta para presenciar los fascinadores paisajes que debía haber en aquel extraño mundo, y mi precaria situación no me entristecía tanto como pensar que yo, el primer habitante de la Tierra que consiguió navegar por los mares de Venus, hubiera de verme condenado a permanecer en aquel calabozo sin poder ver nada. Pero si había creído que nos iban a dejar en aquella prisión hasta el final del viaje, me equivoqué. Poco después de haberse puesto el barco en marcha nos hicieron subir a todos a cubierta para dedicarnos a diversos trabajos de limpieza.

Cuando salimos al aire libre, la nave estaba cruzando los dos brazos que formaban la entrada del puerto y pude obtener una excelente perspectiva del país adyacente, de la costa que abandonábamos y del ancho océano que se perdía en el horizonte.

Veíanse promontorios pétreos, cubiertos de una vegetación de matices delicados y con pocos árboles, mucho más pequeños que los existentes en el interior del país. Estos árboles ofrecían un aspecto pavoroso a la mirada de un

hombre de la Tierra, con sus potentes troncos y su coloreada fronda que se elevaban a cinco mil pies, para perderse de vista entre las nubes. Pero no me permitieron admirar mucho tiempo una escena tan maravillosa. No se me había ordenado subir para satisfacer mis aficiones estéticas.

A Kamlot y a mí nos hicieron limpiar y pulir cañones. A ambos lados de la nave, había un buen número de ellos, otro en la popa y dos más en el puente de la torrecilla. Me sentí sorprendido al examinarlos, ya que cuando llegamos a bordo no había descubierto rastro alguno de armamento. Pronto se explicó todo. Los cañones estaban montados sobre piezas movibles que desaparecían de la vista y cuando se bajaban, deslizábanse por unas escotillas que los ocultaban.

El diámetro de aquellas piezas tendría unas ocho pulgadas, mientras el orificio apenas era más grueso que mi dedo meñique. Los puntos de mira resultaban ingeniosos y complicados, pero no existía dispositivo de carga y descarga ni abertura alguna, a no ser que estuviera oculta debajo de un aro que recubría la recámara, fuertemente sujeto por medio de remaches. Lo único que descubrí que se asemejase a un dispositivo de descarga fue cierto mecanismo montado en la parte de atrás de la recámara y que parecía una biela de las que se emplean para la rotación en algunos tipos de cañones de la Tierra.

Aquellas armas eran de una largura aproximada de quince pies y tenían en toda su extensión el mismo diámetro. Cuando se ponían en funcionamiento debían destacarse de su posición un tercio de su largura, y de este modo alcanzarían un dominio horizontal más amplio y mayor espacio de maniobra, lo que debía ser de extraordinaria importancia en una nave como aquella de estrecha manga.

—¿Qué disparan estos cañones? —pregunté a Kamlot, que trabajaba a mi lado.

—Rayos-T —repuso.

—¿Difieren mucho esos rayos de los rayos-R que me describiste cuando estuvimos hablando de las pequeñas armas que usaban los thoristas?

—El rayo-R destruye todos los tejidos animales, y no hay materia alguna que resista a los rayos-T. Es muy peligroso funcionar con los rayos-T, porque ni el propio material de que están contruidos estos cañones es invulnerable, y solo pueden emplearse gracias a que su gran fuerza expansiva se extiende a lo largo de la línea de menor resistencia, que en este caso es, naturalmente, el cañón del arma. No obstante, eventualmente, puede destruir el propio cañón.

—¿Cómo se dispara? —inquirí.

Señaló la palanca situada en el extremo de la recámara.

—Dando una vuelta a esto se levanta un obturador que permite la irradiación del elemento 93, el cual ataca la carga consistente en elemento 97 y suelta de este modo el rayo mortífero T.

—¿Y por qué no damos media vuelta a este cañón y barremos la cubierta del barco? —sugerí—. Podríamos aniquilar a los thoristas y recobrar la libertad.

Señaló entonces un pequeño orificio irregular situado en el extremo de la palanca.

—Porque no tenemos la llave que facilita su funcionamiento —repuso.

—¿Y quién tiene esa llave?

—Los oficiales se encargan de custodiar las llaves de los cañones que están bajo su mando —contestó—. En el camarote del capitán hay llaves para todos los cañones y él conserva una llave maestra capaz de abrir cualquiera de ellos. Al menos, este era el sistema que estaba en vigor en la antigua flota de Vepaja y seguramente es el que subsiste hoy entre los thoristas.

—Me gustaría apoderarme de esa llave maestra.

—Y a mí también —asintió—, pero es imposible conseguirlo.

—Nada es imposible.

No contestó, y yo no quise insistir en el asunto, pero me hizo cavilar bastante. Mientras me dedicaba a mi trabajo, me di cuenta de lo silenciosa que era la propulsión de la nave y le pregunté a Kamlot cómo se movía. Me hizo una explicación prolija y técnica. Baste decir que el utilísimo elemento 93 (vik-ro) entra también en funciones en este caso, en forma de una sustancia denominada «lor» que contiene una considerable proporción del elemento yor-san (105). La acción del vik-ro sobre el yor-san da como consecuencia la absoluta descomposición del lor, liberando toda su energía. Si se piensa que hay diez y ocho millones de veces más de energía en la desintegración de una tonelada de carbón que en su combustión, es fácil comprender las maravillosas posibilidades que ofrece tan extraordinario descubrimiento científico. El combustible para hacer funcionar un barco puede llevarse en una vasija de una pinta.

Me di cuenta en el transcurso de la jornada de que navegábamos paralelamente a la línea de la costa, después de haber atravesado una zona del océano en la que no se divisaba terreno alguno. Durante unos días observé que navegábamos viendo la costa. Esto me hizo colegir que en Venus el área de su suelo era proporcionalmente mucho mayor que la de sus mares, pero no tuve ocasión de comprobarlo, ni pude satisfacer mi curiosidad, y en consecuencia no tomé nota alguna en los mapas que me había descrito Danus.

No tardaron en separarme de Kamlot. A él lo destinaron al servicio de la cocina que se hallaba situada en la parte posterior de la cubierta principal, en una caseta de popa. Procuré trabar amistad con Honan, pero no trabajábamos juntos, y por la noche nos sentíamos los dos tan fatigados que conversábamos poco antes de caer dormidos sobre el pavimento de nuestra prisión. No obstante, una noche, recordé la tristeza de Kamlot al rememorar la figura de aquella joven, cuyo nombre ignoraba yo, y que conocí en el jardín. Entonces, le pregunté a Honan quién era Duare.

—Es la esperanza de Vepaja —repuso—, y tal vez la esperanza del mundo entero.

CAPÍTULO IX

SOLDADOS DE LA LIBERTAD

El trato constante produce cierta camaradería, incluso entre enemigos. Según transcurrían los días, el odio y el desprecio que los marinos parecían sentir hacia nosotros cuando llegamos a bordo, se convirtieron casi en una amistosa familiaridad, como si se hubieran dado cuenta de que después de todo no éramos tan malos compañeros. Por mi parte, la verdad es que en aquellas gentes sencillas e ignorantes comenzaba a hallar yo cosas agradables. Resultaba evidente que eran víctimas de unos jefes sin escrúpulos. Aquello era lo peor que podía decirse de ellos. Muchos eran afables y generosos, pero su propia ignorancia les hacía espontáneos en sus reacciones y era fácil exaltar sus emociones por medio de argumentos capciosos que no hubieran hecho mella en mentes cultivadas.

Naturalmente, mi relación se hizo más estrecha con mis compañeros de prisión que con mis guardianes, y pronto cundió entre nosotros la amistad. Estaban maravillados de mis cabellos rubios y de mis ojos azules, y constantemente me preguntaban sobre mi ascendencia. Yo les contestaba sinceramente y entonces crecía su interés y por la noche, después del cotidiano trabajo, me acosaban para que les relatara cosas de aquel mundo misterioso y lejano de donde procedía. A diferencia de las personas cultas de Vepaja, creían todo lo que yo les contaba y así me convertí pronto en un héroe a sus ojos. Hubiera podido ser para ellos un dios, si en sus mentes cupiera la idea de la divinidad.

Por mi parte, yo les interrogaba también y comprobé, sin sorprenderme, que no se sentían felices con su suerte. Se habían dado cuenta de que habían cambiado su libertad y su condición proletaria por una nueva esclavitud, que

no podía disfrazarse por una igualdad nominal.

Entre los prisioneros había tres hacia los que me sentí atraído por sus rasgos personales.

Uno de ellos era Gamfor, hombre tosco, corpulento, que había sido labrador en los tiempos de los jongs. Era extraordinariamente inteligente y si bien había tomado parte en la revolución, criticaba ahora amargamente a los thoristas, aunque me revelaba sus sentimientos en secreto y en voz baja.

Otro era Kiron, el soldado, un tipo bello, de complexión atlética, que había servido en el ejército del Jong, pero se amotinó con los otros en tiempos de la revolución. Estaba castigado por indisciplinarse contra un oficial que antes había sido un modesto empleado del Gobierno.

El tercero había sido esclavo y se llamaba Zog. Lo que le faltaba de inteligencia le sobraba de fortaleza y buen carácter. Había matado a un oficial que le pegó y lo llevaban a Thora para someterlo a juicio y ejecutarlo. Zog mostrábase orgulloso de ser un hombre libre, aunque reconocía que el entusiasmo iba decreciendo, pues aunque teóricamente todos eran libres, se daba cuenta de que había gozado de más libertad cuando era esclavo que ahora que era hombre libre.

—Entonces —afirmaba— tenía un amo. Ahora tengo tantos amos como oficiales del ejército, espías y soldados hay en Thora. Ellos no se preocupan de mí, mientras mi antiguo amo se mostraba afable y se preocupaba de mi existencia.

—¿Te gustaría ser libre de veras? —le pregunté, movido por un plan que se había ido incubando poco a poco en mi mente. Pero con gran sorpresa mía me contestó:

—No, preferiría ser esclavo.

—Pero te agradaría escoger tú mismo tu amo, ¿verdad? —insistí.

—Desde luego —repuso—, si encontrara alguien que se mostrara afable conmigo y me protegiera contra los thoristas.

—¿Y te agradaría escapar de ellos ahora?

—Naturalmente. ¿Pero por qué lo dices? No puedo huir.

—Sin ayuda, desde luego que no —asentí—, pero si se te unieran otros, ¿te decidirías a intentarlo?

—¿Por qué no? Me llevan a Thora para matarme. Mi suerte no ha de ser peor haga lo que haga. Pero ¿por qué me haces todas estas preguntas?

—Si consiguiéramos que se nos unieran bastantes, no sé por qué no

íbamos a poder recobrar la libertad —le dije—. Cuando te veas libre, podrás mantenerte en libertad o escoger el amo que prefieras.

Lo miré detenidamente para ver cómo reaccionaba.

—¿Pretendes que estalle otra revolución? —me preguntó—. Fracasaría. Otros la han intentado y fracasaron.

—No una revolución precisamente. Solo un levantamiento para recobrar la libertad —aclaré. Zog se mostraba curioso.

—Pero ¿cómo?

—No sería difícil que unos cuantos hombres se apoderaran del barco —sugerí—. La disciplina está relajada y la guardia, de noche, es muy exigua. Si a los centinelas se les sorprendiera, no ofrecerían mucha resistencia.

Los ojos de Zog brillaron.

—Si triunfásemos, muchos de la tripulación se nos unirían —dijo—. Pocos son los que se sienten felices y la mayoría odia a la oficialidad. Estoy seguro de que los prisioneros se incorporarían a nosotros como un solo hombre. Pero debes tener cuidado con los espías porque andan por todas partes. Ese es el mayor peligro que corres. Estoy seguro de que entre los prisioneros hay por lo menos un espía.

—¿Qué opinas de Gamfor? —le pregunté—. ¿Te parece de confianza?

—Puedes confiar en Gamfor —aseguró Zog—. Aunque habla poco, leo en sus ojos que odia a los oficiales.

—¿Y Kiron?

—Excelente —exclamó—. Desprecia a esa gente y no se preocupa de que lo sepan. Por eso está en el calabozo. No es su único delito y corren rumores de que piensan ejecutarlo. Está acusado de alta traición.

—Yo creí que solo había contestado mal a un oficial negándose a obedecerle —dije.

—Eso es alta traición, si quieren deshacerse de él... Puedes tener confianza en Kiron.

¿Quieres que le hable del asunto?

—No —le advertí—. Le hablaré yo, igual que a Gamfor. Así, si fracasamos antes de la rebelión, o algún espía averigua nuestro complot, tú no te verás complicado.

—Poco me importa eso —exclamó—. Solo me pueden matar por un delito y lo mismo me da que sea por uno como por otro.

—No obstante, les hablaré y, si resuelven a unirse a nosotros, ya decidiremos juntos el medio de aumentar el número.

Zog y yo habíamos estado trabajando juntos en la limpieza de la cubierta, y hasta que llegó la noche no tuve ocasión de hablar con Gamfor y Kiron. Los dos se mostraron entusiasmados con el plan, pero ninguno tenía fe en su éxito. A pesar de ello, los dos me ofrecieron su ayuda. Entonces fuimos a buscar a Zog, y los cuatro cambiamos impresiones hasta media noche. Nos habíamos apartado a un rincón del calabozo y hablamos susurrando y con las cabezas juntas.

Destinamos los días siguientes a conquistar adeptos, labor delicada, ya que todos me aseguraban que entre nosotros había un espía. Cada candidato era objeto de hábiles sondeos, utilizando medios distintos, encargándose Gamfor y Kiron de tal misión. Yo fui eliminado de estas gestiones, pues ignoraba sus ambiciones, sus esperanzas y sus rencores, y, desde luego, su psicología. También Zog quedó al margen, por exigir esa misión mayor grado de inteligencia que la suya.

Gamfor avisó a Kiron que no revelase el plan a ningún prisionero que confesara con demasiado descaro su odio hacia los thoristas.

—Esa es una artimaña que adoptan los espías para evitar todo recelo de traición y para tentar a los otros a confesar su apostasía.

—Escoged a quienes hayan sufrido verdaderos agravios y se muestren muy reservados —aconsejé.

Sabía yo muy poca cosa del manejo del barco, si conseguíamos capturarlo, y traté de ello con Gamfor y Kiron. Sus explicaciones me sirvieron de orientación, aunque no fueron todo lo detalladas que yo hubiera deseado.

Los amtorianos habían concebido una brújula similar a la nuestra. Según me contó Kiron, señalaba siempre hacia el centro de Amtor, es decir, hacia el centro de la mítica zona circular que lleva por nombre Strabol, o Tierra Caliente. Esta afirmación me daba a entender que nos hallábamos en el hemisferio sur del planeta. La aguja de la brújula tenía dirección Norte, hacia el polo magnético Norte. Como no existe Sol, Luna ni estrellas, la navegación tiene que orientarse a ciegas. Debido a esto han perfeccionado instrumentos de extrema precisión, que localizan la costa a gran distancia, determinando esta con justeza, así como su dirección. Cuentan además con otros instrumentos para determinar la velocidad, longitud de millas y rumbo, y del mismo modo la profundidad. También recogen los sonidos en un radio de una milla.

En todos los instrumentos de medición de distancias utilizan la radioactividad de los núcleos de varios elementos. El rayo gamma, al que ellos dan, desde luego, otro nombre, es invulnerable contra las fuerzas magnéticas

más intensas y resulta, naturalmente, el medio ideal para este fin. Se mueve en línea recta y a una velocidad uniforme, hasta que encuentra un obstáculo, ante el que, aunque no interrumpe su expansión, la retarda y el instrumento se encarga de recoger este retraso y la distancia a que ocurrió. El instrumento capta la distancia que media entre el barco y el fondo del océano, donde los rayos encuentran resistencia. Trazando un triángulo rectángulo en el que está representada esta distancia por la hipotenusa, es fácil calcular tanto la profundidad del océano como la distancia desde el barco, ya que se dispone de un triángulo del que se conoce un lado y los tres ángulos.

Debido a lo defectuoso de los mapas, el valor de estos instrumentos queda muy reducido, pues sean cuales sean las rutas marcadas, salvo hacia el Norte, si las naves avanzan en línea recta siempre se acercan a las regiones antárticas. Saben que existe suelo firme delante, pero nunca identifican el país excepto cuando se trata de una travesía corta y ya conocida. Por eso, viajes que debían ser cortos se alargan de un modo considerable. Otra consecuencia es que el radio de la navegación de Amtor está muy reducido.

Llego a pensar que existen áreas enormes en la zona templada del Sur que nunca han visitado ni los pobladores de Vepaja ni los de Thora, y del hemisferio Norte no tienen ni idea siquiera. En el mapa que me mostró Danus había áreas extensísimas en las que solo aparecía la palabra «joram», océano.

Debido a esto precisamente tenía yo confianza en poder conducir la nave por lo menos con la misma destreza que sus oficiales y en esto coincidía Kiron.

—Al menos conocemos en líneas generales cuál es el camino de Thora —arguyó—. Así, pues, podríamos navegar en dirección contraria.

Según iba madurando nuestro plan, se iba perfilando más y más su viabilidad. Veinte prisioneros estaban ya confabulados con nosotros. Cinco de ellos eran de Vepaja. Organizamos el grupo utilizando consignas secretas que se cambiaban diariamente, signos y una clave sencilla, recuerdo de mis días escolares. Adoptamos asimismo una denominación. Nos llamábamos Soldados de la Libertad. A mí me designaron «vookor», o sea capitán. Gamfor, Kiron, Zog y Honan eran los principales lugartenientes. Yo dispuse que Kamlot sería el segundo de a bordo, caso de que consiguiéramos adueñarnos de la nave.

El plan estaba trazado con todos los detalles y pormenores. Cada hombre sabía exactamente cuál era su misión. Unos tenían que reducir al silencio a los centinelas y otros tenían que infiltrarse en los camarotes de los oficiales para apoderarse de las llaves y armas. Luego teníamos que enfrentarnos con la tripulación y hacer un llamamiento general a los que se nos quisieran incorporar. En cuanto a los otros... Bueno, se me presentaba un problema. Casi unánimemente, todos los Soldados de la Libertad deseaban aniquilar en

masa a los que no se unieran a nosotros, y verdaderamente no había otra alternativa, pero confié que, al fin, quizá podría hallar otra solución más humanitaria.

Había un individuo entre los presos que despertaba el recelo de todos nosotros. Era muy rudo, pero no era esto lo que nos hacía desconfiar, sino que se mostraba demasiado atrevido en censurar a los thoristas. Lo vigilamos estrechamente evitando su trato lo más posible, y todos los de la banda estaban prevenidos contra él. Gamfor fue el primero en juzgarle sospechoso. Se llamaba Anos y constantemente buscaba el trato de los confabulados, trabando con ellos conversaciones que casi siempre se referían al mismo asunto: los thoristas y el odio que les tenía. Siempre estaba preguntando a unos cosas de los otros e insinuaba que algunos debían ser espías, pero como todos estábamos apercebidos, sabíamos guardarnos. Podía abrigar tantas sospechas como quisiese. Mientras no pudiera presentar pruebas contra nosotros, no podría hacernos daño.

Un día, vino a verme Kiron, evidentemente muy excitado.

Era al atardecer y ya nos habían traído la cena: pescado frío y un pan duro y negruzco.

—Tengo noticias, Carson —susurró.

—Vamos a un rincón y cenaremos juntos —le propuse.

Allí nos dirigimos, riendo y hablando con naturalidad de los incidentes de la jornada. Cuando nos habíamos sentado en el suelo y nos disponíamos a cenar, se nos acercó Zog.

—Siéntate aquí, Zog —le dijo Kiron—. Tengo que decir algo que solo los Soldados de la Libertad pueden oír.

No dijo Soldados de la Libertad, sino «kung, kung, kung». Eran las iniciales del grupo en lenguaje amtoriano. Kung es el signo gráfico que representa el sonido «K» y cuando traduje las iniciales, no pude evitar la sonrisa al observar la coincidencia con el nombre de una célebre sociedad secreta norteamericana.

—Mientras yo hablo —nos advirtió Kiron—, vosotros debéis reír a menudo, como si os estuviera contando una anécdota graciosa. Así nadie sospechará... Hoy he estado trabajando en la armería del barco, en la limpieza de pistolas. El soldado que me vigilaba es un antiguo amigo mío. Servimos juntos en el ejército del Jong y me quiere como a un hermano. Estuvimos hablando de otros tiempos, de cuando luchábamos bajo la bandera del Jong y comparamos aquellos días con los actuales. Especialmente, comparábamos los oficiales del viejo régimen con los de hoy. Mi amigo, igual que yo y que todos

los antiguos soldados, detesta a los oficiales. Por esto pasamos juntos un buen rato. De pronto, me preguntó: «¿Qué hay de ese rumor que corre sobre una rebelión de los prisioneros?». Casi di un brinco, pero me contuve sin dejar traslucir emoción alguna. Hay veces en que uno no puede fiarse ni de un hermano. «¿Qué has oído decir?», le pregunté. «Oí como hablaban dos oficiales», me contó, «y uno de ellos decía que cierto individuo llamado Anos había informado al capitán de lo que ocurría y que el capitán le dijo que obtuviera los nombres de los prisioneros que juzgaba comprometidos en la conspiración y los planes que tenían, si le era posible conseguirlo». «¿Y qué dijo Anos?», pregunté a mi amigo. «Contestó que si el capitán le proporcionaba una botella de vino, creía poder conseguir emborrachar a uno de los conspiradores y sonsacarle todos los detalles de la trama». Mi amigo me miró fijamente y luego dijo: «Kiron, somos más que hermanos. Si puedo ayudarte, no tienes más que pedírmelo». Yo sabía que hablaba sinceramente y, comprendiendo lo cerca que estábamos de vernos descubiertos, decidí mostrarme franco con él y solicitar su cooperación. Así lo hice. Espero que no juzgarás equivocada mi táctica, Karson.

—De ninguna manera —le tranquilicé—. Nos hemos visto obligados a revelar nuestros planes a otros a quienes conocíamos menos, y en los que podíamos confiar también menos. ¿Qué contestó tu amigo al revelarle la verdad?

—Me dijo que nos ayudaría y que cuando diéramos el golpe se uniría a nosotros. Me prometió también que muchos otros harían como él... Pero lo más importante de todo fue que me proporcionó una llave de la armería.

—¡Magnífico! —exclamé—. Ahora ya nada puede aplazar nuestra rebelión.

—¿Esta noche? —preguntó Zog con ansiedad.

—Esta noche —repuse—. Comunica la palabra de consigna a Gamfor y a Honan, y los cuatro encargaos de transmitirla a todos los Soldados de la Libertad. Nos echamos a reír ruidosamente, como si uno de nosotros acabase de contar un chiste graciosísimo, y entonces Kiron y Zog se marcharon para comunicar a Gamfor y Honan nuestro plan.

Pero en Venus, como en la Tierra, los planes mejor preparados pueden convertirse en agua de borrajas. Todas las noches, desde que comenzamos a navegar, partiendo del puerto de Vepaja, habían dejado la escotilla abierta para aminorar los pésimos olores de nuestro calabozo y favorecer la ventilación. Un solo centinela patrullaba por allí para evitar que alguno de nosotros saliera. Pero aquella noche la escotilla permaneció cerrada.

—Esto es el resultado de la delación de Anos —gruñó Kiron.

—Tendremos que dar el golpe de día —susurré—, pero esta noche no podremos hacer circular la consigna. Está tan oscuro abajo que podría descubrirnos alguno que no pertenezca a la banda.

—Entonces, mañana —dijo Kiron.

Tardé mucho en dormirme aquella noche. Mi mente estaba conturbada por mil temores sobre la suerte de nuestro plan. No cabía duda de que el capitán abrigaba sospechas y aunque no conocía en detalle lo que se tramaba, sospechaba que algo ocurría, por lo que había decidido adoptar medidas de seguridad.

Durante las horas que permanecí en vela ultimé los detalles del plan que habíamos de llevar a la práctica la mañana siguiente. De pronto, sentí que alguien se movía en la estancia y de vez en cuando escuché cuchicheos.

Comencé a cavilar sobre quién sería y de qué podría tratarse. Recordé la botella de vino que Anos debía de tener ya en su poder y paso por mi mente la idea de que acaso estuviese invitando a alguien. Finalmente escuché un rumor ahogado, luego otro semejante a un suspiro y, por último, reinó de nuevo el silencio en la estancia.

—Alguien debía de tener una pesadilla —me dije, y me dormí.

Llegó al fin la mañana y se abrió la escotilla permitiendo que una leve claridad alumbrara nuestra prisión. Un marinero se presentó con un cesto que contenía nuestro frugal desayuno, y lo rodeamos. Cada uno cogió su ración y nos apartamos para desayunar. De pronto, oyóse un grito en el otro extremo del calabozo.

—¿Qué es esto? —exclamó alguien—. ¡Anos ha sido asesinado!

CAPÍTULO X

EL MOTÍN

Sí, Anos había sido asesinado y se produjo un gran alboroto y un enorme griterío. Más alboroto y más griterío, a mi modo de ver, de lo que lógicamente debía ocasionar la muerte de un simple prisionero. Los oficiales y los soldados irrumpieron en el calabozo. Encontraron a Anos tendido boca arriba con una botella de vino al lado. En su garganta observábase las huellas de unos dedos vigorosos. Había perecido estrangulado.

Se nos llevó prestamente a cubierta y se nos sometió a un registro por orden del capitán para ver si llevábamos armas. El propio capitán de la nave

dirigía la investigación y se mostraba enfurecido y excitado, y, según me pareció, manifiestamente atemorizado. Nos interrogó a cada uno y cuando me llegó el turno, no le dije lo que había oído durante la noche, manifestando que había dormido todo el tiempo en uno de los rincones del calabozo, al otro extremo de donde fue hallado el cuerpo de Anos.

—¿Tratabas al hombre asesinado? —me preguntó.

—Igual que le trataban los demás —repuse.

—Pero tú habías trabado estrecha amistad con algunos de los encarcelados —me hizo observar, receloso—. ¿Hablabas con ese hombre?

—Sí, me habló en varias ocasiones.

—¿De qué? —insistió el capitán.

—Principalmente me hablaba de sus resentimientos con los thoristas.

—¡Pero si él era thorista! —exclamó el capitán.

Comprendí que estaba tratando de averiguar si abrigaba yo alguna sospecha sobre las maquinaciones de Anos pero no fue lo suficientemente hábil para salir airoso.

—Pues nunca lo hubiera creído, si he de hacer caso de sus palabras —repuse—. Si era thorista resultaba traidor a su patria, ya que no hacía más que insistir en que me incorporase a cierta confabulación para apoderarse del barco y asesinar a la oficialidad. Creo que hizo la misma proposición a otros muchos.

Hablaba yo lo suficientemente alto para que me oyeran todos, ya que quería que los Soldados de la Libertad siguieran mi ejemplo. Si algunos de nosotros contaban lo mismo, tal vez quedarán los oficiales persuadidos de que la conspiración no pasaba de una trama que ideó el muerto para captarse simpatías y obtener recompensas de sus superiores. Esta táctica no era nueva entre los espías...

—¿Y consiguió convencer a alguno de los prisioneros? —preguntó el capitán.

—Me parece que no... Todos se burlaban de él.

—¿Tienes idea de quién ha podido asesinarlo?

—Probablemente algún patriota indignado por su felonía.

Procedió a interrogar a otros en términos parecidos, y me satisfizo ver que todos contestaban lo mismo. El traidor los había acosado con sus perfidias, pero los Soldados de la Libertad rechazaron virtualmente sus propuestas. Zog afirmó que no había hablado nunca con él, lo que me pareció cierto.

Cuando el capitán hubo acabado su interrogatorio, estaba más lejos de la verdad que cuando comenzó las pesquisas y creo que se alejó bien convencido de que en la denuncia de Anos no había nada de cierto.

Estuve bastante preocupado mientras se llevaba a cabo el registro por temor de que hallaran la llave de la armería encima de Kiron, pero no fue así y más tarde me enteré de que se la había escondido entre el cabello, la noche anterior, como precaución ante una eventualidad como la que estaba ocurriendo.

El día amtoriano tiene 26 horas, 56 minutos, 4 segundos del sistema terrestre, que los amtorianos dividen en veinte períodos iguales llamados «te», denominación que, para mayor claridad, traduciré utilizando el equivalente más idóneo: la hora, aunque esta se halla formada de 80 895 minutos. Se daban las horas a bordo por medio de una trompeta y se empleaba distinta tonalidad musical en cada hora del día. La primera hora, o sea la una, coincidía con la presunta salida del sol. A tal hora se obligaba a los prisioneros a levantarse y se les daba el desayuno. Cuarenta minutos después tenían que comenzar a trabajar y la jornada duraba hasta las diez, con un breve intervalo de descanso para almorzar a mediodía. A veces se nos permitía cesar en el trabajo a las nueve, y hasta a las ocho, a capricho de nuestros amos.

Aquel día se reunieron los Soldados de la Libertad durante el período de descanso del mediodía y como yo estaba dispuesto a una acción inmediata, hice correr la voz de que daríamos el golpe por la tarde, en el momento en que el trompeteo diera las siete. Como muchos de nosotros trabajábamos en la popa, cerca de la armería, nos preparamos para irrumpir en ella, encargándose Kiron de abrirla, caso de que estuviera cerrada. Otros habían de atacar a los soldados que se hallasen más cerca utilizando cualquier objeto que pudiera servirles de arma, o con los puños si no disponían de ninguno, arrebatándoles los sables y las pistolas. Cinco de nosotros teníamos que habérmolas con los oficiales. La mitad de nosotros debíamos lanzar constantemente el grito de guerra: «¡Por la libertad!», y la otra mitad se encargaría de arengar a los demás prisioneros y soldados para que se nos unieran.

Era un plan insensato en el que solo mentes desesperadas podían depositar confianza.

Se escogió las siete de la tarde porque a esta hora los oficiales estaban casi todos ellos congregados en la sala de guardia donde se les servía un ligero refrigerio. Hubiéramos preferido dar el golpe por la noche, pero temíamos que continuara la medida de encerrarnos abajo y nuestra experiencia con Anos nos había enseñado que pudiera descubrir nuestra conspiración cualquier otro espía. Por esto no quisimos esperar más.

Tengo que confesar que mi excitación crecía por momentos, a medida que

se iba acercando la hora. De vez en cuando, observaba a los otros partícipes de nuestra pequeña banda y en algunos de ellos también noté señales de excitación, mientras otros proseguían su trabajo con tanta normalidad como si no hubiera de ocurrir nada anómalo. Zog era uno de estos últimos. Trabajaba cerca de mí y nunca dirigía la mirada hacía el puente en que se hallaba la torrecilla, desde la que pronto sonaría la trompeta con sus notas fatales. Yo, en cambio, no podía apartar la mirada de allí. Nadie hubiera podido pensar que Zog estaba dispuesto a atacar a aquel soldado que rondaba cerca de él ni que la noche anterior había matado a un hombre. Estaba tarareando una canción mientras trabajaba.

Gamfor y, afortunadamente, también Kiron, estaban trabajando en la popa, barriendo la cubierta. Vi como Kiron procuraba acercarse cada vez más a la puerta de la armería. ¡Cuánto me hubiera gustado que Kamlot se hallase entre nosotros en aquel momento crucial! Podía haber sido un elemento valiosísimo para asegurar el éxito de nuestro golpe de mano, y, en cambio, ni siquiera sabía que tramábamos el ataque y que estaba a punto de recobrar la libertad.

Al mirar a mi alrededor, mis ojos tropezaron con los de Zog que, muy serio, me guiñó el ojo izquierdo. Con ello me indicaba que estaba preparado. Aunque aquel signo era en sí tan poca cosa, me prestó alientos. Durante la media hora última me había sentido muy solo.

Se aproximaba el momento crítico. Me acerqué más a mi guardián, de tal modo que me situé precisamente enfrente de él y de espaldas. Estaba yo bien seguro de lo que iba a hacer y confiaba en el éxito. Poco podía pensar aquel hombre que, al cabo de un minuto, acaso de unos segundos, quedaría tendido en cubierta como una masa inerte o que el prisionero a quien estaba vigilando llevaría su sable, su daga y su pistola, en el momento en que el toque de las siete vibrase suavemente entre las ondas tranquilas del mar amtoriano.

En aquel instante, estaba yo de espaldas a las casetas de cubierta y no pude ver al trompetero salir de la torrecilla para dar la hora, pero sabía perfectamente que no tardaría mucho en destacarse su silueta en el puente. Sin embargo, cuando sonó la primera nota me sobresaltó tanto como si no la esperara. Presumo que sería a causa de la tensión nerviosa de los últimos momentos.

De todos modos, mi nerviosidad era puramente mental y no afectó en lo más mínimo a mis reacciones físicas. Cuando repercutió suavemente la primera nota en mis oídos, giré sobre mis talones y blandí el puño que fue a incrustarse en la mejilla de mi confiado guardián. Fue un golpe de los que se llaman de leñador. El guardián se desplomó y mientras yo me inclinaba sobre su cuerpo para apoderarme de sus armas, surgió el estruendo en cubierta. Los alaridos, maldiciones y gemidos, se mezclaban confusamente y en medio de

todo destacaba el grito de guerra de los Soldados de la Libertad. Mi banda había dado el golpe, y lo había dado bien.

Escuché por vez primera el estridente silbido de las armas de fuego amtorianas. ¿Habéis visto funcionar un aparato de rayos-X? Pues era algo parecido, pero mucho más agudo y siniestro. Arranqué del cinturón de mi abatido guardián el sable y la pistola, sin tiempo para quitarle la correa. Ahora tenía que enfrentarme con la escena que tanto esperaba. Vi como el vigoroso Zog arrebatava el armamento a un soldado y luego levantaba su cuerpo en vilo y lo arrojaba por la borda. Evidentemente, Zog no tenía tiempo para hacer prosélitos.

Ante la puerta de la armería se desarrollaba una batalla. Algunos de los nuestros querían entrar y unos soldados disparaban contra ellos. Corrí hacia allí. Un soldado me cortó el paso y escuché el silbido de los mortíferos rayos que debieron de pasar muy cerca de mí. Tenía que estar muy nervioso o era un mal tirador, pues no me acertó. Le apunté con mi arma y apreté el botón. El soldado se desplomó sobre la cubierta con un orificio en el pecho y yo seguí corriendo. La lucha se desarrollaba ante la puerta de la armería, cuerpo a cuerpo, con sables, dagas y puños. Los componentes de ambos bandos estaban tan mezclados que nadie se atrevía a utilizar las armas de fuego, por temor de herir a un camarada.

Me lancé en medio de aquella vorágine. Me puse la pistola en el cinto y agredí con el sable a un individuo de aspecto brutal que se disponía a acuchillar a Honan. Luego agarré a otro por el pelo y lo arrastré apartándolo de la puerta y llamé a Honan para que acabara con él. Yo no tenía tiempo para clavar y desclavar el sable. Lo que deseaba era penetrar en la armería a fin de ponerme al lado de Kiron y auxiliarlo. Oía como mis hombres proferían incesantemente nuestro grito de guerra «¡Por la libertad!» y arengaban a los soldados para que se unieran a nosotros. Tenía la impresión de que todos los prisioneros lo habían hecho ya. Otro soldado interceptó mi paso. Pero estaba de espaldas. Me disponía a agarrarlo pata entregárselo a Honan o a sus compañeros, cuando le vi hundir la daga en el cuerpo de otro soldado a la vez que gritaba: «¡Por la libertad!». Al menos habíamos conseguido un converso. Aunque en aquellos momentos yo no lo sabía, la verdad era que muchos se nos habían unido ya. Cuando conseguí entrar, al fin, en la armería, encontré a Kiron que estaba distribuyendo armas tan deprisa como podía. Muchos de los amotinados se encaramaban a las ventanas de la estancia, a fin de obtener armas, y Kiron les entregaba sables y pistolas para que se encargasen de distribuirlos en cubierta.

Al comprobar que allí todo se desarrollaba perfectamente, reuní un grupo de hombres y me precipité hacia la escalerilla para subir a la cubierta principal, desde la que los oficiales disparaban contra los amotinados y cabría

también decir que contra su propia gente. Este proceder despiadado y estúpido fue una de las causas que decidió a muchos a unirse a nosotros. Casi el primero de nuestro grupo que encontré arriba fue Kamlot. Llevaba el sable en una mano y la pistola en la otra, y en aquel momento estaba disparando contra un grupo de oficiales que intentaban llegar a la cubierta del centro para ponerse al frente de sus soldados leales.

Me dio un vuelco el corazón al ver de nuevo a mi amigo, y mientras corría a su lado y abría fuego contra los oficiales, me dedicó una rápida sonrisa de bienvenida.

Tres de los cinco oficiales que se enfrentaban con nosotros habían caído ya y los dos restantes se lanzaron a la escalerilla para subir al puente de mando. Detrás de nosotros se agolpaban más de veinte amotinados ansiosos de alcanzar aquel puente en el que los oficiales supervivientes se habían congregado en busca de refugio. Los amotinados que se precipitaban hacia aquel lugar crecían por momentos. Kamlot y yo tratamos de abrirnos paso, pero cuando estábamos al pie de la escalerilla, el turbión humano se desbordó y se lanzó furioso contra los oficiales.

Carecían de todo control y como eran pocos los genuinos componentes de la banda de los Soldados de la Libertad, los más desconocían quien era su jefe, lo que dio como resultado que cada uno obrara por cuenta propia. Yo hubiera deseado proteger a los oficiales y tal era mi intención, pero fue inútil pretender evitar la orgía de sangre y la desproporcionada pérdida de vidas humanas.

Los oficiales se defendían como fieras, de espaldas a la pared, e hicieron una gran matanza entre los rebeldes, pero fueron al fin dominados por la superioridad numérica. Cada soldado y cada marino parecían tener un resentimiento particular con alguno de los oficiales o con todos ellos, y dominados por una furia salvaje asaltaron una y otra vez el último reducto, que era la torrecilla ovalada del puente de mando. Cuando un oficial caía herido o muerto, era arrojado por la baranda a la cubierta, donde aguardaban voluntarios para arrastrarlo hasta la borda y arrojarlo al mar. Por fin consiguieron los amotinados asaltar la torrecilla, desde la que, después de acuchillarlos, arrojaron a los restantes oficiales a la cubierta principal o a la de más abajo, en la que esperaba una multitud aterradora y ululante.

El capitán fue el último que arrancaron del refugio. Lo hallaron escondido en un armario de su camarote. Su presencia provocó un clamor de odios y de furia como nunca creí poder escuchar. Kamlot y yo estábamos cerca, presenciando, sin poder impedirlo, aquel último holocausto de rencores. Vimos como destrozaban materialmente al capitán y lo arrojaban al mar.

Con aquella muerte acabó la batalla. El barco estaba en nuestro poder. Mi plan había triunfado, pero, de pronto, surgió en mi mente la idea de que había

echado sobre mí la responsabilidad del poder y que acaso no conseguiría imponerme. Apreté el brazo de Kamlot.

—Sígueme —le dije encaminándome hacia la cubierta central.

—¿Cómo va a acabar todo esto? —preguntó Kamlot mientras nos abríamos paso entre los excitados rebeldes.

—En mi plan contaba con el motín, pero no con esta matanza —repuse—. Ahora hemos de intentar imponer el orden.

Mientras me dirigía a la cubierta central, procuré ir recogiendo el mayor número de auténticos adheridos a la banda de los Soldados de la Libertad, y cuando llegué, al fin, a donde deseaba, los reuní a mi alrededor. Entre los amotinados descubrí al trompetero que había señalado, sin darse cuenta de ello, la hora de nuestra rebelión y le ordené que diera la señal con la trompeta para que todo el mundo se reuniera en la cubierta central. No sabía yo si obedecerían o no la orden, pero es tan fuerte el hábito de la disciplina entre los hombres acostumbrados a ella que tan pronto escucharon la llamada comenzaron a concentrarse en aquel lugar de la nave, irrumpiendo de todas partes.

Me encaramé a uno de los cañones y rodeado de mi fiel banda, anuncié que los Soldados de la Libertad se habían adueñado de la nave y que los que quisieran seguirnos habían de obedecer al vookor de la banda. Los otros serían desembarcados.

—¿Quién es el vookor? —preguntó un soldado al que reconocí como uno de los más crueles en el ataque a los oficiales.

—Yo —repuse.

—El vookor debe ser uno de nosotros —protestó.

—Carson fue el que planeó el levantamiento y lo llevó a buen fin —gritó Kiron—. Carson es nuestro vookor.

De las gargantas de mis incondicionales y un centenar de nuevos reclutas surgió un clamor de aprobación, pero muchos otros guardaron silencio o se pusieron a hablar en voz baja con los que estaban a su lado. Entre estos últimos se hallaba Kodj, el soldado que había hecho objeciones a mi jefatura, y comprendí que se estaba incubando una facción.

—Es necesario que todo el mundo vuelva a su puesto. El barco ha de seguir navegando y poco importa el que lo mande. Si hay algún problema sobre quién ha de ser el capitán, ya lo resolveremos después. Mientras tanto, yo soy el que ordena aquí. Kamlot, Gamfor, Kiron, Zog y Honan son mis lugartenientes y conmigo se encargarán del mando de la nave. Todas las armas deben ser inmediatamente entregadas a Kiron, en la armería, excepto las de los

que, por estar encargados de la vigilancia, deban llevarlas.

—¡A mí nadie me desarma! —vociferó Kodj—. Tengo tanto derecho como cualquiera a llevar armas. Aquí todos somos hombres libres y yo no recibo órdenes de nadie. Zog, que se había ido acercando mientras hablaba, le agarró por la garganta con una de sus manazas y con la otra le arrancó el cinturón.

—Tú acatas las órdenes del nuevo vookor o te tiro de cabeza al mar —gritó mientras le despojaba de su armamento y se lo entregaba a Kiron.

Reinó un breve silencio y la situación se hizo tensa, casi amenazadora. De pronto, uno soltó una carcajada y gritó:

—A mí no me hace gracia la idea de que me desarmen... como a Kodj.

Aquella salida produjo la hilaridad general y comprendí que, al menos por el momento, el peligro había pasado. Adivinando Kiron que el instante era propicio, ordenó a todos que bajasen a la armería a depositar sus armas, y los primitivos componentes de la banda que habían sobrevivido, se encargaron de escoltarlos.

Una hora antes de amanecer, el orden y la rutina de a bordo parecían restablecidos, Kamlot, Gamfor y yo nos reunimos en el cuarto de derrota de la torrecilla. El otro barco se veía algo alejado y nos pusimos a discutir los medios que podíamos poner en práctica para capturarlo sin derramamiento de sangre y rescatar a Duare y otros vepajanos prisioneros. Esta idea nació en mi mente desde que empecé a concebir el plan de adueñarnos de nuestra nave y fue lo primero que ansió Kamlot después que conseguimos aquietar a la gente de a bordo y restablecer el orden, pero Gamfor se mostraba francamente escéptico sobre la viabilidad del proyecto.

—A la gente de a bordo no le interesa la suerte de los vepajanos —nos recordó— y no les hará gracia la idea de exponer la vida y arriesgar la libertad que acaban de conseguir en una aventura que no significa nada para ellos.

—¿Tú qué opinas, personalmente? —le pregunté.

—Yo estoy dispuesto a obedecer —repuso— y haré todo lo que me ordenes. Pero yo soy solo uno y tienes que consultar la opinión de doscientos hombres.

—Así debe ser —intervino Kamlot con tono aliviado.

—Informad a los demás oficiales que atacaremos al «Sovong» al amanecer —les instruí.

—Pero no podemos disparar contra el barco sin que corra peligro la vida de Duare —objetó Kamlot, alarmado.

—Pienso abordarlo —repliqué—. A esa hora solo estarán despiertos los

centinelas. En algunas ocasiones, se han acercado los dos barcos con el mar en calma, y por eso no despertará recelo que nos aproximemos ahora. El equipo de abordaje lo formarán cien hombres, y permaneceremos reunidos hasta que se dé a bordo la orden, en el momento en que las dos naves se hallen juntas. A esa hora de la mañana suele estar tranquilo el mar, pero si mañana no hubiera buena mar, habremos de aplazar el golpe para otro día.

—Da órdenes terminantes para que no haya matanzas inútiles. No debe matarse a nadie salvo si se resiste. Transportaremos al «Sofal» todas las armas pequeñas del «Sovong» y la mayor parte de sus provisiones, así como los prisioneros que lleva.

—¿Y qué te propones hacer cuando hayas conseguido tu propósito? —preguntó Gamfor.

—De eso iba a hablar, pero primero quiero cerciorarme del estado de ánimo de los hombres que llevamos a bordo. Tú y Kamlot os encargaréis de comunicar a los otros oficiales mi plan. Luego convocad a los Soldados de la Libertad y explicadles cuáles son mis intenciones. Una vez hecho esto, decidles que propaguen el proyecto entre el resto de la tripulación, comunicándoos los nombres de aquellos que no lo reciban de buen grado. Serán transportados más tarde al «Sovong», con otros que decidiremos a última hora. A las once, la gente debe de estar congregada en la cubierta principal y entonces les explicaré a todos mi plan, al detalle.

Cuando Kamlot y Gamfor se hubieron marchado para cumplir mis órdenes, yo volví al cuarto de derrota. El «Sofal» había aumentado su velocidad y alcanzaba progresivamente al «Sovong», pero no de modo que sugiriese la sospecha de una persecución. Estaba yo seguro de que en el «Sovong» ignoraban lo que había ocurrido en nuestro barco, ya que los amtorianos, al menos que yo supiera, desconocían el uso de la radiocomunicación y los oficiales del «Sofal» no tuvieron tiempo para dar la señal de alarma a sus compañeros del «Sovong», tan súbito fue el estallido de la rebelión.

A medida que se iban acercando las once empecé a observar grupitos de hombres que se congregaban en distintos lugares de la nave, discutiendo, evidentemente, las instrucciones que habían hecho circular entre ellos los Soldados de la Libertad. Uno de los grupos, bastante más numeroso que los otros, estaba capitaneado por Kodj, que les arengaba vociferando. Desde el principio, se había puesto de manifiesto que aquel individuo era un revoltoso, aunque yo desconocía cuál sería su influencia en la tripulación. De todos modos, estaba convencido de que la emplearía contra mí y había adoptado la decisión de deshacerme de él tan pronto hubiéramos apresado el «Sovong».

La gente se congregó prestamente cuando la trompeta dio la hora y yo bajé por la escalerilla a fin de dirigirles la palabra. Me quedé en uno de los últimos

peldaños, donde todos podían verme, dominándolos desde allí. La mayoría mostrábase quietos y atentos, pero había un pequeño grupo en el que se murmuraba. Kodj estaba en el centro de aquel grupo.

—Al romper el alba iremos al abordaje y apresaremos al «Sovong» —dije—. Recibiréis las órdenes de vuestros oficiales inmediatos, pero quiero hacer resaltar una en particular. Ha de evitarse toda matanza inútil. Después que hayamos apresado el barco, transportaremos al «Sofal» todas las provisiones, armas y prisioneros que juzguemos necesarios. Al mismo tiempo, llevaremos al «Sovong» todos aquellos de vosotros que no queráis permanecer en este barco bajo mi mando, y aquellos que yo, personalmente, no quiero que se queden entre nosotros.

Y al decir esto, miré fijamente a Kodj y al grupo de descontentos que le rodeaban.

—Ya explicaré oportunamente cuáles son mis ideas para el porvenir, para que cada uno de vosotros pueda decidirse a ser o no un miembro fiel de mi tripulación. Los que se decidan a quedarse tendrán que aceptar estrictamente mis órdenes. Todo el mundo participará de los beneficios que produzcan nuestras actividades. Nuestra finalidad será de doble carácter: apresar el mayor número de naves thoristas y explorar zonas desconocidas de Amtor, así que hayamos devuelto a su país a los prisioneros vepajanos. En nuestra empresa no faltará la excitación y la aventura. Tampoco faltarán los peligros, y deseo que se alejen de mi lado los cobardes y los revoltosos. Conseguiremos botín, pues estoy seguro de que son muchos los barcos thoristas que cruzan los mares, cargados de riquezas, y sé que hallaremos mercado fácil para colocar el producto de la guerra. Y guerra tendremos, puesto que estoy determinado a que los Soldados de la Libertad luchen contra la opresión y la tiranía de los thoristas... Volved ahora a vuestros recintos y estad preparados para cumplir con vuestro deber al romper el alba.

CAPÍTULO XI

DUARE

Aquella noche dormí poco. Mis oficiales venían constantemente para informarme. Por ellos me enteré de lo que era más importante, el pensamiento de la tripulación. Nadie se mostraba hostil a la idea de apoderarse del «Sovong», pero había diversas opiniones sobre lo que se había de hacer después. Unos cuantos deseaban desembarcar en Thora para poder volver a sus casas, pero los más mostrábase entusiasmados con la idea de dedicarnos a

saquear barcos mercantes. En cambio, el proyecto de explorar países desconocidos les llenaba a la mayor parte de temor. Había algunos que se mostraban reacios a devolver los prisioneros vepajanos a su nación, y existía un grupo vocinglero y alborotador que insistía en que el mando de la nave debía entregarse a los thoristas. En esto descubrí la mano de Kodj, aun antes de que me informaran de que la sugerencia procedía del grupo que le seguía.

—Pero hay por lo menos un centenar en cuya lealtad puedes confiar —dijo Gamfor—. Te aceptan como jefe y te obedecerán a ciegas.

—Ármalos —le ordené—. Y los demás que se queden abajo hasta que hayamos abordado al «Sovong». ¿Qué opinas de los Mangan? No participaron en el motín. ¿Están con nosotros o contra nosotros?

—Obedecen a quien les manda —repuso Kiron riendo—. No tienen iniciativa alguna, y salvo cuando se ven impelidos por el hambre, el odio o el amor, no se mueven sin que un superior se lo ordene.

—Y no se preocupan de quien pueda ser —intervino Zog—. Hasta que su amo perece, los vende o los regala, o es suplantado, suelo servir con lealtad. Después depositan la misma lealtad en cualquier otro amo.

—Se les ha dicho que eres el nuevo capitán —observó Kamlot—, y obedecerán.

Como solo había a bordo cinco de aquellos hombres-pájaros, no me había preocupado grandemente de lo que ocurría con ellos, pero me satisfacía saber que no estaban en una posición antagónica.

Al dar la hora veinte, ordené que se reunieran los cien hombres de mi confianza y entraran todos en la barraca de la cubierta inferior; el resto quedó confinado en el interior de la nave, desde las primeras horas de la noche. Se evitó un segundo motín gracias a que previamente había sido desarmada toda la gente de a bordo, excepto los leales Soldados de la Libertad. Durante el transcurso de la noche, nos fuimos aproximando más y más al desprevenido «Sovong» hasta llegar escasamente a un centenar de yardas por la parte de popa. Desde allí vi destacarse el barco en la penumbra misteriosa de la noche de Amtor, sin luna, con los puntitos blancos y coloreados de sus linternas y la silueta de sus centinelas vagamente visibles en cubierta.

El «Sofal» se iba acercando progresivamente hacia su presa. Llevaba el timón de nuestra nave un Soldado de la Libertad que había sido oficial de la marina thorista. Nadie se veía en nuestra cubierta, salvo los centinelas. En la barraca de la cubierta inferior un centenar de hombres esperaban la orden de abordaje. Yo permanecía con Honan en el cuarto de derrota. Él tenía que encargarse del mando del «Sofal» mientras nosotros realizábamos el abordaje. Mi atención estaba concentrada en el cronómetro amtoriano. El «Sofal» se

acercó un poco más al «Sovong». Entonces Honan dio al individuo de enlace una orden y nos arrojamos sobre nuestra presa.

Me precipité por la escalerilla hasta llegar al centro de la cubierta principal y di a Kamlot la consigna. Él estaba en la puerta de la barraca. Los dos barcos se encontraban ahora tan juntos que casi se tocaban. El mar estaba en calma, solo movido por un leve oleaje que balanceaba suavemente las naves. Por último, llegamos tan cerca que cualquiera podía salvar de un salto el espacio que mediaba entre las dos cubiertas. Un centinela del «Sovong» nos gritó:

—¿Qué hacéis ahí? ¡Apartaos!

Por toda réplica, me precipité hacia adelante y salté a bordo del otro barco seguido por cien hombres silenciosos. Nadie gritó y el alboroto fue escaso. Solo se oía el rumor de los pies y el leve chirrido de las armas.

Los garfios de abordaje se agarraron a la borda del «Sovong». Cada uno de los hombres tenía instrucciones del papel que debía desempeñar. Dejé a Kamlot al cuidado de la cubierta principal y me dirigí al puente de mando con una docena de hombres mientras Kiron conducía a una veintena de incondicionales a la segunda cubierta, en la que estaba congregada la mayoría de los oficiales.

Antes de que el oficial de guardia hubiera podido darse cuenta de lo que ocurría, le encañoné con mi pistola.

—No te muevas —le dije— y no sufrirás daño alguno.

Mi plan consistía en apoderarme de tantos enemigos como fuese posible antes de que cundiera la alarma, y de este modo evitar un inútil derramamiento de sangre. De ahí la necesidad de silencio.

Entregué el oficial a uno de mis hombres, después de desarmarlo, y luego fui en busca del capitán, mientras dos de mis acompañantes se ocupaban del piloto. Hallé el capitán en el momento en que acudía en busca de sus armas. El inevitable ruido del abordaje le había despertado y, suponiendo que ocurría algo anormal, encendió la luz de su cuarto y se levantó apoderándose de su armamento.

Yo me arrojé sobre él y le arrebaté la pistola antes de que pudiera utilizarla. Pero entonces se echó hacia atrás blandiendo el sable y nos quedamos inmóviles un momento.

—¡Ríndete! —le dije—. ¡No te pasará nada!

—¿Quién eres? —me preguntó—. ¿De dónde vienes?

—Estaba prisionero en el «Sofal», pero ahora soy su comandante. Si quieres evitar derramamiento de sangre, sal conmigo a cubierta y da la orden

de rendición.

—Y después, ¿qué? ¿Para qué nos habéis abordado, si no pensáis matarnos?

—Para apoderarnos de parte de vuestras provisiones y armas y rescatar a los prisioneros de Vepaja —expliqué.

En aquel momento llegó hasta nosotros el peculiar silbido de un pistoletazo. Procedía de la cubierta inferior.

—¿Con que no pensabais matar a nadie? —rugió.

—Si quieres que cese, sal conmigo y da la orden de rendición —repliqué.

—No creo en tus palabras —protestó—. Es un ardid.

Se me echó encima blandiendo el sable. No quise matarlo a sangre fría y por eso repelí su ataque utilizando solo mi sable. Él me llevaba ventaja por su destreza, ya que yo no estaba acostumbrado al empleo del sable amtoriano, pero en cambio yo le aventajaba en fortaleza y movilidad, poniendo en juego algunas artimañas de esgrima que había aprendido durante mi estancia en Alemania.

El sable amtoriano está ideado principalmente como arma de corte, y su peso, casi uniforme hasta la punta, lo hace muy eficaz como instrumento de ataque, mientras que esta eficacia es menor como arma defensiva. Me hallé, pues, enfrentado con un ataque de tajos y mi defensa era difícil. El capitán era ágil y sabía manejar su arma. Dada su experiencia, pronto se dio cuenta de que yo era un novato y comenzó a abusar de su superioridad hasta tal punto que pronto hube de arrepentirme de mi ingenuidad de no hacer uso de la pistola al comenzar el duelo. Ahora era ya demasiado tarde y mi contrincante me acosaba de tal modo que no me dejaba coyuntura para sacar aquella arma.

Me obligó a ir retrocediendo en la estancia hasta conseguir cubrir la puerta y una vez allí, seguro de su triunfo, se dispuso a consumarlo. El duelo, por lo que a mí se refería, se desarrollaba puramente a la defensiva. Tan veloz y persistente era su ataque que yo únicamente podía limitarme a la defensa y durante los primeros minutos del encuentro, no conseguí ni una sola vez dirigirle una estocada.

Pasó por mi mente la idea de lo que habría ocurrido con los hombres que me acompañaron en la aventura, pero el orgullo me impedía reclamar su auxilio, aunque supe más tarde que de nada me hubiera servido intentarlo. Estaban demasiado ocupados en repeler los ataques de varios oficiales que habían irrumpido inesperadamente.

Los dientes de mi contrincante dibujaban una línea en una feroz sonrisa, como si estuviera bien seguro de su victoria y se vanagloriase

anticipadamente. El chasquido de los aceros resonaba estridente, con varias tonalidades, entre las cuatro paredes del camarote en que tenía efecto el duelo. Yo no sabía si la lucha seguía en otras partes del barco, y, caso de ser así, si se desarrollaba a favor nuestro o en contra. Tenía que saberlo. Constituía un imperativo categórico, ya que yo era el responsable de lo que ocurriera en el «Sovong». Tenía que salir de aquel camarote para ponerme al frente de mis hombres, victoriosos o derrotados.

Estos pensamientos me colocaban en una situación más crítica de lo que hubiera sido de haber estado en juego solo mi vida, y me dio ánimos para realizar un esfuerzo heroico a fin de salir de aquel trance. Tenía que aniquilar a mi contrincante y había de hacerlo pronto.

Él había conseguido acosarme de espaldas a la pared y la punta de su sable me había tocado una vez en la cara y dos en el cuerpo, y aunque las heridas eran ligeras, yo estaba cubierto de sangre. Se lanzó sobre mí, con la ambiciosa aspiración de acabar con mi vida, pero esta vez no retrocedí. Paré el golpe de tal modo que su sable pasó por la derecha de mi cuerpo, que estaba muy cerca del suyo, y entonces le apunté con mi sable y antes de que pudiera ponerse en guardia se lo clavé en el corazón.

Se desplomó en el suelo. Le extraje el arma que tenía clavada y salí del camarote. Toda aquella escena se había desarrollado en breves minutos, aunque a mí me pareció un rato mucho más largo. En el mismo espacio de tiempo habían ocurrido muchas más cosas en la cubierta del barco que en aquel camarote del «Sovong». La cubierta superior estaba limpia de enemigos y uno de mis hombres se hallaba ya ante el timón y otro ante los controles. En la cubierta principal aún se luchaba con algunos oficiales que hacían un último esfuerzo con un puñado de sus hombres. Cuando yo llegué ya había acabado todo. Los oficiales se habían rendido, con la promesa de Kamlot de que sus vidas serían respetadas. El «Sovong» estaba en nuestro poder. El «Sofal» había conseguido su primera presa.

Cuando me presenté en medio de los excitados luchadores, en la cubierta principal, debía ofrecer yo un triste aspecto, sangrando como estaba de mis tres heridas, pero mis hombres me recibieron con grandes aclamaciones. Supe más tarde que se había notado mi ausencia en la batalla de la cubierta principal, lo que produjo mala impresión. Sin embargo, cuando me vieron aparecer con las huellas del combate, recobré mi prestigio y estimación. Aquellas tres heridas leves me fueron muy valiosas. Se vio acrecentada desproporcionadamente su impresión psicológica debido a la copiosa sangre que cubría mi cuerpo.

Rodeamos rápidamente a los vencidos y los desarmamos. Kamlot, al frente de un grupo de sus hombres, libertó a los cautivos de Vepaja, a los que

trasladó en el acto al «Sofal». Casi todos eran mujeres, pero yo no presencié el momento de ser trasladados de barco. Me imaginé la emoción que experimentarían Kamlot y Duare al encontrarse de nuevo, siendo así que el primero no esperaba volver a verla jamás.

Se transportó con presteza al «Sofal» todo el pequeño armamento del «Sovong», dejando solo lo necesario para el equipo de la oficialidad de la maltrecha nave. Se encargó de esta misión Kiron y fue llevada a cabo por nuestros hombres de confianza, mientras Gamfor con un contingente de nuevos prisioneros transportaba las provisiones sobrantes del «Sovong» a bordo de nuestro barco. Una vez hecho esto, ordené que fueran arrojados al mar todos los cañones del «Sovong». Al menos así aminoraría la potencialidad bélica de Thora. Se cumplió el último acto en aquel drama del mar, el traslado de un centenar de prisioneros del «Sofal» al «Sovong», a la vez que con la dádiva enviaba mis recuerdos al capitán. No pareció este muy satisfecho con el regalo, pero era lógico. Los prisioneros nunca constituyeron un grato presente. Muchos de ellos me rogaron que les dejara quedarse en el «Sofal», pero ya tenía yo más hombres en mi barco de los necesarios para su navegación, y defensa. Y, además, todos ellos habían desaprobado total o parcialmente mi plan, por lo que no podía confiar en su lealtad y en su cooperación, resultándome por tanto inútiles.

Aunque parezca extraño, Kodj fue el más tenaz. Casi se puso de rodillas para suplicarme que le permitiera quedarse en el «Sofal», prometiéndome la mayor fidelidad de que fuera capaz un hombre. Pero yo no me fiaba de Kodj y así se lo dije. Cuando se convenció de que no podía conmovirme, se revolvió contra mí jurando por la memoria de todos sus antepasados que se vengaría, aunque tuviera que esperar mil años.

Al volver al «Sofal» ordené que soltaran los garfios de abordaje y de nuevo navegaron aparte las dos naves, el «Sovong» continuando, su ruta hacia el puerto de Thora, al que se dirigía, y el «Sofal» hacia Vepaja. Me preocupé entonces de informarme de la importancia de nuestras bajas y supe que habíamos tenido cuatro muertos y veintiún heridos, habiendo sido las bajas del «Sovong» mucho más elevadas.

Dejé transcurrir la mayor parte del día discutiendo con mis oficiales la organización del personal de a bordo y la sistematización de las actividades de aquella aventura, en lo que Kiron y Gamfor me resultaron de inestimable valor. Hasta últimas horas de la tarde no tuve ocasión de informarme del estado de los cautivos de Vepaja a los que habíamos devuelto la libertad. Cuando le pregunté a Kamlot sobre el asunto, me dijo que no habían sufrido mucho en su cautiverio a bordo del «Sovong».

—Esos granujas tienen orden de llevar a Thora las mujeres sin que sufran

daño alguno y en buen estado —me explicó—. Las destinan a personajes más destacados que los simples oficiales, y esta es su mejor salvaguardia.

—No obstante, Duare me dijo que el capitán se había mostrado atrevido con ella. Si lo hubiera sabido yo cuando llegué a bordo del «Sovong», me hubiera encargado de matarlo por su atrevimiento —añadió Kamlot con tono sombrío y dando muestras de gran excitación.

—Ya puedes estar tranquilo —dije—. Duare ha sido vengada.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo maté al capitán —aclaré.

Me puso una mano en el hombro y en sus ojos brilló un destello de alegría.

—Una vez más te has hecho merecedor de la eterna gratitud de Vepaja —exclamó—. Me hubiera gustado ser yo el agraciado por la suerte para matar a esa bestia humana y borrar así la injuria inferida a Vepaja, pero, de no ser yo, me alegro de que hayas sido tú, Carson.

Parecióme que exageraba un poco las cosas y daba demasiada importancia a la conducta del capitán del «Sovong», ya que la muchacha no había sufrido ninguna afrenta, pero me lo expliqué teniendo en cuenta que el amor crea estos problemas artificiosos en la mente de los enamorados y una ofensa a una dama puede llegar a considerarse una calamidad pública.

—Bueno, el asunto ya está acabado —le dije—. Tu novia vuelve a ti sana y salva. Al oír aquello pareció aterrorizarse.

—¡Mi novia! —exclamó—. ¡Por todos los ascendientes de todos los jongs de Vepaja! ¿Pero es que no sabes quién es Duare?

—Creí que era la mujer de tus ensueños —confesé—. ¿Quién es?

—¡Claro que la amo! —me explicó—. Todos los de Vepaja la aman... ¡Es la hija virginal de un Jong de Vepaja!

Si hubiera estado anunciando la presencia de una diosa, no lo hubiera hecho con mayor reverencia y sumisión. Traté de mostrarme más impresionado de lo que realmente estaba por temor a ofenderle.

—Si hubiera sido la mujer de tus amores, aun me hubiera complacido más tomar parte en su rescate que si fuera la hija de una docena de jongs —contesté.

—Comprendo la intención que inspiran tus palabras —repuso—, pero que no te oigan los de Vepaja hablar así. Me contaste algo de las divinidades de ese extraño mundo de que procedes... Pues bien, el Jong y sus hijos son tan sagrados como ellas.

—Entonces también lo serán para mí —le aseguré.

—Por cierto, voy a decirte algo que te va a agradar. A cualquier vepajano le parecería un gran honor. Duare desea verte para darte las gracias personalmente. Es un acto irregular, desde luego, pero las circunstancias hacen impracticables las costumbres y la etiqueta de nuestro país. Unos centenares de hombres la han visto, muchos le han hablado, y casi todos eran enemigos. Por eso no hay mal alguno en que vea al que supo defenderla y proteger a sus amigos.

Yo no acababa de entender el significado de las palabras de Kamlot, pero asentí y le dije que presentaría mis respetos a la princesa antes de acabar el día.

Estaba yo demasiado ocupado y, a decir verdad, no me emocionó mucho la idea de visitar a la princesa. Más bien, casi la temía. Nunca fui aficionado a rendir pleitesía y mostrarme cortesano con la realeza, pero comprendí que el respeto que me merecían los sentimientos de Kamlot me obligaba a cumplir lo antes posible con aquel rasgo cortés. Como él había acudido a su trabajo, me dirigí solo a las habitaciones que en la cubierta segunda se habían destinado a Duare.

Los amtorianos no llaman a la puerta, sino que silban. Constituye esto una modificación mejorada de nuestras costumbres. Cada uno tiene su manera de silbar y algunos lo hacen con modalidades muy laboriosas. Pronto se acostumbra uno a reconocer el silbido de los amigos. Llamar con los nudillos indica solo que se desea entrar. Un silbido expresa el mismo deseo y además revela la identidad del visitante.

Mi silbido era muy sencillo. Consistía en dos notas bajas, seguidas de otra más alta y larga. Mientras silbaba de este modo ante la puerta de Duare, no estaba pensando en la princesa, sino en otra joven que se encontraba más lejos, perdida entre los árboles que envolvían la ciudad de Kooaad, en Vepaja. Con frecuencia surgía en mi memoria la figura de aquella muchacha que únicamente había visto un par de veces, a la que hablé solo una para confesarle un amor que me dominaba tan completa y espontáneamente, tan inexorablemente como se cierne la muerte en nuestro porvenir.

Respondiendo a mi señal, se oyó una suave voz femenina que me invitaba a entrar. Así lo hice y me enfrenté con Duare. Mis ojos se dilataron y a mis mejillas acudió el rubor.

—¡Tú! —exclamé.

Me sentía totalmente desconcertado... Era la joven del jardín del Jong.

CAPÍTULO XII

BARCO A LA VISTA

¡Qué extraña coincidencia! Por lo imprevista me dejó mudo, y la confusión de Duare resultaba también manifiesta... Sí, era una paradoja imprevista, un feliz incidente... al menos para mí.

Avancé hacia ella y mis ojos debieron de revelar más de lo que yo creía, pues retrocedió unos pasos y se ruborizó más intensamente.

—¡No me toques! —susurró—. ¡No te atrevas a tocarme!...

—¿Acaso te hice daño alguna vez?

Aquella pregunta pareció prestarle confianza y negó con la cabeza.

—No —admitió—. Nunca me hiciste daño... físicamente. Te he mandado llamar para darte las gracias por el favor que me has hecho, pero no sabía que fueras tú. Ignoraba que el Carson de que me hablaban fuera el mismo hombre que... Se detuvo y me miró con una expresión implorante.

—El hombre que te dijo en el jardín del Jong que te amaba —terminé.

—¡No lo repitas! —gritó—. ¿Es que no te das cuenta de la grave ofensa que me infieres, del crimen que constituye tu declaración?

—¿Es un crimen amarte? —pregunté.

—Es un crimen decírmelo —repuso con cierta altivez.

—Pues entonces me siento culpable de un gran delito —contesté—, porque no puedo por menos de confesarte que te amo, que te amé desde el primer instante en que te vi.

—Pues si es así, no deberás volver a verme y no podrás volverme a decir esas palabras —afirmó decidida—. Gracias al favor que me has hecho te perdono tus pasadas ofensas, pero no las repitas.

—¿Y si no puedo remediarlo? —insistí.

—Pues no tienes más remedio —afirmó, muy seria—. Es una cuestión de vida o muerte.

Sus palabras me asombraron.

—No comprendo lo que quieres decir —observé.

—Kamlot, Honan y todos los vepajanos que están a bordo te matarían si lo supieran —repuso—. Mi padre, el Jong, te haría ajusticiar, cuando volviéramos a Vepaja. Todo depende de lo que le cuente yo.

Me acerqué un poco más a ella y le miré los ojos.

—Pero tú no se lo contarás —susurré.

—¿Por qué no? ¿Qué te hace pensar de ese modo? —me preguntó con una voz ligeramente temblorosa.

—Porque tú deseas que te ame —replique, en plan de reto cariñoso.

Golpeó el suelo con el pie, enfadada.

—¡Eres un insensato, un descortés, un loco! —exclamó—. ¡Sal en el acto de mi camarote! ¡No quiero volver a verte!

Se agitó su seno, relampaguearon sus ojos... Estaba muy cerca, y repentinamente sentí el deseo vehemente de estrecharla entre mis brazos. Quería oprimir su cuerpo contra el mío, cubrir sus labios de besos, pero más aún que todo aquello deseaba su amor y por eso supe dominarme, por temor a ir demasiado lejos y perder la ocasión de captar el cariño que creía se ocultaba en su subconsciente. No sé por qué me sentía tan seguro de ello, pero así era. Me hubiera sido imposible sentirme atraído por una mujer que sintiera repugnancia hacia mí. Desde el primer instante que descubrí a aquella muchacha observándome desde el jardín de Vepaja, me sentí seguro interiormente del interés que por mí sentía, tal vez algo más que interés. En aquello me juzgaba aún más intuitivo que una mujer.

—Siento que me expulses condenándome prácticamente al exilio —le dije—. No creo merecer esto, pero desde luego, mi moral y la tuya son diferentes. Para mí no hay mujer alguna que se sienta ultrajada por el amor de un hombre y por su confesión, salvo si está ya casada con otro.

Una repentina idea cruzó por mi mente, una idea que no se me había ocurrido antes.

—¿Pertenece ya a otro hombre? —le pregunté, acongojado por tal sospecha.

—¡Eso no! —protestó—. Aún no tengo diez y nueve años.

Me maravillé de que no se me hubiera ocurrido hasta aquel instante que la joven del jardín del Jong pudiera estar casada.

No sé por qué, pero me alegró saber que no tenía setecientos años. Muchas veces me había preguntado cuál sería su edad, aunque, después de todo, poca importancia podía tener aquel detalle, ya que en Venus y hasta cierto límite nadie tiene más edad que la que aparenta... desde luego, en lo que se refiere a sus atractivos.

—¿Te vas a marchar o quieres que llame a un vepajano para que se enteren todos de tu conducta? —inquirió.

—¿Y que me maten? No, tú no puedes hacerme creer que serías capaz de hacer eso.

—Entonces, soy yo la que me marchó —afirmó—, y recuerda que no volverás a verme ni hablarme.

Con esta despedida, con este ultimátum tan poco alentador, salió de la estancia y se marchó a otra de sus habitaciones. Parecía que con aquello había terminado nuestra entrevista. Como no era pertinente que la siguiera, di media vuelta y me dirigí desconsolado hacia el camarote destinado al capitán, situado en la torrecilla.

Cuando me puse a meditar sobre la situación, hube de reconocer que no solo no había progresado en mi cortejo, sino que la perspectiva estaba muy lejos de serme propicia. Una barrera infranqueable parecía levantarse entre los dos, aunque no sabía yo en qué consistía realmente. No podía admitir que le fuera totalmente indiferente, pero esto acaso no fuera más que un reflejo de mi egoísmo. Resultaba evidente, por sus palabras y acciones, que no deseaba tener trato alguno conmigo. Yo era incuestionablemente persona non grata.

A pesar de ello, o tal vez por ello mismo, comprendí que aquella segunda y más larga entrevista había servido para aumentar mi pasión dejándome en un estado de amorosa desesperanza. Su presencia a bordo del «Sofal» era un incentivo constante y su prohibición de mantener relación alguna conmigo solo servía para incrementar mi ansiedad. Me sentía desdichado y la monotonía de aquel viaje de vuelta a Vepaja, sin previsibles incidentes, me prestaba escasa distracción. Me hubiera agradado hallar algún barco, pues cualquier nave había de ser enemiga. Estábamos fuera de la ley, éramos piratas, bucaneros, corsarios. Me inclino más hacia esta última denominación que tiene cierta tradición caballeresca para definir nuestra condición. Desde luego, Mintep no nos había encargado que saqueáramos barcos en beneficio de Vepaja pero habíamos comenzado a luchar contra los enemigos de Vepaja y por eso creía que el título más apropiado era el de corsarios. De todos modos, tampoco me hubiera asustado ninguna de las otras dos denominaciones. La palabra bucanero tiene una sonoridad que sugiere a mi fantasía y es más distinguida que la palabra pirata.

Los nombres tienen su importancia. Desde el primer momento, por ejemplo, me gustó el de nuestro barco, «Sofal». Acaso fuera la psicología inherente a este nombre lo que me sugirió el oficio que iba a iniciar. Quiere decir «matador». «Fal» es un verbo que significa matar. El prefijo «so» tiene el mismo valor que nuestro «or». Por tanto, «sofal» quiere decir matador. La palabra «vong» significa en amtoriano «defender», y «Sovong», el nombre de nuestra primera presa, significa «defensor», pero el «Sovong» no había sabido honrar a su nombre.

Estaba aún pensando en esas tonterías para tratar de olvidar a Duare, cuando se me acercó Kamlot y yo decidí aprovechar la ocasión para hacerle algunas preguntas sobre las costumbres de Amtor que regulaban las relaciones entre hombres y mujeres. Comenzó él a tratar del asunto, preguntándome si había visto a Duare.

—La he visto —repuso—, pero no comprendo su actitud. Me ha dado a entender que constituía casi un crimen que yo la mirase.

—En circunstancias ordinarias, así es —contestó Kamlot—, pero, como te he explicado ya, lo que ha sucedido reduce temporalmente la importancia de ciertas leyes y costumbres venerables en Vepaja... Las jóvenes vepajanas llegan a su mayoría de edad a los veinte años y hasta entonces no pueden unirse a hombre alguno. La costumbre, que tiene casi la misma fuerza que la ley, impone aún mayores restricciones a las hijas del Jong. No deben hablar ni siquiera ver a ningún hombre, salvo sus parientes y unas cuantas personas de confianza, bien seleccionadas, hasta que cumplen los veinte años. Si faltan a esta prescripción acarrearán la desgracia para ellas y la muerte para el hombre.

—¡Qué ley tan absurda! —comenté sin comprender todo el significado que había de tener ante los ojos de Duare mi transgresión.

Kamlot se encogió de hombros.

—Será una ley muy absurda —dijo—, pero es ley y en el caso de Duare su cumplimiento significa mucho para todos nosotros porque es ella la esperanza de Vepaja. No era la primera vez que había oído a Kamlot juzgar así a la joven, pero no acababa de comprender su sentido.

—¿Qué quieres decir al afirmar que es la esperanza de Vepaja? —pregunté.

—Mintep no tiene más hijos que ella. No tuvo hijos varones, aunque cien mujeres procuraron darle un hijo. La dinastía se acaba si Duare no tiene un hijo, y para tenerlo es esencial que el padre sea del suficiente rango para ser el padre de un jong.

—¿Y han designado ya quién ha de ser?

—Desde luego, no —repuso Kamlot—. No se abordará el asunto hasta que Duare haya cumplido los veinte años.

—¡Y tiene aún solo diecinueve! —observé dejando escapar un suspiro.

—Así es —asintió Kamlot mirándome fijamente—, pero hablas como si se tratara de algo trascendental para ti.

—¡Claro que es trascendental! —admití.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

—Que he de casarme con Duare.

Kamlot dio un brinco y empuñó su sable. Era la primera vez que le veía tan excitado y llegué a temer que me matara en el acto.

—¡Defiéndete! —gritó—. No puedo matarte a sangre fría.

—¿Y por qué pretendes matarme? —pregunté—. ¿Es que te has vuelto loco?

La punta del sable de Kamlot se abatió lentamente.

—No quiero matarte —repuso con cierta tristeza y sobreponiéndose a su excitación—. Eres mi amigo y me has salvado la vida dos veces. Preferiría matarme yo, pero lo que acabas de decir merece ese castigo.

Me encogí de hombros. Todo aquello me resultaba incomprensible.

—¿Y qué he hecho para merecer la muerte? —insistí.

—Pretender casarte con Duare.

—En el mundo de donde procedo se mata a los hombres por no querer casarse, en determinadas circunstancias, con una mujer —le dije—. Ya puedes matarme, pues te he confesado la verdad.

Mientras Kamlot me amenazaba de aquella manera, yo permanecí sentado ante la mesa de mi camarote y no me levanté, pero luego me incorporé y me enfrenté con él. Dudó un momento y se me quedó mirando. Por último volvió a envainar el sable.

—¡No puedo! —exclamó sordamente—. Que mis antepasados me perdonen. No puedo matar a mi amigo. Hay que reconocer que tu actitud es menos condenable, pues ignoras nuestras costumbres. A veces me olvido de que procedes de un mundo distinto al nuestro. Pero ahora que me he hecho cómplice de tu crimen, perdonándotelo, contéstame a esta pregunta. ¿Qué te hace creer que has de casarte con Duare? Aunque te siga escuchando, no voy a aumentar mi culpa.

—Pretendo casarme con ella porque estoy seguro de amarla y adivino que ella casi me corresponde.

Al escuchar mi declaración, Kamlot dio muestras de sobresalto y horror.

—¡Eso es imposible! —gritó—. ¡Ella no ha podido verte antes y por tanto ignora los sentimientos de tu corazón y tus locos desvaríos!

—Te equivocas. Me había visto antes y conoce de sobra lo que tú llamas mis locos desvaríos —aseguré—. Le confesé mi amor en Kooaad y hoy se lo he vuelto a repetir.

—¿Y ella te escuchó?

—Se asustó —admití—, pero me escuchó. Después me amonestó y me obligó a salir de la estancia.

Kamlot dejó escapar un suspiro de consuelo.

—¡Al menos, ella no se ha vuelto loca! No acabo de comprender en que basas tu creencia de que pueda corresponder a tu amor.

—Sus ojos la traicionan, y lo que es más elocuente... No me ha denunciado sabiendo que me condenaba a muerte.

Meditó sobre mi réplica y movió la cabeza.

—Todo esto es una gran locura —afirmó—. Sigo sin comprenderlo. Dices que hablaste con ella en Kooaad, pero eso me parece imposible. De todos modos, si la habías visto antes, ¿cómo prestaste tan poco interés por su suerte cuando supiste que estaba prisionera en el «Sovong»? ¿Por qué suponías que se trataba de mi novia?

—Porque no supe hasta hace pocos minutos que la joven que vi en el jardín de Kooaad era Duare, la hija del Jong.

Pocos días después, volví a hablar con Kamlot en mi camarote y cuando estaba charlando con él nos interrumpió un silbido de llamada a la puerta. Invité a entrar a quien fuese y se presentó uno de los vepajanos prisioneros que habíamos rescatado en el «Sovong». No procedía de Kooaad, sino de otra población de Vepaja, y por eso ninguno de los otros vepajanos de a bordo sabía nada de él. Se llamaba Vilor y parecía un buen sujeto, aunque un poco taciturno.

Habíase mostrado muy interesado con los klangan y estaba a menudo con ellos, pero explicaba su interés el hecho de que era un hombre de estudios y deseaba conocer la idiosincrasia de los hombres-pájaros, a los que hasta entonces no había tenido ocasión de ver.

—He venido a rogarte que me nombres oficial del barco —explicó—. Me gustaría estar a tus órdenes y desempeñar cargos de responsabilidad en la expedición.

—Nuestra dotación de oficiales está completa —le contesté—. Tenemos todos los hombres que necesitamos. Además, si te he de hablar con franqueza, debo confesarte que no sé si reúnes las condiciones que se requieren para este cargo. Mientras llegamos a Vepaja, tendré ocasión de conocerte más a fondo y si te necesitara, contaría contigo.

—Me gustaría hacer algo. ¿No podría encargarme de la custodia de la Janjong hasta que lleguemos a Vepaja?

Se refería a Duare, cuyo título, compuesto de las palabras hija y rey, es sinónimo de princesa. Me pareció observar cierta excitación en el tono de su voz al formular este ruego.

—Ya está bien guardada —repuse.

—Me agradaría encargarme de ello —insistió—. Sería una prueba de amor y de lealtad hacia mi Jong, y podría hacer la guardia de noche. Generalmente, a nadie le gusta hacerla.

—No es preciso —corté secamente—. Ya está la guardia suficientemente organizada.

—La Janjong se encuentra en los camarotes de la segunda cubierta, ¿verdad? —preguntó. Le contesté que sí.

—¿Y hay siempre un centinela?

—Siempre hay un hombre ante la puerta por la noche —afirmé.

—¿Solo uno? —volvió a interrogar, como si le pareciera insuficiente.

—Como hay otros centinelas hemos juzgado suficiente uno solo ante la puerta. A bordo del «Sofal», la Janjong no tiene enemigos.

Me expliqué su insistencia por la ansiedad que toda aquella gente mostraban por la seguridad de las reales jerarquías. Finalmente, Vilor renunció a insistir y se marchó rogándome que no dejara de acordarme de su ruego.

—Parece preocuparse de la tranquilidad de Duare más aún que tú —dije a Kamlot cuando Vilor hubo salido.

—Sí, ya lo he notado —repuso mi lugarteniente, pensativo.

—Nadie puede preocuparse tanto como yo por ella —dije—, pero no creo que sean precisas más precauciones.

—Ni yo tampoco —asintió Kamlot—. Ahora está bien protegida.

Olvidamos a Vilor y nos pusimos a hablar de otros asuntos. De pronto, escuchamos la voz del centinela apostado en la torrecilla:

—¡Voo notar! (Un barco).

Corrimos a la torrecilla de cubierta. El vigía había vuelto a anunciar la presencia de una nave desconocida. Efectivamente, hacia estribor se distinguía la silueta de una nave en el horizonte.

Por una razón que aún no he podido dilucidar, la visibilidad en Venus es extraordinariamente buena. Las nieblas bajas y las brumas son raras, a pesar de la humedad de la atmósfera. Tal vez sea debido a la misteriosa radiación del extraño elemento de la estructura del planeta que ilumina sus noches sin luna.

Sin embargo, no puedo afirmarlo.

El hecho era que divisábamos un barco y casi inmediatamente todo fue excitación en el «Sofal». Se nos presentaba otra presa y la tripulación mostrábase impaciente por conseguirla. Mientras cambiábamos de rumbo y nos dirigíamos hacia nuestra víctima se levantó un clamor entre la gente de nuestra cubierta. Surgieron las armas, se izó el cañón de popa y los dos de la torrecilla fueron colocados en posición de disparar.

El «Sofal» avanzaba a toda marcha.

Según nos íbamos acercando, comprobamos que se trataba de una nave de dimensiones parecidas a las del «Sofal», y que ostentaba la insignia de Thora. Un examen posterior nos aclaró que era un mercante armado.

Ordené que, excepto los artilleros, todo el inundo se congregara en el tinglado de la cubierta baja, ya que concebí un ataque semejante al del «Sovong» y no quería ver, antes de tiempo, nuestra cubierta atestada de hombres armados. Como en la otra ocasión, cursáronse órdenes terminantes. Cada uno sabía lo que se esperaba de él y todos fueron advertidos de que debían evitar matanzas inútiles.

Ya que me había convertido en un pirata, quería serlo del modo más humanitario que me fuera posible, y no deseaba un innecesario derramamiento de sangre. Había pedido información a Kiron, a Gamfor y a muchos thoristas sobre las costumbres y prácticas de las naves de guerra de Thora. Supe, por ejemplo, que todo barco de guerra tenía derecho a ordenar el registro de cualquier nave mercante. Contando con tal costumbre concebí mi plan para arrojar los garfios de abordaje sobre nuestra víctima, antes de que pudiera adivinar nuestros verdaderos propósitos.

Cuando nos hallamos a distancia suficiente para ser oídos, indiqué a Kiron que ordenara al barco que perseguíamos que parase las máquinas, pues deseábamos practicar un registro. Inmediatamente nos hubimos de enfrentar con el primer obstáculo, que surgió en forma de un pabellón izado rápidamente en la popa de nuestra presunta presa. Para mí no significaba nada, pero no ocurrió lo mismo con Kiron y los otros thoristas que iban a bordo del «Sofal».

—Me parece que el abordaje no va a ser tan fácil como imaginábamos — comentó Kiron—. A bordo va un ongyan, lo que exime al barco de todo registro y además indica que su dotación de soldados es mucho mayor de lo corriente en un barco mercante.

—¿Qué amigo es ese? —pregunté—. ¿Es amigo tuyo? Hay que tener en cuenta que ongyan significa «gran amigo», en un sentido eminente.

Kiron sonrió.

—Es un título. Hay un centenar de klongyan en la oligarquía y uno de ellos va a bordo de ese barco. Son grandes amigos, indudablemente, grandes amigos entre ellos y gobiernan Thora más tiránicamente que ningún jong, y en beneficio propio.

—¿Y qué opinará nuestra gente de atacar un barco en el que va tan destacado personaje? —pregunté.

—Se disputarán el honor de llegar el primero a bordo, para clavarle el sable.

—No deben matarle —repuse—. Tengo un plan mejor.

—Será difícil contenerles, una vez comenzada la lucha —afirmó Kiron—. Hablaré con los oficiales para ver lo que puede conseguirse. En los viejos tiempos, en los días de los jongs, había orden y disciplina, pero ahora no.

—Pues a bordo del «Sofal» tiene que haber disciplina —advertí—. Sígueme. Voy a hablar a nuestra gente.

Entramos juntos en el tinglado de la cubierta inferior donde se hallaba congregada la mayor parte de la tripulación, esperando la orden de ataque. Había allí un centenar de hombres rudos y avezados a la lucha, la mayoría de los cuales eran ignorantes y brutales. Hacía poco tiempo que estábamos juntos, por lo que yo no podía contar con una excesiva lealtad hacia mí. Sin embargo, estaba convencido de que nadie dudaba de que yo era el capitán, pensaran lo que pensaran de mí.

Kiron reclamó silencio así que hubimos entrado, y todas las miradas se concentraron en mí cuando me dispuse a hablar.

—Estamos a punto de apresar otra nave —dije—. A bordo va un hombre al que todos queréis matar según me ha dicho Kiron. Es un ongyan. He venido a vosotros para advertiros de que ese hombre no debe perecer.

Se produjo un clamor de desaprobación, pero yo hice caso omiso y proseguí:

—He venido también para advertiros algo más, porque se me ha dicho que ningún oficial puede controlaros cuando entráis en batalla. Hay razones que aconsejan conservar prisionero a ese hombre, mejor que matarlo, pero no son del caso ahora. Lo que debéis tener en cuenta es que tanto mis órdenes como las órdenes de mis oficiales deben ser obedecidas. Nos hemos metido en una empresa que solo puede triunfar si se mantiene la disciplina. Yo confío en que triunfemos y he de exigir a todos la mayor obediencia. La insubordinación y la desobediencia serán castigadas con pena de muerte. Eso es todo. Cuando salí del tinglado, dejé detrás de mí un centenar de hombres silenciosos. Nada podía

revelar cuáles habían sido sus reacciones.

Me llevé a Kiron a propósito a fin de dejarlos libres para discutir a sus anchas sin la interferencia de ningún oficial. Sabía que no podía jactarme de tener sobre ellos una positiva autoridad y que, eventualmente, podían decidir si se disponían a obedecerme. Cuanto antes conociéramos su decisión, mejor sería para todos. Las naves amtorianas emplean los medios más primitivos de intercomunicación. Existe un burdo y engorroso sistema de señales en el que se emplean banderas. Además, se utiliza un sistema general de sonidos de trompeta que sirve para cursar un número convencional de mensajes, pero el medio más satisfactorio y el que se usa más es la voz humana.

Desde que vimos desplegar en el barco perseguido el mencionado pabellón habíamos navegado con rumbo paralelo a él, a escasa distancia. En su cubierta se había congregado un grupo de hombres armados. Disponía de cuatro cañones que fueron colocados en posición de disparar. Aunque la nave estaba dispuesta para la liza, sus tripulantes no debían recelar de nuestros propósitos.

Di órdenes de aproximarnos y el «Sofal» se acercó más. A medida que decrecía la distancia que nos separaba, aumentaba la excitación entre los congregados en la cubierta de nuestra posible víctima.

—¿Qué hacéis ahí? —gritó un oficial desde la torrecilla—. ¡Apartaos! ¡Viene a bordo un ongyan!

Como no les contestamos nada y el «Sofal» seguía acercándose, su excitación aumentó. Se puso a gesticular mientras hablaba con un individuo gordo que estaba de pie, a su lado.

—¡Apartaos o alguno se va a arrepentir de lo que está haciendo! —volvió a gritar mientras el «Sofal» seguía aproximándose más y más—. ¡Apartaos o abrimos fuego!...

Por toda respuesta, hice que nuestros cañones de popa se pusieran en posición de disparar. Sabía que no se atreverían a empezar ellos, ya que una sola andanada del «Sofal» les hubiera echado a pique en menos de un minuto, contingencia que deseaba yo evitar.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó.

—Deseamos subir a bordo —repuse—. Y a ser posible sin derramamiento de sangre.

—¡Pero eso es una medida revolucionaria! ¡Una traición! —gritó el individuo gordo que se hallaba junto al capitán—. Yo os exijo que paréis la marcha y nos dejéis tranquilos. Soy el ongyan Moosko.

Y, después, dirigiéndose a los soldados de la cubierta principal, vociferó:

—¡Rechazadlos! ¡Matad al que se atreva a poner un pie en el barco!

CAPÍTULO XIII

CATÁSTROFE

A la vez que el ongyan Moosko ordenaba a sus soldados que rechazaran el intento de abordaje, el capitán mandaba que se diese toda la marcha, haciendo funcionar el timón hacia estribor. El buque viró con un movimiento de huida y forzó la marcha desesperadamente. Desde luego, podríamos haberlo echado a pique, pero de nada nos hubiera servido verlo hundirse en el fondo del océano. Lo que hice fue dar orden al trompetero que estaba a mi lado de hacer sonar el toque indicativo de toda velocidad, que había de recibir el oficial situado en la torrecilla a fin de cazar al navío fugitivo.

El «Yan» nombre que era perfectamente visible en la popa, era mucho más veloz de lo que me había hecho creer Kiron, pero el «Sofal» era excepcionalmente rápido, y pronto se dieron cuenta los perseguidos de que la huida era imposible. Fuimos recuperando lentamente la distancia que había logrado ganar en el primer impulso el «Yan», y lenta, pero firmemente, nos fuimos acercando. Entonces, el capitán del «Yan», hizo lo que yo hubiera hecho en su caso. Mantuvo al «Sofal» constantemente de popa y rompió el fuego contra nosotros con el cañón de la torrecilla posterior y con otro situado junto a la porta de popa. La maniobra fue irreprochable desde el punto de vista táctico, ya que con ella reducía grandemente el número de cañones que podíamos poner en juego sin cambiar de ruta, constituyendo lo único que cabía hacer para intentar la huida. Tenía algo de aterrador aquel sonido del pesado cañón amtoriano que escuchaba yo por primera vez. No vi nada, ni humo ni llama. Únicamente se oyó un estruendo que identificaba, más que ningún ruido pudiera hacerlo, el disparo de un cañón. Al principio no se notó efecto alguno. Después observé que un trozo de nuestra borda de estribor volaba. Dos de nuestros hombres se desplomaron sobre cubierta. Ya habían entrado en acción nuestros cañones. Seguíamos la estela de la nave, lo que hacía difícil disparar. Los dos barcos marchaban a toda velocidad. La proa del «Sofal» levantaba una masa de agua y espuma a ambos lados y el mar hervía al paso del «Yan». En nuestras venas se había infiltrado el ardor de la caza y de la lucha y el terrible estallido de los cañones seguía sonando.

Corrí hacia la popa para dirigir desde allí el disparo de los cañones y unos instantes después tuvimos la satisfacción de ver como la dotación de uno de los cañones del «Yan» se abatía sobre la cubierta, hombre tras hombre, así que nuestro artillero los localizó disparando hacia allí.

El «Sofal» iba ganando espacio al «Yan» y nuestros cañones concentraban su puntería en el cañón de la torrecilla del enemigo. El ongyan hacía tiempo que había desaparecido de la cubierta superior. Sin duda, se fue a buscar sitio más seguro y menos expuesto. Sobre la torrecilla, en la que poco antes se hallaba el capitán, no había ya más que dos hombres con vida. Aquellos dos sujetos de la dotación nos estaban dando mucho trabajo. Al principio, yo no acababa de comprender como los cañones de ambos barcos no conseguían resultados más eficaces. Sabía que el rayo-T tenía un poder destructor extraordinario y por eso no me explicaba como ninguno de los dos barcos había quedado desmantelado o hundido, pero era que entonces ignoraba que todas las partes de importancia vital de los barcos estaban protegidas por una delgada plancha del mismo metal del que estaban contruidos los grandes cañones, la única substancia capaz de resistir el rayo-T. De no haber sido así, haría tiempo que nuestros disparos hubieran inutilizado el «Yan», pues los rayos T, dirigidos contra la torrecilla, hubieran matado a su dotación y destruido los aparatos de control. Esto podría ocurrir, pero para ello era preciso destruir primero la plancha protectora de la torrecilla.

Por fin conseguimos acallar el cañón que quedaba en aquel lugar, pero si marchábamos cerca de la nave, nos exponíamos al fuego de los otros cañones situados en su cubierta principal y al otro lado de la torrecilla. Ya habíamos sufrido algunas pérdidas y cabía esperar otras muchas si nos poníamos al alcance de los restantes cañones, pero no existía otra alternativa que abandonar la caza y yo no estaba dispuesto a hacerlo.

Di orden de avanzar hasta ponernos completamente a la vera del «Yan», hacia su lado de posta, y entonces mandé que iniciase el fuego nuestro cañón de popa para barrer uno tras otro sus cañones de babor, mientras avanzábamos y ordené asimismo que nuestros cañones de estribor abrieran fuego sucesivamente, a medida que fueran alcanzando la visión de los cañones del «Yan». De este modo manteníamos una cortina de fuego constante sobre la desdichada nave, intentando situarnos paralelamente, a la vez que reducíamos la distancia entre las dos.

Habíamos sufrido algunas bajas, pero nuestras pérdidas no eran comparables a las sufridas por el «Yan», cuyas cubiertas estaban ahora sembradas de muertos y moribundos. Toda defensa era inútil y su comandante debió de comprenderlo así, pues acabó por dar la orden de rendición y pararon las máquinas. Minutos más tarde estábamos junto a su casco y nuestro equipo de abordaje había saltado sobre las bordas.

Mientras Kamlot y yo presenciábamos como aquellos hombres que conducía Kiron pasaban a posesionarse del barco y trasladaban ciertos prisioneros a bordo, no pude por menos de preguntarme cuáles serían sus sentimientos respecto a mi caudillaje. Comprendía que su liberación de la

constante amenaza de sus tiránicos amos era tan reciente que cabía esperar que cometieran excesos y yo temía sus consecuencias, puesto que estaba decidido a castigar de modo ejemplar a cualquiera que me desobedeciese, aunque me costara mi propia caída intentarlo. Presencí como la mayor parte de ellos se desperdigaban en la cubierta enemiga mandados por el corpulento Zog, mientras Kiron acaudillaba un grupo reducido dirigiéndose a la cubierta superior en busca del capitán y el ongyan.

Debieron de transcurrir unos cinco minutos antes de que viera salir a mi lugarteniente de la torrecilla del «Yan» con los dos prisioneros. Los condujo por la escalera de cámara y, cruzando la cubierta principal, vino hacia el «Sofal» mientras un centenar de hombres lo contemplaban en silencio sin que ni una mano se levantara contra ellos al pasar. Kamlot dejó escapar un suspiro así que vio a los dos individuos traspasar la borda del «Sofal».

—Tenía la impresión, de que nuestras vidas y las de ellos pendían de un hilo —me dijo.

Yo coincidí con él, puesto que si mis hombres hubieran intentado matarlos a bordo del «Yan», desafiando mis órdenes, me hubieran tenido que matar también a mí y a los que me fuesen leales para proteger sus vidas.

El ongyan se mostraba aún bravucón cuando lo trajeron a mi presencia, pero el capitán daba muestras de sentirse intimidado. Había en todo aquello algo que le desconcertaba y cuando estuvo lo bastante cerca y vio el color de mi cabello y de mis ojos, comprendí que estaba atónito.

—¡Esto es un ultraje! —vociferó Moosko, el ongyan—. ¡Voy a mandar que os maten a todos!

Temblaba de ira y había enrojecido intensamente.

—Adviértele que no debe hablar hasta que se le interrogue —instruí a Kiron.

Y luego, volviéndome hacia el capitán, le dije:

—Tan pronto como hayamos cogido de vuestro barco lo que necesitamos, quedaréis en libertad de continuar el viaje. Lamento que no hicierais caso de mis advertencias cuando os ordené parar la nave. Hubiéramos salvado muchas vidas humanas. La próxima vez que el «Sofal» te ordene parar has de hacerlo, y cuando vuelvas a tu país, advierte a los capitanes de la marina que el «Sofal» surca los mares y quiere ser obedecido.

El ongyan pareció sorprenderse.

—¿Quieres decirme quién eres y bajo qué pabellón navegas? —preguntó.

—Por el momento soy un vepajano —repuse—, pero navegamos bajo

nuestro pabellón particular. A ningún país debe inculparse de lo que hacemos ni a nadie tenemos que dar cuenta de nuestras acciones.

Kamlot, Kiron, Gamfor y Zog pusieron en movimiento a la tripulación del «Yan» y todas sus armas, las provisiones que nos parecieron convenientes y lo más valioso y de menor volumen de su cargamento fue trasladado al «Sofal», antes de anochecer. Después de arrojar sus cañones al mar permitimos a la nave seguir su ruta.

A Moosko le retuve en rehenes, por si tuviera necesidad de alguno. Quedó bajo custodia en la cubierta principal hasta que yo determinase lo que había de hacerse. Las mujeres vepajanas que habíamos rescatado del «Sovong» y nuestros propios oficiales, que estaban acomodados en la segunda cubierta, no habían dejado vacante ningún camarote que pudiera destinarse a Moosko, y no quería confinarle en la parte inferior de la nave, destinada a los prisioneros.

Por casualidad hablaba de ello con Kamlot delante de Vilor, y este inmediatamente ofrecióse a compartir con el ongyan su camarote, encargándose de su custodia. Como era una solución, ordené que confiaran Moosko a Vilor quien se lo llevó en seguida a su camarote.

La persecución del «Yan» nos había desviado de nuestra ruta y ahora volvimos a hacer rumbo hacia Vepaja. A estribor se divisaba una oscura masa de tierra. Me preguntaba qué misterio sé ocultarían tras aquella sombría línea de costa, qué clase de hombres y de extrañas bestias habitarían aquella terra incógnita, que se extendía hasta Strabol y las inexploradas regiones ecuatoriales de Venus. A fin de satisfacer parcialmente mi curiosidad, me dirigí al cuarto de derrota y después de fijar nuestra posición lo más aproximada posible con los elementos de que disponía, descubrí que nos hallábamos ante la costa de Noobol. Recordé que había oído a Danus mencionar aquel país, pero no lo que había dicho de él.

Sugestionado por mi fantasía, subí a la torrecilla y permanecí allí solo, contemplando las nocturnas aguas, suavemente iluminadas, mirando hacia el misterioso Noobol. Se había levantado un viento que casi parecía una galerna, la primera con la que tenía que enfrentarme desde mi arribada a la Estrella del Pastor. La mar comenzaba a ponerse gruesa, pero tenía confianza plena en el barco y la pericia de mi oficialidad para navegar en tales circunstancias. Por eso no me inquietó la creciente violencia de la tormenta. No obstante, recordé que las mujeres de a bordo podrían sentirse aterradas y mi pensamiento, que raras veces estaba ausente de ella, volvió a Duare. Tal vez sintiera miedo. No hay ninguna excusa que resulte razonable para el hombre que desea contemplar el objeto de sus amores, pero en aquella ocasión me alegraba de tener una razón que justificase verla y que ella había de agradecer, pues demostraba mis desvelos por su tranquilidad. En consecuencia, bajé por la

escalera, dirigiéndome a la segunda cubierta con la intención de silbar ante la puerta de Duare, pero como había de cruzar antes por el camarote de Vilor, pensé que podría ir a ver al prisionero.

Después de silbar, a modo de llamada, siguió un breve silencio y luego Vilor me invitó a entrar. Al hacerlo, quedé sorprendido al ver a un angan sentado dentro, en compañía de Moosko y Vilor. La confusión de Vilor fue manifiesta. Moosko se mostró también algo desconcertado y el hombre pájaro dio muestras de miedo. No me sorprendió su desconcierto, pues no era corriente que un individuo de raza superior confraternizara con los klangan. La situación de los vepajanos era delicada a bordo del «Sofal». Éramos pocos en número y nuestro prestigio dependía del respeto que consiguiésemos inspirar y mantener en medio de los thoristas, que constituían mayoría y que consideraban a los vepajanos como superiores, a pesar de los esfuerzos de sus caudillos para convencerles de que todos los hombres eran iguales.

—Tu camarote no es este —dije al angan—. ¿Qué haces aquí?

—No tiene él la culpa —intervino Vilor mientras el hombre-pájaro se levantaba para marcharse—. Aunque parezca extraño, Moosko no había visto nunca un angan y traje a este solo para satisfacer su curiosidad. Sentiría haberte disgustado.

—Claro está que tu explicación cambia un poco el aspecto del asunto —dije—, pero hubiera sido preferible que el prisionero examinara a los klangan en cubierta, que es donde deben estar. Tiene mi permiso para hacerlo mañana, si quiere. Se fue el angan y yo cambié algunas palabras más con Vilor, dejándolo por último con el prisionero, dirigiéndome al camarote en que se encontraba Duare. El incidente que acababa de ocurrir se borró de mi memoria casi en el acto siendo sustituido por otros pensamientos mucho más gratos.

En el camarote de Duare había luz cuando silbé a su puerta dudando si atendería mi llamada o fingiría no haberla escuchado. Durante un breve intervalo, no hubo respuesta y ya había llegado a convencerme de que no querría verme cuando se oyó su voz dulce invitándome a entrar.

—Eres muy testarudo —me dijo, aunque con menos disgusto en el tono de su voz que la última vez que me habló.

—He venido para preguntarte si te asusta la tormenta y para convencerte de que no existe peligro alguno.

—No tengo miedo —repuso—. ¿Era eso solo lo que deseabas decirme?

Su réplica resultaba poco alentadora.

—No —repuse—. No he venido solamente con el fin de decirte eso. Ella enarcó las cejas.

—¿Y qué es lo que tenías que decirme... que no me hayas dicho ya?

—Tal vez quisiera repetírtelo —murmuré.

—¡No debes hacerlo! —gritó.

Me acerqué más a ella.

—Mírame, Duare... Mírame a lo; ojos y dime que no te gusta oírme decir que te adoro.

Bajó los ojos.

—No debo escucharte —susurró levantándose como si se dispusiera a salir de la estancia.

Yo estaba loco de amor. Sentirla tan cerca de mí me hacía arder la sangre en las venas. La cogí entre mis brazos y la estreché contra mi pecho, y antes de que pudiera evitarlo, cubrí de besos sus labios. Entonces, se apartó bruscamente y vi el brillo de una daga en su mano.

—Tienes razón —exclamé—. Mátame... Acabo de hacer algo imperdonable. Mi única disculpa es el gran amor que siento por ti... Ha nublado mi razón y el sentimiento del honor.

La daga cayó al suelo, a su lado.

—¡No puedo! —sollozó Duare.

Y sin mirarme salió del camarote.

Volví yo al mío maldiciendo mi brutalidad. No comprendía como había podido cometer un acto tan reprobable. Me avergonzaba el recuerdo de aquel suave cuerpo incrustado en el mío y aquellos labios perfectos apretados contra los míos. Una ola de vergüenza y desprecio de mí mismo me hacía enrojecer sin que el arrepentimiento aminorara mi humillación.

No me acosté hasta bastante después pensando en Duare y en todos los incidentes que habían ocurrido entre nosotros desde que la conocí. Adivinaba un sentido oculto en aquella exclamación: «No debo escucharte», y me regocijó la idea de que ya otra vez se había negado a entregarme a sus compatriotas para que me matasen y que, de nuevo, se había negado a hacerlo. Su «No puedo» resonaba en mis oídos casi como una confesión de amor. Mi buen juicio me decía que era un insensato, pero me deleitaba el perfume de aquella locura.

Creció la tormenta con tan terrible furia durante la noche que el ulular del viento y el balanceo del barco me despertaron antes del amanecer. Me levanté en el acto y me dirigí a cubierta. Casi me arrastró el vendaval al poner pie en ella. Olas enormes levantaban el «Sofal» a gran altura para sumirlo en seguida

en un abismo de agua. El barco se bandeaba violentamente y a veces una vasta ola se rompía contra la popa inundando la cubierta principal. A estribor se adivinaba una gran masa rocosa llena de peligros por lo demasiado cercana.

Entré en el cuarto de controles y encontré allí a Honan y a Gamfor, acompañados del timonel. Mostrábanse preocupados a causa de la proximidad de la costa. Si las máquinas o el timón fallaban iríamos fatalmente a parar a la costa. Les ordené que se quedaran donde estaban y bajé a la segunda cubierta para despertar a Kiron, a Kamlot y a Zog.

Mientras me encaminaba hacia la popa y estaba al pie de la escalerilla de la segunda cubierta, observé que la puerta del camarote de Vilor se abría y se cerraba a cada vaivén del barco, pero no le di importancia en aquel momento y seguí mi camino para ir a despertar a mis lugartenientes. Cuando lo hube hecho, me dirigí al camarote de Duare temiendo que si se despertaba sintiera temor por el vaivén del barco y el ulular del viento. Con gran sorpresa, hallé la puerta de su cuarto girando sobre sus goznes.

Instintivamente, surgió en mí la sospecha de que ocurría algo anormal, y lo único que me inspiró este sentimiento fue una cosa tan fútil como ver la puerta de su camarote abierta. Penetré prestamente, di la luz y examiné la estancia. No se observaba nada de particular, excepto que la puerta que comunicaba con el cuarto interior, donde dormía la joven, estaba también abierta y giraba sobre sus goznes. Sabía que nadie podía estar durmiendo, mientras los goznes de ambas puertas rechinaban. Podría haber ocurrido que Duare se sintiera asustada que no se atreviese a levantarse del lecho para cerrarlas.

Me asomé al dormitorio y la llamé en voz alta. Nadie contestó. Volví a llamar e idéntico silencio fue la respuesta. Comencé a inquietarme de veras. Me adentré en la estancia, di la luz y observé el lecho. Estaba vacío... Duare no se encontraba allí, pero en un rincón del camarote descubrí el cuerpo del hombre que estaba de guardia en la puerta. Haciendo caso omiso de convencionalismos sociales, irrumpí en las dos estancias contiguas en las que se acomodaban las otras mujeres de Vepaja. Todas estaban, menos Duare. No la habían visto ni sabían dónde podía estar. Loco de inquietud, corrí al camarote de Kamlot y le comuniqué mi trágico descubrimiento. Se quedó atónito.

—¡Tiene que estar a bordo! —gritó—. ¿Dónde está, si no?

—Comprendo que debería estar a bordo, efectivamente, pero tengo el presentimiento de que no está. Hemos de registrar el barco en seguida, de popa a proa.

Cuando yo abandonaba el camarote de Kamlot, Zog y Kiron salían del suyo. Les informé de mi descubrimiento y les ordené que iniciaran en el acto

la búsqueda. Después llamé a un individuo de la guardia y lo envié al puesto del vigía para que interrogara a este.

Quería saber si había observado algo anormal en la nave durante su vigilancia, puesto que desde el elevado puesto en que se hallaba podía dominar la perspectiva de todo el buque.

—Pasad revista general —le dije a Kamlot—. Interroga a todos los que van a bordo. Registrad todos hasta el último rincón del barco.

Mientras todos marchaban a cumplimentar mis instrucciones, recordé la coincidencia de hallarse abiertas las dos puertas del camarote, la de Duare y la de Vilor. No acertaba a comprender qué relación podía existir entre los dos hechos, pero tenía que investigarlo todo, inspirara o no sospechas. Fui precipitadamente al camarote de Vilor y tan pronto como encendí la luz, comprobé que tanto Vilor como Moosko habían desaparecido. ¿Dónde estarían? Nadie hubiera sido capaz de abandonar el «Sofal» durante aquella galerna, aunque consiguiera echar al agua un bote, cosa materialmente impracticable, sin ayuda, incluso en tiempo normal.

Salí del camarote de Vilor y llamé a un marinero para que comunicase a Kamlot que Vilor y Moosko no estaban en sus camarotes, dando orden de que los llevaran a mi presencia tan pronto como fueran hallados. Después me dirigí de nuevo a las habitaciones de las mujeres vepajanas, con el fin de interrogarlas con más detenimiento.

Sentíame desconcertado por la desaparición de Moosko y de Vilor, coincidiendo con la ausencia de Duare. Constituía un gran misterio y estaba determinado a hallar algún indicio que me permitiese relacionar de alguna manera los dos hechos. De pronto, recordé la insistencia de Vilor de que se le permitiese vigilar la puerta de Duare. Era ya aquello un ligero rastro de relación entre las dos desapariciones. De todos modos, no me llevaba a ninguna conclusión. Aquellas tres personas habían desaparecido de sus camarotes y, lógicamente pensando, debían aparecer pronto. Resultaba materialmente imposible que hubiesen abandonado el barco, excepto...

Aquella sencilla palabra, «excepto», me llenó repentinamente de terrible zozobra. Desde que descubrí que Duare no se encontraba en su camarote, surgió en mi mente un temor que no me dejaba vivir. ¿No podía haberse sentido la joven deshonrada por haber escuchado mi declaración y haberse arrojado al mar? ¿De qué servirían entonces las recriminaciones que me venía haciendo yo constantemente por mi falta de cordura? ¿Para qué valdría mi vano remordimiento?

Pero surgió un breve rayo de esperanza. Si la desaparición de Vilor y Moosko de sus camarotes y la de Duare del suyo no eran meras coincidencias,

cabía admitir que se hallaban juntos y resultaría ridículo creer que se habían arrojado al mar los tres.

Torturado por tan contradictorios temores y esperanzas, llegué ante los camarotes de las mujeres y estaba a punto de entrar cuando el marinero que había encargado que interrogara al vigía vino corriendo hacia mí dando muestras de evidente excitación.

—¿Qué ocurre? —le pregunté cuando se detuvo sin poder casi respirar—. ¿Qué tiene que comunicar el vigía?

—Nada, mi capitán —repuso el marinero balbuceando por la agitación y el cansancio de la carrera.

—¿Nada? ¿Y cómo es eso?

—El vigía está muerto, mi capitán —gimió el marino.

—¿Muerto?

—Asesinado.

—¿Y cómo ha sido?

—Lo acuchillaron con un sable... Se lo clavaron por la espalda y cayó de bruces.

—Corre a informar a Kamlot de lo ocurrido y dile que ponga a otro vigía y que investigue qué pudo ocurrir. Y después que me traigan su informe. Más inquieto aún por aquella noticia, entré en las habitaciones de las mujeres. Se habían congregado todas en un camarote. Estaban pálidas y daban muestras de terror, pero no alborotaban.

—¿Encontraste a Duare? —me preguntó una de ellas inmediatamente.

—No —repliqué—. Pero he descubierto otro misterio: Moosko, el ongyan, ha desaparecido, y con él, el vepajano Vilor.

—¡Vepajano! —exclamó Byea, la mujer que me había preguntado sobre el paradero de Duare—. Vilor no es vepajano.

—¿Qué quieres decir? —inquirí—. Si no es vepajano, ¿qué es?

—Es un espía thorista —repuso—. Hace tiempo que lo enviaron a Vepaja para descubrir el secreto del suero de la longevidad, y cuando fuimos capturados, los klangan lo prendieron también por error. Nos hemos ido informando de todo esto poco a poco, en el «Sovong».

—Pero ¿por qué no se me dijo nada cuando se le trajo a bordo?

—Suponíamos que lo sabía todo el mundo —explicó Byea—, y creímos que se le había traído al «Sofal» como prisionero.

Otro eslabón de la cadena que constituía una prueba más. Pero lo que faltaba saber era donde se hallaba la cadena.

CAPÍTULO XIV

TORMENTA

Cuando hube interrogado a las mujeres, me dirigí a la cubierta principal, demasiado impaciente para aguardar en mi torrecilla de mando el resultado de las pesquisas de mis oficiales. Habían registrado el barco y acudían a darme su información. No fue hallado ninguno de los desaparecidos, pero la búsqueda reveló otro hecho sorprendente: los cinco klangan también bebían desaparecido.

A pesar de que registrar ciertos rincones del barco constituía una tarea peligrosa dado el vaivén de la nave, y el hecho de verse barrida la cubierta de vez en cuando por las olas, se practicaron las pesquisas con todo escrúpulo y los encargados congregáronse en la amplia sala situada en la cubierta principal. Kamlot, Gamfor, Kiron, Zog y yo entramos también en la mencionada estancia, donde nos pusimos a considerar todos los aspectos de tan misterioso asunto. Honan se hallaba en el puesto de control de la torrecilla.

Les dije que acababa de descubrir que Vilor no era vepajano, sino espía thorista, y recordé a Kamlot con cuanta insistencia me había rogado que se le permitiese custodiar a la janjong.

—Me enteré por casualidad de quien era mientras hablaba con Byea, al interrogar a las mujeres —añadí—. Durante su cautiverio en el «Sovong», Vilor acosaba a Duare con sus atenciones. Se interesaba mucho por ella.

—Me parece que este es el dato que nos faltaba para poder reconstruir los acontecimientos de anoche, de otro modo inexplicables —repuso Gamfor—. Vilor deseaba poseer a Duare y Moosko deseaba escapar del cautiverio. El primero se encargó de fraternizar con los klangan trabando amistad con ellos. Esto lo sabía todo el mundo en el «Sofal». Moosko era un ongyan. Durante toda su vida, los klangan han considerado a los klongyan como la representación genuina de la autoridad. Tenían que poner fe en sus promesas y obedecer sus órdenes. Indudablemente, Vilor y Moosko elaboraron juntos los detalles del plan. Encargaron a un angan que matara al vigía para que sus movimientos no despertasen sospechas ni fueran comunicados antes de llevar a buen fin su trama. Una vez asesinado el vigía, debieron reunirse en el camarote de Vilor. Después Vilor, probablemente acompañado de Moosko, se dirigió al camarote de Duare y allí asesinaron al centinela y sorprendieron a la

janjong mientras dormía, amordazándola y llevándosela por la escalera hasta cubierta donde les esperaban los klangan. Es cierto que soplabá un viento tempestuoso, pero en dirección a la costa, que se encontraba a escasa distancia a babor, y los klangan son excelentes voladores. Eso es lo que creo que representa el cuadro más ajustado de lo ocurrido a bordo del «Sofal» mientras dormíamos.

—¿Opinas que los klangan se los llevaron a las costas de Noobol? — pregunté.

—Me parece que no cabe duda alguna —contestó Gamfor.

—Estoy de acuerdo con él —terció Kamlot.

—Entonces, solo podemos hacer una cosa —les dije—. Hemos de tomar rumbo hacia la costa para desembarcar una expedición que se encargue de buscarlos.

—No hay modo de que se sostenga un bote en el agua con este mar — objetó Kiron.

—La tormenta no va a seguir eternamente —repliqué—. Podremos quedarnos cerca de la costa hasta que amaine. Voy a subir a la torrecilla. Vosotros permaneced aquí para seguir interrogando a la tripulación. Tal vez alguien haya oído algo que nos sea útil. Los klangan son muy charlatanes y bien pudieran haber revelado algo que nos sirva para determinar el sitio hacia donde pensaban dirigirse Vilor y Moosko.

En el momento en que yo subía a la cubierta principal, el «Sofal» se alzó sobre la cresta de una ola enorme y luego se hundió en un abismo de agua, sumiéndose la cubierta en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados. El húmedo y resbaladizo maderamen no constituía un apoyo firme y resbalé hacia adelante casi cincuenta pies, sin poder evitarlo. Luego, el barco hundió su proa en una ola gigantesca y una verdadera muralla de agua barrió la cubierta de babor a estribor, cogiéndome de pleno y llevándome a su espumeante cresta.

Permanecí un instante sumergido en el agua, pero con el esfuerzo titánico que me prestaba el peligro, conseguí sacar la cabeza y vi que el «Sofal» cabeceaba, sacudido de un lado para otro, a cincuenta pies de distancia.

Ni en la inmensidad del espacio interestelar me sentí nunca tan indefenso como en aquellos instantes, en medio del proceloso mar de un país desconocido, rodeado de tinieblas, sumido en el caos y acosado quizás por terribles y misteriosos monstruos marinos, cuya forma ni siquiera podía imaginar. Estaba irremisiblemente perdido. Incluso, aunque mis camaradas se dieran cuenta del desastre, se verían impotentes para ayudarme.

Ningún bote podría mantenerse a flote en un mar como aquel, como dijo Kiron acertadamente. Sería asimismo difícil que un nadador consiguiera vencer el terrible azote de aquellas montañas de agua enfurecidas a las que vagamente podía denominarse olas.

¡Irremisiblemente perdido! ¿Cómo había podido cruzar por mi mente tal pensamiento? Yo no pierdo nunca la esperanza. Si me era imposible nadar contra las olas, nadaría con ellas, y a escasa distancia estaba la costa. Soy diestro en la natación a grandes distancias y mis músculos son vigorosos. Si había un hombre capaz de sobrevivir en un mar semejante, sería yo. Sabía que lo sería, pero si no lo conseguía estaba decidido a tener al menos el consuelo de morir luchando.

No me embarazaban las prendas de vestir, ya que apenas si cabe llamar vestido al típico traje antoriano. Mi único impedimento eran las armas, pero no quería desprenderme de ellas comprendiendo que si conseguía sobrevivir en el mar, difícilmente lo conseguiría en tierra firme si iba desarmado. Realmente, ni el cinturón, ni la pistola, ni la daga, me molestaban demasiado y su peso, era de escasa importancia, pero no ocurría lo mismo con el sable. Si no habéis tratado de nadar llevando un sable colgado del cinturón, no lo intentéis, cuando el mar está movido. Cabe pensar que en estas circunstancias aquel arma pende hacia abajo sin que se interfiera en los movimientos, pero desgraciadamente no ocurría así en mi caso. Las grandes olas me zarandeaban inexorablemente de un lado para otro, revoleándome, y mi sable se me incrustaba en alguna parte del cuerpo o se enredaba entre mis piernas, y una vez en que una ola me puso boca arriba, me golpeó la cabeza. A pesar de ello, no me decidía a desprenderme del arma.

Después de haber luchado durante unos minutos con el mar, llegué a la conclusión de que el peligro de perecer ahogado no era inminente. Podía mantener la cabeza sobre las olas con bastante frecuencia para obtener aire suficiente para mis pulmones, y como el agua estaba caliente no corría el riesgo de perecer aterido, como ocurre a menudo a los que se ven sumergidos en el mar helado. Salvo cualquier contingencia que pudiera surgir en aquel mundo que tan escasamente conocía, existían dos peligros serios contra mi vida. El primero, la posibilidad de verme atacado por algún monstruo feroz de los que debían de pulular en las profundidades del mar antoriano; el segundo, mucho más efectivo, la proximidad de la costa, batida por las aguas, que yo pretendía alcanzar para pisar suelo firme.

Esto hubiera sido suficiente para desalentarme, pues había visto rompientes de aguas sobre demasiadas escolleras para ignorar la amenaza que podían significar aquellas toneladas incalculables de agua, chocando, abriéndose paso hasta en el corazón de las tierras más pétreas.

Nadé lentamente hacia la costa, dirección que afortunadamente era la misma hacia la que me llevaba la tormenta. No pretendía agotar mis fuerzas innecesariamente y me contentaba con mantenerme a flote mientras avanzaba lentamente. La luz del día comenzó a surgir y cuando las olas me alzaban a su cresta, podía ver la costa con extraordinaria claridad. Se hallaba a una milla de distancia y ofrecía un aspecto inhóspito. Las aguas se rompían duramente en la línea costera chocando contra las rocas y levantando cascadas de blanca espuma por el aire. Sobre el estruendo de la tormenta resonaba amenazadoramente el de las aguas a través de aquella milla de mar enfurecido, advirtiéndome que la muerte me esperaba para darme su abrazo, a las puertas mismas de lo que podía haber sido mi salvación.

Resultaba una dura alternativa. La muerte me acosaba por todas partes y únicamente me restaba escoger el lugar y la manera de perecer. Podía morir en el mismo sitio en que estaba nadando o dejarme destrozar entre las rocas. Ninguna de las dos eventualidades despertaba en mí un gran optimismo. Como una verdadera tirana, la muerte no se mostraba pródiga en la elección. No obstante, yo me resistía a morir.

Las ideas son algo, pero no todo. Poco importaban mis deseos de vivir; lo más trascendental era hacer algo para conseguirlo. Mi situación ofrecía escasos recursos de salvación. Únicamente la costa me ofrecía esta esperanza. Por consiguiente, luché para llegar a ella. Mientras me iba acercando, cruzaban por mi imaginación pensamientos irreverentes, aunque algunos no lo fueran, y entre ellos había las oraciones propias de la agonía. No sé por qué se me ocurrió esta idea, pero no siempre podemos controlar nuestros pensamientos. La verdad era que la sentencia «En medio de la vida estamos muriendo» resultaba apropiada a mi situación.

Cambiando un poco los términos de la frase, conseguí modificar algo su sentido. En medio de la muerte puede existir la vida. Acaso...

Al izarme las olas, me proporcionaban un breve atisbo de la muerte en medio de la cual podría encontrar yo la vida. La costa se iba convirtiendo, a menor distancia, en algo más que una línea ininterrumpida de rocas y de aguas espumeantes. Sin embargo, aún no conseguía distinguir los detalles, pues cada vez que podía obtener una fugaz visión de sus contornos, me veía hundido de nuevo en el fondo del abismo.

Mis esfuerzos, unidos a la furia de la galerna me fueron aproximando a la costa, hasta el lugar en que había de verme empujado repentinamente por el enfurecido mar y precipitado contra las combatidas rocas que alzaban sus ásperas y solitarias crestas sobre las hirvientes aguas de sus rompientes.

Una gran ola me elevó y me precipitó hacía la costa. El final se acercaba. ¡Con la velocidad de un caballo de carreras me arrojaba contra mi destino! La

espuma envolvió mi cabeza y me vi revolcado como un corcho en medio de un torbellino. No obstante, luché para elevar la cabeza por encima de la superficie buscando una bocanada de aire. Seguí luchando para prolongar mi vida un poco más, para no perecer al verme precipitado sin misericordia contra las crueles rocas. Así es de poderoso el instinto de la vida.

Las olas me arrastraban más y más. Los segundos parecían una eternidad. ¿Dónde estaban las rocas? Casi las ambicionaba para acabar así tan inútil lucha. Pensé en mi madre y en Duare. Casi me enfrenté con filosófica calma con el extraño final que me esperaba. En el otro mundo que había abandonado para siempre nadie conocería mi triste suerte. Así es el egoísmo humano, que incluso ante la muerte aspira a tener un auditorio.

En aquel momento descubrí la fugaz visión de unas rocas. Se hallaban a la izquierda. Siendo así que debían encontrarse enfrente. Resultaba incomprensible. Las olas se rasgaban arrastrándome. Y aún continuaba viviendo y seguía sintiendo en mis desnudas carnes el contacto de las aguas.

De una manera imprevista la furia del mar cedió. Me alcé sobre la cresta de una ola decreciente, para contemplar atónito las relativamente tranquilas aguas de una pequeña ensenada. Había sido arrastrado al interior de una cueva marina y ante mis ojos se ofreció una arenosa playa. Así escapé de las negras garras de la muerte. Parecía un milagro.

El mar me dio el último topetazo y me hizo rodar sobre la arena, para mezclarme entre las materias arrastradas por las olas. Me levanté en el acto y miré a mi alrededor. Mi devoción debiera haberme impelido a dar gracias a Dios, pero tal vez no lo hice porque había algo que dominaba mi mente. Había salvado mi vida, pero Duare seguía en peligro.

La cueva a donde había sido arrojado estaba formada por la boca de una garganta que se adentraba en el territorio, entre bajas colinas, cuyas faldas y cumbres estaban salpicadas de árboles pequeños. Por ninguna parte vi los árboles gigantescos de Vepaja y llegué a pensar que tal vez estos no eran verdaderos árboles en Venus, sino simples arbustos... No obstante, los llamaré árboles, puesto que muchos de ellos tenían de cincuenta a ochenta pies de altura.

Por el fondo del cañón discurría un riachuelo que iba a desembocar en la caverna. Hierba de color violeta pálido, salpicada de flores azules y rojas lo bordeaba, extendiéndose por las colinas. Vi que había árboles con la copa roja, suaves y brillantes, como si fueran de laca, y otros tenían la copa azul. Sacudido por la galerna aparecía el mismo follaje exuberante, de color violeta y alhucema, que daba un aspecto tan exótico a los bosques de Vepaja. Pero a pesar de lo hermoso y desusado del paisaje, yo no podía distraerme en aquellos instantes. Una rara alternativa del destino me había arrojado a

aquellas costas, y tenía mis razones para creer que Duare debía de haber sido conducida allí. Mi única idea era sacar partido de aquella afortunada circunstancia para encontrarla y protegerla.

Ocurrióseme pensar que en el caso de que sus raptos la hubieran traído a aquella parte de la costa, debieron de haberse apeado bastante más a la derecha, que era la dirección que llevaba el «Sofal». Contando únicamente con aquel ligero y poco alentador indicio, empecé en el acto a escalar una de las laderas de la garganta para iniciar la búsqueda.

Cuando llegué a la cumbre, me detuve un momento a fin de examinar el lugar en que me hallaba. Ante mí se extendía una meseta cubierta de hierba y salpicada de árboles, y más allá, en el interior, aparecía una cadena de montañas, vagas y misteriosas, que se perdían en el horizonte.

Mi camino estaba hacia el Este, a lo largo de la costa. Tengo que emplear las denominaciones de los puntos cardinales corrientes en la Tierra. Los montes se alzaban hacia el Norte, o sea hacia el Ecuador. Supuse que me encontraba en el hemisferio Sur del planeta. El mar estaba al Sur de donde yo me hallaba.

Miré en aquella dirección para ver si se divisaba el «Sofal». Allí estaba el barco, navegando con rumbo Este. Evidentemente, mis amigos habían seguido mis instrucciones y el «Sofal» bordeaba la costa mientras ellos esperaban que amainase la galerna para poder desembarcar.

Dirigí mis pasos hacia el Este. Siempre que llegaba a un altozano, me detenía y escudriñaba la meseta en todas direcciones buscando algún rastro de las personas que trataba de encontrar. Vi manifestaciones de vida, pero ningún rastro humano. Animales herbívoros pacían en gran número sobre la llanura violeta y florecida. Muchos de ellos se asemejaban bastante a los de la Tierra. Pero no eran iguales. Su extrema nerviosidad y la velocidad y la ligereza que sugerían su conformación, denotaban que tenían enemigos: la nerviosidad, que entre sus enemigos estaba el hombre; y la agilidad, que feroces y rápidos carnívoros hacían de ellos su presa.

Estas observaciones servían para advertirme que debía permanecer alerta constantemente ante la eventualidad de verme amenazado por semejantes peligros. Me satisfizo que la meseta estuviera bien poblada de árboles que crecían a conveniente distancia unos de otros. No me había olvidado del feroz bazo que hallamos Kamlot y yo en Vepaja y aunque hasta entonces no había visto de cerca nada que se le pareciera, descubrí, a cierta distancia, algunos animales paciendo que se parecían grandemente a aquellos bisontes omnívoros, lo que no era lo más oportuno para mi tranquilidad.

Aligeré el paso, pues me preocupaba la suerte de Duare y comprendía que,

de no encontrar algún rastro el primer día, mi búsqueda resultaría infructuosa. Sospechaba que los klangan hubieran descendido cerca de la costa, donde habrían permanecido al menos hasta que amaneciese y aun alimentaba la esperanza que se hubieran quedado un rato más. Si habían echado a volar inmediatamente, serían escasas las probabilidades de encontrarlos. Solo me restaba la esperanza de sorprenderlos antes de iniciar el vuelo del día.

La meseta estaba cortada de vez en cuando por barrancos y quebraduras del terreno entre las cuales casi siempre se deslizaban ríos que variaban de tamaño, desde el pequeño manantial hasta los que realmente merecían el nombre de auténticos ríos, pero ninguno de los que hallé a mi paso constituyó un verdadero obstáculo para continuar el camino, aunque en algunas ocasiones me vi obligado a nadar para cruzar profundos canales. Si aquellos ríos estaban habitados por peligrosos reptiles, no vi la menor huella de ellos, aunque ha de confesar que esta idea me dominaba constantemente cada vez que cruzaba de orilla a orilla.

En cierta ocasión, cuando había remontado un altozano, vi a lo lejos a un animal que parecía un gato enorme. Diríase que estaba acechando a otro animal parecido a un antílope, pero no debió verme o se hallaba más interesado en su segura presa, puesto que aunque me podía ver perfectamente, no se preocupaba de mí.

Poco después, descendí por un barranco pequeño y cuando volví a remontar la altura al otro lado, ya no pude ver al animal. De todos modos, aunque lo hubiese descubierto no me hubiera atraído su presencia. En aquel preciso momento llegó hasta mí un leve rumor que venía de lo lejos. Parecía de voces humanas, y, desde luego, oí perfectamente el inconfundible zumbido de la pistola amtoriana.

Aunque oteé cuidadosamente el horizonte, no pude distinguir rastro alguno de los autores de aquellos ruidos, pero fue lo suficiente para comprender que ante mí había seres humanos que luchaban. Es natural que surgiera en mi mente la figura de la mujer que amaba y la presintiese rodeada de terribles peligros, aunque, pensando razonablemente, aquella lejana pelea acaso no tuviera relación alguna con Duare ni con sus raptos.

Prescindiendo de esta reflexión, eché a correr y a medida que iba avanzando, las voces eran más perceptibles y me atrajeron finalmente hasta el borde de una gran garganta, al fondo de la cual se extendía un valle uniforme, de extraña belleza, por el que discurría un río mucho mayor de los que había encontrado hasta entonces.

Pero apenas fijé un instante la atención en el río o en el valle. Abajo, en el fondo de aquella garganta desconocida se desarrollaba una escena que me impresionó profundamente y me heló de zozobra. Parcialmente parapetados

tras unas rocas, a la orilla del río, estaban, agazapadas o tendidas, seis figuras humanas. Cinco de ellas eran klangan y la sexta una mujer. La mujer era Duare.

Frente a ellos, parapetados tras unos árboles, había una docena de individuos peludos que arrojaban gruesas piedras, utilizando hondas, contra los otros seis, y flechas lanzadas con primitivos arcos. Los salvajes y los klangan se llenaban de improperios, insultándose mutuamente, mientras se atacaban. Aquel era el rumor que había yo escuchado desde lejos, mezclado con el zumbido peculiar de las pistolas de los klangan. Tres de estos yacían tendidos, inmóviles, sobre el césped, detrás de su parapeto, aparentemente muertos. Los demás klangan y Duare se defendían pistola en mano. Los salvajes les arrojaban pedruscos, con gran puntería, cuando alguno de sus contrincantes dejaba al descubierto una parte del cuerpo detrás del parapeto. En cambio, disparaban las flechas a lo alto y así caían detrás de las rocas.

Esparcidos entre los árboles y detrás de grandes piedras, veíanse los cuerpos de una docena, de aquellos peludos salvajes que habían caído bajo el fuego de las armas de los klangan, pero aunque los defensores de Duare habían despachado a buen número de enemigos, aquel duelo desigual solo podía terminar con el exterminio de Duare y los klangan, aunque la lucha se prolongara.

He reflejado en detalle toda la escena, pero yo la capté de una simple ojeada y no perdí tiempo en adoptar una decisión. De un momento a otro, una de aquellas crueles flechas podía clavarse en el cuerpo del objeto de mi cariño y, por eso, mi primer pensamiento fue desviar la atención de los salvajes, atrayendo hacia mí los duros ataques con que acosaban a sus víctimas.

Me hallaba situado detrás de ellos, lo que me concedía cierta ventaja y, además, ocupaba una posición más alta. Me puse a vociferar como un auténtico piel roja y descendí por las estribaciones del cañón, disparando a la vez mi pistola. La escena cambió instantáneamente. Al verse los salvajes cogidos entre dos fuegos y amenazados por un nuevo enemigo, se pusieron en pie de un brinco, manifiestamente asombrados. Simultáneamente, los klangan me reconocieron, y comprendiendo que les llegaba socorro, saltaron de su barricada y persiguieron a los salvajes para completar su desmoralización.

Abatimos a seis de nuestros enemigos, y los demás acabaron por huir, pero no antes de que uno de los restantes klangan recibiera en la frente el impacto de un grueso pedrusco. Lo vi desplomarse y así que quedamos libres de toda amenaza de agresión, me acerqué a él creyéndolo solo desmayado, pero es que no sabía la fuerza con que lanzaban aquellos hombres primitivos las piedras con sus hondas. La víctima tenía la cabeza destrozada y una parte de la masa encefálica le salía por la fractura del cráneo. Cuando llegué a su lado estaba

muerto. Me precipité hacia Duare que estaba de pie, con la pistola en la mano, Tenía un aspecto de extraña fatiga y desconcierto, pero no reflejaba todo el temor que hubiera sido lógico después del duro trance que acababa de sufrir. Pareció alegrarse de verme. Sin duda debía preferir mi presencia a la de aquellos peludos salvajes, con su aspecto de monos, de los que acababa yo de librarla, pero aún se observaba en sus ojos cierta zozobra, como si no estuviera segura de lo que la esperaba conmigo. Para vergüenza mía, su temor estaba justificado por mi pasada conducta, aunque me sentía decidido a que no tuviera que quejarse de mí nunca más.

Tenía que captarme su confianza y su fe, con la esperanza de que el amor llegara luego.

En su mirada no descubrí rastro alguno de bienvenida, lo que me condolió más de lo que pueda expresarse en palabras. Su aspecto revelaba una patética resignación ante la perspectiva de las duras pruebas que la esperaban a mi lado.

—¿No estás herida? —le pregunté—. ¿Te sientes bien?

—Perfectamente —repuso desviando la mirada hacia las lejanas cumbres por la que yo había descendido para atacar a los salvajes—. ¿Dónde están los otros?

—¿Qué otros?

—Los que te acompañaron desde el «Sofal» para buscarme...

—No vino nadie. Estoy completamente solo.

Al oír mi réplica se acentuó su aire sombrío.

—¿Y por qué viniste solo? —me preguntó con temor.

—Puedes creerme que no tuve la culpa —le expliqué—. Después que descubrimos tu ausencia ordené que el «Sofal» se quedara al paio ante la costa, hasta que la tormenta amainara y pudiéramos desembarcar un destacamento para buscarte. Repentinamente, me vi arrebatado por las olas, circunstancia feliz, después de todo. Cuando me hallé a solas en la costa surgió en mí, en seguida, el pensamiento de acudir en tu ayuda. Te iba buscando cuando oí los gritos de los salvajes y el zumbido de las pistolas.

—Y has llegado a tiempo para salvarme —dijo—. ¿Pero por qué lo hiciste? ¿Qué piensas hacer conmigo ahora?

—Llévate a la costa lo antes posible —repuse—, y una vez allí, haremos señales al «Sofal». Nos enviarán un bote para recogerlos.

Duare pareció tranquilizarse algo al escuchar mi plan.

—Conseguirás el agradecimiento eterno de mi padre, el Jong, si me devuelves a Vepaja sana y salva —repuso.

—Servir a su hija constituye mi mejor recompensa —repuse—, aunque solo mereciera su gratitud.

—Esa ya la tienes por lo que acabas de hacer arriesgando tu vida —afirmó, con voz más cariñosa que antes.

—¿Y qué fue de Vilor y Moosko? —le pregunté. Sus labios esbozaron un gesto de desprecio.

—Cuando los kloobargan nos atacaron, huyeron.

—¿Y adónde fueron?

—Remontaron el río a nado y luego se fueron en aquella dirección —dijo señalando hacia el Este.

—¿Y cómo no te abandonaron también los klangan?

—Porque les ordenaron que me protegiesen. Solo saben obedecer a sus superiores y además les gusta pelear. Tienen poca inteligencia y casi ninguna imaginación, pero son unos excelentes soldados.

—No acabo de comprender cómo no echaron a volar huyendo del peligro llevándote con ellos, al comprender que la derrota era segura. Hubieran conseguido que os salvarais todos.

—Era demasiado tarde para hacerlo. No podían levantar el vuelo detrás de las rocas que nos protegían, sin caer heridos por las flechas y las piedras de los kloobargan.

A modo de paréntesis, diremos que esta palabra es un interesante derivado del sustantivo amtoriano. En términos generales, quiere decir salvajes y literalmente hombres peludos. Su singular es nobargan. Gan, quiere decir hombre; bar, significa pelo; no, es la contracción de not (con) y se usa como prefijo, con el mismo valor que el sufijo «oso» o «udo». Por consiguiente nobar significa peludo y nobargan hombre peludo o veloso. El prefijo kloo forma su plural, y así obtenemos kloobargan (hombres peludos), salvajes.

Cuando hubimos comprobado que los cuatro klangan habían muerto, Duare, el angan que quedaba y yo partimos río abajo hacia el océano.

Por el camino Duare me contó lo que había ocurrido a bordo del «Sofal» la noche anterior y vi que era casi exactamente lo que había imaginado Gamfor.

—¿Y qué se proponían al llevarte con ellos? —le pregunté.

—Vilor me deseaba —repuso ella.

—¿Y Moosko quería solo escapar?

—Sí. Pensaba que lo matarían cuando el barco llegara a Vepaja.

—¿Y cómo pensaba sobrevivir en un país salvaje como este? ¿Sabían dónde se hallaban?

—Decían que esto debía de ser Noobol, pero no estaban seguros. Los thoristas tienen en Noobol agentes encargados de fomentar discordias y preparar una revolución contra su Gobierno. Hay algunos de estos agentes en una ciudad de la costa y la intención de Moosko era hallar esa población, donde estaba seguro de encontrar amigos capaces de organizar su viaje, el de Vilor y el mío a Thora.

Seguimos la marcha en silencio durante un rato. Yo iba delante de Duare y el angan detrás. Este caminaba con el plumaje mohíno, ofreciendo un aspecto humillado y contrito. Los klangan suelen ser ordinariamente tan locuaces que aquel silencio anormal me llamó la atención y, temiendo que hubiera resultado herido en la refriega, se lo pregunté.

—No resulté herido, mi capitán —replicó.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Es que estás triste por la muerte de tus compañeros?

—No es eso. Quedan muchos como ellos en el país de donde proceden. Estoy triste por mi propia muerte.

—Pero tú no estás muerto.

—Lo estaré pronto.

—¿Y qué te hace suponerlo así?

—Cuando vuelva el barco, me matarán por lo que hice. Si no vuelvo, me matarán aquí. En este país nadie puede sobrevivir solo.

—Si me sirves bien y me obedeces, no te matarán, si llegamos otra vez al «Sofal» —le aseguré.

Al oír mi promesa se animó.

—Te serviré bien y te obedeceré, mi capitán —afirmó.

En seguida se puso a cantar, sonriente otra vez, como si nada le preocupara en el mundo y la muerte fuera un mito.

Al volver la mirada en varias ocasiones hacia mis acompañantes, descubrí los ojos de Duare fijos en mí y siempre desviaba la cabeza cuando yo la miraba. Parecía que le llenase de confusión verse sorprendida. Solo le dirigía la palabra cuando era necesario, pues estaba dispuesto a borrar los efectos de

mi anterior conducta y creí prudente mantenerme en una actitud ceremoniosa con ella a fin de tranquilizarla y de que no sintiera inquietud alguna respecto a mis propósitos.

No era un papel fácil para mí, ansiando como ansiaba retenerla entre mis brazos y confesarle de nuevo el amor que me estaba consumiendo. Pero había conseguido dominarme hasta entonces y no veía la razón que me impidiera continuar haciéndolo, al menos mientras Duare siguiera en su actitud desalentadora. La sola idea de que pudiese llegar un momento en que Duare alentara mi cariño, me hacía sonreír involuntariamente. De pronto y con gran sorpresa por mi parte, murmuró:

—Estás muy callado. ¿Qué te ocurre?

Era la primera vez que Duare iniciaba conmigo una conversación, que me demostraba que existía yo a sus ojos como un ser humano. Antes podía haber sido para ella como un trozo de barro o un mueble, tal era el interés que podía inspirarle desde aquellas dos ocasiones en que me había visto, escondida entre el follaje de su jardín.

—No me ocurre nada —afirmé—. Lo único que me preocupa es tu tranquilidad y el deseo de restituirte al «Sofal» lo antes posible.

—Ahora ya no hablas tanto —se lamentó—. Antes, cuando te veía, solías hablar mucho.

—Sí, probablemente demasiado —admití—, pero es que ahora trato de no molestarte.

Bajó la mirada.

—No me molestarías —dijo en voz baja.

Al oír lo que tanto ansiaba, no supe qué contestar.

—Mira —prosiguió con tono natural—, me hallo en circunstancias totalmente distintas a las que me encontré jamás. Comprendo que la etiqueta en medio de la cual he vivido entre mis compatriotas, no puede seguir en una situación tan desusada, en lugares y entre gentes extrañas, tan diferentes de los que inspiraron aquellas medidas. Hizo una breve pausa y prosiguió:

—He pensado mucho sobre muchas cosas y... sobre ti. Empecé a cavilar en todo esto la primera vez que te vi en el jardín de Kooaad Llegué a creer que tal vez resultara agradable hablar a otros hombres distintos de los que se me permitía ver en casa de mi padre, el Jong. Empezaba a cansarme de conversar siempre con los mismos hombres y con las mismas mujeres, pero la costumbre me ha convertido en una autómatas y me ha acobardado. No me atrevía a hacer las cosas que me tentaban. Siempre he deseado hablar contigo y ahora, durante el breve espacio de tiempo que medie hasta llegar al «Sofal», donde volveré al

rigor de las leyes de Vepaja, quiero ser libre y hacer lo que me plazca. Voy a hablar contigo cuanto quiera.

Esta cándida declaración revelaba una nueva personalidad en Duare, precisamente de tal índole que bajo su influencia, me iba a ser difícil mantener mi platónica actitud. No obstante, aun me esforcé en seguir la línea que me había trazado.

—¿Por qué no me hablas? —insistió al observar que yo no hacía ningún comentario a sus confesiones.

—No sé qué decirte —admití—. Solo podría hablarte de lo que domina constantemente mi pensamiento.

Guardó silencio un instante, con las cejas fruncidas y una actitud cavilosa. Después volvió a preguntarme con la misma inocencia:

—¿Y qué es?

—Amor —dije mirándola a los ojos.

Entornáronse sus párpados y temblaron sus labios.

—¡No! —exclamó—. No debemos hablar de eso... No está bien... es una perversión.

—¿Es acaso una perversión el amor, en Amtor? —pregunté.

—No, no... No quiero decir eso —se apresuró a rectificar—. Es que no se me puede hablar de amor hasta que haya cumplido los veinte años.

—¿Y entonces sí, Duare? —inquirí. Movié la cabeza con cierta melancolía.

—Tampoco —replicó—. Nunca podrás hablarme de amor sin pecar ni yo escucharte sin cometer una grave falta, porque soy la hija de un jong.

—Tal vez sería mejor no hablar más —dije con voz sorda.

—¡Oh, sí, hablemos! —me rogó—. Cuéntame algo de ese mundo extraño de donde dices que vienes.

A fin de entretenerla, accedí a sus deseos caminando a su lado y devorándola con los ojos, hasta que al fin llegamos ante el océano. A lo lejos se veía el «Sofal». Había llegado el momento de idear algo a fin de hacer comprender a sus tripulantes que estábamos allí.

A los dos lados de la garganta por la que discurría el río erguíanse altas rocas. La que se hallaba al Oeste y más cerca de nosotros era la más alta y hacia ella me dirigí acompañado de Duare y el angan. La ascensión resultó difícil y en más de una ocasión tuve que ayudar a Duare rodeándole el cuerpo

con el brazo pata llevarla casi en volandas.

Al principio temí que protestara, pero no lo hizo y en algunos trayectos más asequibles, donde no se requería ayuda alguna, aunque yo conservaba el brazo rodeando su cuerpo, no se apartaba de mí ni parecía sentirse molesta por mi familiaridad.

Así que llegamos a la cumbre, me apresuré a recoger madera seca y hojas, ayudado por el angan y pronto habíamos hecho una hoguera de señales cuyo humo se elevaba al espacio. Había decrecido el viento y el humo se elevaba a gran altura antes de dispersarse. Estaba seguro de que lo verían desde el «Sofal», aunque no sabía si interpretarían su significado.

El mar estaba todavía agitado, lo que haría imposible la arribada de bote alguno a la costa, pero contábamos con el angan y si se acercaba un poco el «Sofal», podría llevarnos el hombre-pájaro fácilmente hasta la cubierta, los dos a la vez. Desde aquella cumbre divisábamos la opuesta, y de pronto el angan me llamó la atención señalando hacia allí.

—¡Llegan hombres! —dijo.

Los vi inmediatamente, pero aún estaban demasiado lejos para poder identificarlos, aunque, a pesar de la distancia, habría asegurado que no se trataba de seres de la misma raza salvaje que habían atacado a Duare y a los klangan.

Ahora era urgente atraer la atención del «Sofal» y, a este efecto, encendí otras dos hogueras con breves intervalos de tiempo, para que si alguien las veía a bordo se diera cuenta de que eran señales y no un incendio casual.

Nada pudimos colegir respecto a si en el «Sofal» había visto nuestras señales, pero sí era evidente que el grupo de hombres se iba acercando. Supuse que habían visto las hogueras y atraídos por ellas venían a ver de qué se trataba. Se acercaban por momentos y cuando estuvieron más cerca nos dimos cuenta de que eran hombres armados, de la misma raza que los vepajanos.

Aún se hallaban a cierta distancia cuando el «Sofal» cambió de rumbo y viró hacia la costa. Habían descubierto nuestras señales y nuestros camaradas acudían para investigar su origen. ¿Llegarían a tiempo? Era aquel un momento crucial para nosotros. Se había levantado el viento de nuevo y el mar tornó a moverse. Pregunté al angan si conseguiría vencer la resistencia de la galerna, pues estaba decidido a que transportara a Duare si me contestaba que sí.

—Yendo yo solo, podría volar —repuso—. Pero dudo conseguirlo llevando a otra persona.

Vimos como el «Sofal» se hundía y alzaba siguiendo los movimientos de las olas, mientras hacía esfuerzos para acercarse, y con idéntica certeza se

aproximaba el grupo de individuos. Ahora ya no me cabía duda alguna acerca de quien llegaría antes. Mi única esperanza era que el «Sofal» se aproximara lo suficiente para que el angan se sintiera capaz de intentar el traslado de Duare.

El grupo había remontado ya la cumbre opuesta y desde allí sus componentes nos contemplaban, con la actitud de quien trata de adoptar una decisión.

—¡Vilor está con ellos! —exclamó Duare de pronto.

—¡Y Moosko! —añadí—. Ahora veo perfectamente a los dos.

—¿Qué podemos hacer? —gritó Duare—. ¡Oh, no deben volver a apoderarse de mí!

—No lo conseguirán —prometí.

Aquellos hombres descendían por la falda de la garganta. Los vimos cruzar a nado el río y avanzar hasta la ladera que conducía al lugar en que nos encontrábamos. El «Sofal» progresaba lentamente hacia la costa. Me aproximé al borde del peñascal y miré hacia abajo para divisar mejor al grupo que se acercaba. Estaban a mitad de camino. Me volví hacia Duare y el angan.

—Ya no podemos esperar más —le dije al angan—. Coge a la janjong y levanta el vuelo con ella. El barco está cerca. Puedes hacerlo... Debes hacerlo... Se dispuso a obedecer, pero entonces Duare se apartó de él.

—No me iré —dijo con tono tranquilo—. No quiero dejarte solo.

Por escuchar aquellas palabras hubiera dado yo alegremente la vida. De nuevo surgía ante mí una Duare distinta. Todo lo hubiera esperado menos aquello, pues nunca la creí capaz de un rasgo de lealtad semejante. Una mujer solo es capaz de semejante sacrificio cuando ama a un hombre. Materialmente me tambaleé, pero solo un instante. El enemigo, si realmente lo era, debía de estar a punto de llegar a la cúspide donde nos hallábamos. Al cabo de unos instantes, caería sobre nosotros. Aún no había acabado de pensarlo cuando vi a uno de aquellos individuos corriendo hacia nosotros.

—¡Llévatela! —grité al angan—. ¡No hay tiempo que perder!

El angan avanzó hacia ella, pero Duare se defendió tratando de eludirle. Entonces la cogí entre mis brazos y al sentir el contacto de su cuerpo, se desvanecieron todos mis buenos propósitos y la estreché fuertemente, la besé y se la confié al angan.

—¡Deprisa! —grité—. ¡Ya vienen!

Desplegando sus poderosas alas, el angan emprendió el vuelo, mientras Duare me tendía las manos, a la vez que me gritaba:

—¡No permitas que me separen de ti, Carson! ¡No me alejes de tu lado!...
¡Te amo!...

Pero ya era demasiado tarde. Tampoco la hubiera hecho volver aunque hubiese podido hacerlo. Los individuos armados se arrojaron sobre mí.

De este modo caí cautivo en el país de Noobol, aventura que realmente forma capítulo aparte en esta historia. Partí a cumplir mi destino con la certeza de que la mujer que yo amaba me correspondía, y ello me hacía feliz.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es